

A nosotras nos reclutó la realidad del país

**Trayectorias de vida de mujeres
exintegrantes del EPL**



**Centro Nacional
de Memoria Histórica**

A nosotras nos reclutó la realidad del país

**Trayectorias de vida de mujeres
exintegrantes del EPL**



**A nosotras nos reclutó la realidad del país.
Trayectorias de vida de mujeres exintegrantes del EPL**

Álvaro Villarraga Sarmiento
María Eugenia González Vélez
Sol Natalia Rivera Larrota
Edición general

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia
Dirección General

Luis Carlos Sánchez Díaz
Luz Ángela Castro Nungo (e) (mar. 2025)
Álvaro Villarraga Sarmiento (ene. 2024 - feb. 2025)
**Dirección Técnica para la Construcción
de la Memoria Histórica**

Camilo Andrés Garcés Vanegas
Líder de la Estrategia de Apoyo a Iniciativas de Memoria Histórica (EIMH)

Yuri Andrea Leal Cabra (ago. - dic. 2024/2025)
Javier David Ávila Echavarría (feb. - jul. 2024)
Apoyo a la supervisión EIMH

Claudia Elena Restrepo Uribe (2025)
María Eugenia González Vélez (2024 - may. 2025)
Acompañamiento a la Iniciativa de Memoria Histórica

Yenny Parra Zuluaga
Apoyo a la revisión técnica (DCMH)

Sandra Milena Ramírez Martínez
Apoyo a la gestión editorial (DCMH)

Silvia Katherine Aguirre Giraldo
Cartografía temática (DCMH)

Juliana Alvarado
Sofía Valencia Osorio
Carlos Romero
Transcripción y preparación de textos

Daniel Fernando Polanía Castro
Profesional especializado de la Estrategia de Comunicaciones

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Sonia Amparo Rodríguez
Ilustración, diseño y diagramación

Bibiana Alarcón Guerrero
Liz Katherine Castro
Corrección de estilo

Número de páginas: 196
Formato: 14 cm x 21 cm
ISBN impreso: 978-628-7792-27-2
ISBN digital: 978-628-7792-28-9

Imprenta Nacional de Colombia

Impreso en Colombia - Printed in Colombia.
Queda hecho el depósito legal

© Centro Nacional de Memoria Histórica
Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31,
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica (2025). *A nosotras nos reclutó la realidad del país. Trayectorias de vida de mujeres exintegrantes del EPL*. CNMH.

Primera edición: noviembre de 2025

Esta publicación es el resultado del apoyo a una de las iniciativas de memoria histórica (IMH) del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) y su Estrategia de Iniciativas de Memoria Histórica, en la vigencia 2020-2024. Los contenidos presentados son responsabilidad de las autoras de los relatos, por lo tanto, no reflejan necesariamente las opiniones del CNMH.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica.



Centro Nacional de Memoria Histórica.

A nosotras nos reclutó la realidad del país : trayectorias de vida de mujeres exintegrantes del EPL / Centro Nacional de Memoria Histórica ; transcripción y preparación de textos Juliana Alvarado, Sofía Valencia Osorio y Carlos Romero ; edición Linda Carolina Rodríguez Tocarruncho. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2025.

196 páginas : ilustraciones.
Incluye referencias bibliográficas.

ISBN impreso: 978-628-7792-27-2
ISBN digital: 978-628-7792-28-9

1. Mujeres excombatientes – Colombia – Relatos personales
2. Conflicto armado – Colombia 3. Desmovilización – Colombia
4. EPL – Colombia – Historia 5. Esclarecimiento de la verdad
I. Alvarado, Juliana, transcriptor II. Valencia Osorio, Sofía, transcriptor
III. Romero, Carlos, transcriptor IV. Rodríguez Tocarruncho, Linda,
editora V. Centro Nacional de Memoria Histórica. VI. Título.

CDD: 323.409861

CO-BoCMH

Contenido



Introducción	9
---------------------	----------

Yolanda, la Negra:	17
---------------------------	-----------

«Extraño el compañerismo, el amor a la gente;
si había una arepita todos comíamos»

Llegaron escuelas a las veredas	19
El primer cerco (1968): entraron por tierra	23
El segundo cerco (1969-1970): entraron por aire	28
Después del segundo cerco...	33
1980, XI Congreso PCC-ML, una nueva etapa	38
Acuerdo de paz	48

Inés:	53
--------------	-----------

«La compañera fue verraqita, no lloró...
va a aprender y será una de las mejores»

La niña de los mandados	57
El «puedes volver a casa» que nunca llegó	61
A mis doce años ya estaba en una unidad de combate	65
¿Quieres ser política o militar?	67
Un acto humanitario y un símbolo de vida	70
Comando: quiero vivir con ella	73
Mi experiencia como mujer rasa en las filas	74
La toma de Saiza	77
Nos juntamos entre frentes y los comandantes se hablaban en secreto	80
En búsqueda de oportunidades	85
Una deuda profunda	86

Marxela:	89
«El partido nos transformó la vida y tomamos lo positivo para salir adelante»	
Del campo a la ciudad	89
Juventud Revolucionaria de Colombia	91
La Cometa: el arte y la política	96
«Nos fuimos a Campo Giles»: el EPL firma la paz	101
La Cometa: pasado, presente y ¡vuelo al futuro!	105
«El partido nos transformó la vida y tomamos lo positivo para salir adelante»	108
Ángela:	113
«Todas esas luchas, las muertes de tanta gente... han aportado a los cambios que se están dando»	
Era rebelde ante lo injusto: una experiencia que de niña me marcó	113
De dirigente estudiantil a dirigente comunal	116
Desplazada de Ocaña por la persecución policial	119
Consolidando el trabajo obrero	122
Al Frente Limoto del EPL	124
Lo cosechado y lo pendiente	126
Cecilia:	129
«El campesinado siempre ha llevado la peor parte en este conflicto»	
Los primeros años: Juntas Patrióticas Populares, infancia y familia en la vereda El Moño	129
La guerra, la vida y la muerte en San Jorge, Córdoba	131
Llegada al EPL: militancia y matrimonio	134
Tregua y desmovilización del EPL: la experiencia del proyecto productivo	142
Reflexiones y sueños	144

Ruth: 147

«Esto tiene que salir a la luz»

Nos la pasamos huyendo de la guerra 147

«En la universidad me hice militante» 149

Con el periódico *Revolución* y el boletín del EPL,
vivíamos intensamente porque nos podían matar 151

De día: Textos Gran Angular, de noche:
periódico *Revolución* 154

«Sacrifiqué la maternidad por el partido, pero vino
mi separación y marginamiento» 155

La niña se despertó llorando 159

Desconfianza ante la paz: «exijo reparación
al Estado y sigo mi labor comunitaria» 162

«En la militante hay honestidad, sigo siendo la que soy» 168

Ángela, la Mona: 171

«¿Qué tan preparadas estamos para estar en la paz?»

De mantequilla a capuchas... 173

A nosotras nos reclutó la realidad del país 175

El paro de 1988 178

«Mamá, me voy para la guerrilla, me voy para
el Putumayo» 180

¡Ese abrazo no se compara con nada! 182

La guerra me golpeó a través de ella... 183

La Séptima Papeleta... uno nunca deja de hacer política 187

¿Qué tan preparadas estábamos para estar en la paz? 189

Referencias 193

Introducción



Este libro es resultado del acompañamiento realizado por el equipo de Iniciativas de Memoria Histórica del Centro Nacional de Memoria Histórica a siete mujeres, exintegrantes de la guerrilla Ejército Popular de Liberación (EPL) y exmilitantes del Partido Comunista de Colombia - Marxista Leninista (PCC-ML).

Las iniciativas de memoria histórica son una estrategia del CNMH que busca acompañar y apoyar procesos de reconstrucción de memorias y de representaciones en torno al conflicto armado colombiano. Entre otras particularidades, se caracterizan porque las proponen directamente víctimas y colectivos, y porque abogan por la inclusión de múltiples voces y experiencias. Según los objetivos de las iniciativas y las materialidades que estas proponen, el CNMH realiza un acompañamiento de carácter técnico, formativo y logístico, posibilitando el desarrollo de lo propuesto.

Para el presente caso, la iniciativa de memoria planteó recoger las voces de siete mujeres exintegrantes del EPL que optaron por la construcción de paz. Algunas de ellas tomaron esa opción desde la firma del acuerdo de paz con este grupo en 1991, mientras que otras la adoptaron en el transcurrir de la vida civil, lejos de los formalismos propios del acuerdo, debido a la desconfianza política generada por los convulsionados años en que este se dio.

La idea fue propuesta por una de las voces que integran los relatos acá contenidos, a la cual se articularon las de otras mujeres. Para lograrlo, fue necesario retomar contactos, con el apoyo de amistades en común, hecho que finalmente permitió el encuentro entre ellas; es decir, esta propuesta no nació de un colectivo consolidado, sino de una idea que posibilitó su articulación. Esta característica hizo que la iniciativa fuera un proceso retador en su desarrollo y que, sobre todo, apuntara a la generación de mutuas confianzas. Así, varias mujeres que no se conocieron durante su participación en las filas del EPL se reconocieron al escuchar sus historias, vivencias y sentires, y al dialogar sobre momentos que transversalizaron sus experiencias como mujeres en la guerra.

En términos metodológicos, el equipo del CNMH convocó a espacios de entrevistas a profundidad, algunos de manera colectiva, otros de manera individual, desde el criterio y facilidad de las participantes; estas entrevistas e interacciones se dieron durante el 2024, año en que se priorizó la iniciativa.

Estos encuentros, más que ejercicios donde se debatieron preguntas orientadoras, fueron escenarios de escucha, en los cuales las participantes narraron de manera libre sus experiencias en torno a los motivos de su participación en el EPL, sus pensamientos sobre el contexto político y social del país, sus trayectorias marcadas por relatos —con frecuencia— llenos de situaciones dramáticas que les suscitaron gran emotividad, convicciones, nostalgias y rememoración de hechos de violencia, así como sus opiniones alrededor del acuerdo de paz y de las dificultades propias de los procesos de reinserción y de reincorporación a la vida civil, y de construcción de paz en el marco de un conflicto armado no superado, entre otras cuestiones.

Se construyeron siete relatos de mujeres de diversas edades, la mayoría con roles rasos en la estructura militar y logística del EPL, algunas con destacada militancia en las células de formación y orientación política relacionadas con esta insurgencia, quienes actuaron tanto en el ámbito rural como en el urbano, en diferentes regiones como el alto Sinú, el sur de Córdoba, Urabá, Bogotá, el altiplano cundiboyacense, Catatumbo y el Piedemonte amazónico en Putumayo. En esa medida, inicialmente, este libro transita por el origen del levantamiento armado del EPL en el alto Sinú y San Jorge, la conformación de las Juntas Patrióticas Populares, que pretendieron ser gobiernos revolucionarios locales, los cercos militares oficiales en contra de los primeros destacamentos de esta guerrilla y

la conformación de brigadas, células y comités de militancia desde los años sesenta hasta la década del ochenta.

Posteriormente, se amplía la comprensión de los cambios generados dentro de las estructuras luego del XI Congreso del PCC-ML y de los procesos de fortalecimiento y expansión de los frentes del EPL como una guerrilla de carácter nacional. Finalmente, se transita por el proceso inicial de tregua (1984-1985) y los acuerdos de paz (1990-1991), así como por la estructuración de proyectos políticos, como la campaña emprendida en muchos órdenes en demanda de la convocatoria de la Asamblea Nacional Constituyente de 1991, y de otros procesos, de carácter colectivo e individual, a través de los cuales continuaron estas mujeres con sus proyectos de vida.

La vinculación de estas mujeres a la guerra no fue casual, sino que obedeció a reflexiones y decisiones de vida en el marco de las demandas propias de sus contextos históricos. Esta es una afirmación que varias de ellas resaltan en sus historias: participar en la guerra, así como participar en la construcción de la paz, fue tomar decisiones y partido, fue darles lugar a la rebeldía, a la resistencia y a los deseos de cambio social, elementos que históricamente la sociedad ha querido deslegitimar o desconocer en las mujeres, o incluso en el conjunto de las militancias revolucionarias de la época.

Por otro lado, vinculado a la estructura patriarcal de la sociedad, las historias resaltan que, en el desarrollo del conflicto armado, ser mujeres combatientes se constituyó en un factor de riesgo a

su integridad y a su vida. Al respecto, puede decirse que, si bien la violencia sexual fue una táctica de guerra perpetrada especialmente por las fuerzas armadas de carácter estatal y paraestatal, la insurgencia guerrillera, a pesar del discurso hacia lo igualitario y la demanda de derechos afín a los discursos de las izquierdas políticas, no estaba exenta del fuerte arraigo cultural y práctico de formas de subordinación o discriminación por motivos de género.

El cuerpo de las mujeres en el conflicto armado ha sido expuesto, violado y cercenado: ha sido usado como botín de guerra y como lienzo para desmoralizar a los combatientes. Pese a esto, en estos relatos, las mujeres resaltan cómo la guerra vivida no las ha hecho ajenas a los afectos, al cuidado del otro, al dolor por la muerte o a la alegría por la vida.

Quienes narran sus historias hablan de las renunciaciones hechas a sus vínculos familiares y de las apuestas enarboladas en favor de proyectos de transformación colectiva. El proceso constituyente fue una de esas apuestas que, al día de hoy, ha permitido transformar una parte de la realidad política y social que había marcado el contexto del conflicto armado en el país.

Conforme a esto, la presente iniciativa refiere memorias del conflicto armado y, a su vez, de contribuciones al entendimiento de lo sucedido en el marco del contexto social y político, y de construcción de paz, en distintas regiones en Colombia. En este punto, vale la pena releer y tomar para sí el cuestionamiento que realizó Ángela, la Mona, en su historia de vida: ¿qué tan preparados y preparadas pensamos que estamos para la paz?

Ahora bien, la realización de este trabajo, a cargo del equipo de la IMH, tuvo la particularidad de haberse integrado también, en la parte de toma de relatos y realización de entrevistas, con uno de los equipos de investigación que, precisamente, tiene a cargo la elaboración de un informe general sobre la historia de la insurgencia del PCC-ML y del EPL, como parte de la línea de investigación sobre las historias y actuaciones de los diversos actores armados del conflicto armado interno en Colombia registrado durante las décadas recientes. Este hermanamiento en la actuación de los dos equipos permitió aportes conjugados en cuanto a transcripciones y avances en la edición de los textos, a la vez que las entrevistas, en su versión preliminar, más amplia y detallada sobre los hechos narrados, se suman al acopio de fuentes primarias de la investigación referida. Por último, en la edición de este libro, se utilizaron seudónimos para darle nombre a ciertas historias acogiendo la solicitud de algunas de las mujeres participantes, y se incluyeron, en notas a pie de página, la información y elementos de contextualización para ayudar al lector en la comprensión de hechos históricos referidos en estos valiosos testimonios que aportan a la memoria histórica y al esclarecimiento del conflicto armado interno y sus impactos.

Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica
Centro Nacional de Memoria Histórica

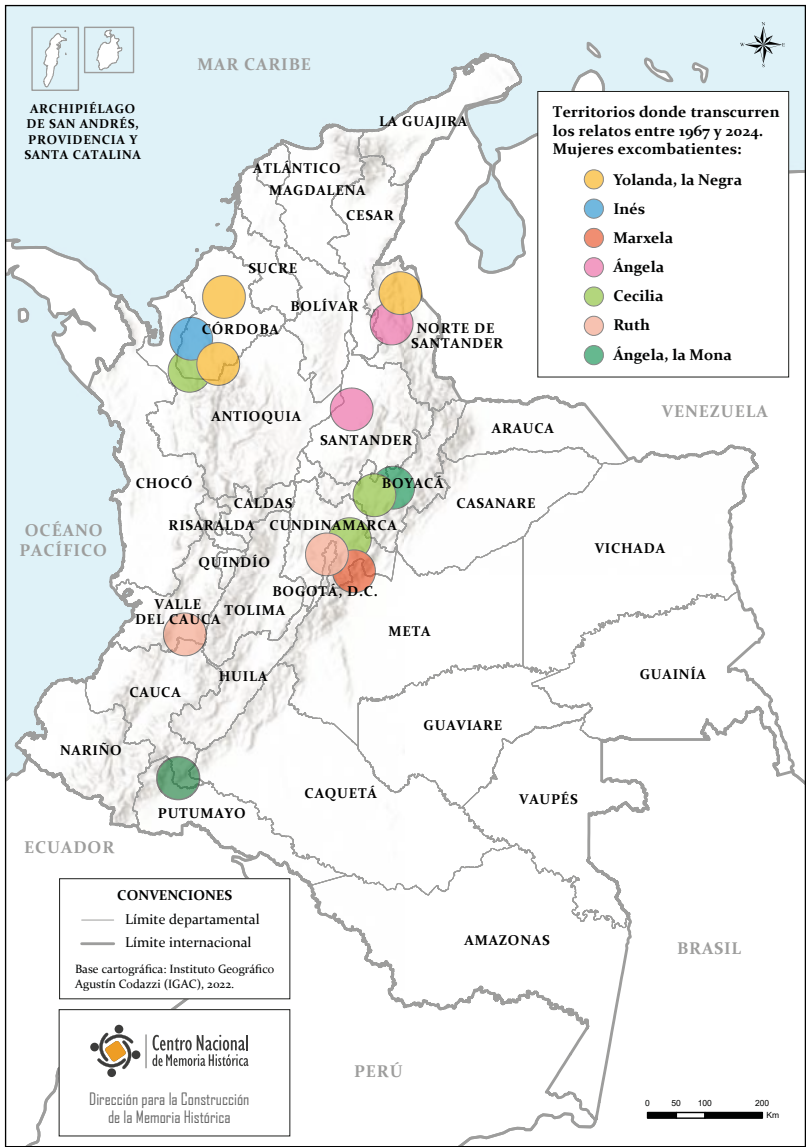


Figura 1. Mapa de los territorios donde transcurren los relatos de las mujeres excombatientes, comprendidos entre 1967-2024.

Fuente: elaboración propia del CNMH.



Yolanda, la Negra:

**«Extraño el compañerismo,
el amor a la gente; si había
una arepita todos comíamos»**



Pocas personas saben mi nombre; toda la vida me han dicho Negra o Yolanda dentro de las filas del EPL. Debo decir que mi historia en la guerra comenzó con mi papá, Jesús Antonio Areiza Durango, quien fue teniente de los liberales durante La Violencia. Él, oriundo de Uramita, Antioquia, quedó huérfano de pequeño; mi abuelo quiso asegurarle algo antes de que él faltase, así que le dijo a un cuñado que le vendiera las fincas en Uramita y le comprara algo a papá para que, cuando fuera hombre, se mantuviera. Entonces, se fueron para el Sinú y compraron la finca El Tigre.

Cuando murió el tío, papá heredó la finca y consiguió sus dos mujeres, y a cada una le consiguió su casa, como era la costumbre. Mi mamá se llamaba Zenobia, era de los Llanos de Urarco, Uramita, y murió en la finca: le dio preeclamsia en el embarazo de una niña, su décimo hijo y su quinta hija mujer.

Eso fue recién fundado el EPL, días después de haber entrado los revolucionarios al Sinú, así que mis hermanos y yo, que para ese entonces tenía diez años y era la cuarta en el orden, quedamos al cuidado de papá y de la madrastra.

Recuerdo que en los Llanos del Tigre¹ el único mercado que comprábamos era la sal, el jabón y el petróleo, porque el resto se cultivaba: lo que eran gallinas, ganado, marranos, patos, gallinetas y carne de monte, abundaba. Lo que la tierra no producía se compraba en Juan José, en Tierralta o en el Urabá antioqueño, así que, sin carreteras y por caminos reales, Juan José, un pueblo arriba de Montelíbano, nos quedaba a día y medio de camino en bestia; Tierralta, a un día de camino por Johnson por el río Sinú, y Chigorodó, a tres días en bestia o cuatro caminando por la ruta de Río Verde.

Volviendo a la historia de papá, él había sido teniente de los liberales cuando la guerra contra los chulavitas. Yo, en esa época, no había nacido, pero él contaba la historia. La gente, cuando llegó La Violencia al Sinú, era tan liberal que no hubo godo ni ejército que entrara a esa tierra: ni de Tucurá ni de Juan José pa arriba los dejaron pasar, y por Ituango no los dejaron meter. Entonces, el EPL pensó que como la gente era tan liberal, el Ejército no entraba², pero el Ejército, en esa época,

1 Para ese entonces, los Llanos del Tigre, ubicados entre el alto Sinú y el alto San Jorge, se caracterizaban por ser una región de colonos pobres, quienes llegaron buscando refugio de zonas de violencia en Antioquia (Behar, 1985).

2 Entre 1963 y 1964, el Partido Comunista Colombiano se divide por divergencias ideológicas y políticas, y un sector se escinde renombrándose Partido Comunista

era diferente: una parte entró en helicópteros; otra parte, por río y por caminos reales de bestia. Entraron y realizaron el primer cerco en 1968, que duró poco, aproximadamente tres meses, pero hicieron mucho daño.

Al año, el Ejército realizó el segundo cerco, más extenso, donde asesinaron y desplazaron a la población que permanecía en la zona, la cual era acusada de ser guerrillera. Durante el segundo cerco asesinaron a papá, y quienes permanecíamos en el territorio debimos correr pa'l monte, así que oficialmente ingreso al EPL a mis 12 años, pero, particularmente, esta historia en los Llanos del Tigre comienza con la fundación de escuelas.

Llegaron escuelas a las veredas

Recuerdo cuando llegaron los revolucionarios al Sinú. Como allá se bailaba tanto, en una fiesta que hizo el tío Luis un Viernes Santo, entró en la noche una cantidad de gente en bestia por el San Jorge a Juan José, mandados por Julio Guerra, quien había sido capitán cuando La Violencia³. Entró Torres, conocido como el Médico,

de Colombia - Marxista Leninista (PCC-ML) y adoptando una estrategia de lucha armada por la toma del poder, a partir de la promoción del surgimiento de frentes de la naciente guerrilla EPL en algunas zonas como el Magdalena Medio, el Valle del Cauca (Guacarí), Chocó y Risaralda, y en el que sería su principal teatro de operaciones: el alto Sinú y San Jorge en Córdoba (Villarraga y Plazas, 1994).

- 3 Se refiere a La Violencia en Colombia, periodo de mediados de los años 40, en especial tras el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán en 1948, en el que se desató un fuerte alzamiento armado campesino y popular desde las bases del liberalismo, y las vertientes comunistas, socialistas e independientes, con expresiones de guerra

la enfermera Cecilia, Virginia, María Cano, entró el compadre Caraballo, entraron un poco de compañeros y llegaron a la casa de mi tío como a las diez de la noche. Luego de su llegada, hubo una charla política y, después, se prendió la fiesta, y la gente se puso a bailar, porque la gente allá era muy alegre, cada ocho días había fiesta, y cuando mentaron en la charla que iban a montar escuelas para ayudar al campesino —porque entraron como profesores mandados por Alfonso López Michelsen—, la gente se contentó y empezó a apoyarlos. Los que sabían que eran revolucionarios eran unos poquitos: mi papá, mi tío Luis, Rafael Bustamante y José Pérez, conocido en las filas como Octavio Jaramillo.

Y así fue: montaron escuelitas para los niños, una en El Carmen y otra en el Sinú. La escuelita de El Carmen la montaron en la casa de Rafael Bustamante; como él era de San Bernardo del Viento y tenía estudios, lo pusieron a enseñarles a los niños de las veredas El Carmen y Madre Dios. En esa escuela —recuerdo— eran unos quince niños; llegaban en la mañana y los soltaban temprano para que se fueran para las casas. Las clases eran casi todos los días porque, cuando no estaba Rafael enseñando, estaban Pachito, Pablo o Lucas. Uno de mis

civil interna prolongadas hasta finales de los años 50 e inicios de los 60, en respuesta al autoritarismo y la violencia propiciada desde los sucesivos Gobiernos nacionales conservadores (1946-1953). Posterior a La Violencia, sobrevendría otro conflicto armado interno en el país entre el Estado y las guerrillas insurgentes desde esta década hasta la historia reciente —con expresiones aún actuales—, el cual busca superarse mediante progresivos pactos de paz entre el Estado y las principales guerrillas insurgentes (FARC-EP, ELN, EPL y M-19).

hermanos asistía a clases, y a él sí lo dejaban amaneciendo allá, porque nuestra casa estaba a tres horas; por eso, a los que estaban más lejos les daban camita para que durmieran. Papá iba cada ocho días por él, lo traía a la casa y lo llevaba nuevamente de madrugada.

La gente estaba contenta; tenía la esperanza de educar a sus hijos. Luego, empezaron a hacer trabajo político y, como en todo, unos querían y otros no; cuando ya se fueron declarando revolucionarios, hubo gente que empezó a patalear. En ese momento, formaron dos campamentos: en uno estaba el Destacamento Francisco Garnica y en el otro el Destacamento María Cano, uno de los hombres y otro de las mujeres. Pienso que esa división era mientras se educaba a los compañeros, para que los hombres no se fueran a meter con las niñas, porque cuando eso era la situación del maoísmo y eso era muy delicado: un hombre, un combatiente, que fuera a tocar a una mujer, eso era de sanción pa arriba. Recuerdo que recién fundado el Garnica, estaba integrado por mucha gente, por ahí más de cien personas.

Una de las primeras acciones que realizó el EPL en la zona fue la toma de Tierradentro, un pueblo a orillas del río San Jorge, en medio de Juan José y Pica Pica; allí había un almacén grande que le decían El Perro. Cuando el EPL hizo la toma, se llevaron todo lo que tenía el almacén.

Antes del ingreso del Ejército, es decir, antes del primer cerco, entró María Elena de Crovo⁴, quien buscaba hablar con los revolucionarios; la recibieron por el lado de Juan José y se la llevaron a la finca de Julio Guerra. Allí la tuvieron en reuniones con los campesinos, entre quienes había integrantes del PCC-ML y del EPL, como por ocho días, sin que llegaran a acuerdos; luego, la enviaron en Johnson por el río San Jorge. Entonces, a los días de ella salir, se sentó con Carlos Lleras Restrepo⁵ y, luego de ese diálogo, se dio el primer cerco. ¿Qué hicieron? Sacaron por las noticias un comunicado sobre

4 María Helena de Crovo había sido ministra de Trabajo y de Seguridad Social. Hizo parte del Movimiento Revolucionario Liberal, por lo cual era conocida del líder campesino regional Julio Guerra. Su ingreso al territorio respondió al propósito gubernamental de lograr el desistimiento del alzamiento armado mediante la oferta de algunos pequeños apoyos del Gobierno, como la entrega de material educativo y de pequeñas plantas de energía para algunos poblados, los cuales fueron rechazados como soluciones reales a la problemática vivida por la comunidad campesina (Rodelo García, 2021).

5 En efecto, el expresidente Carlos Lleras Restrepo envió a la antes referida líder liberal del MRL a conversar con el núcleo líder del campesinado, que estaba influido y acompañado por el EPL, buscando evitar la emergencia de esta guerrilla sin conseguirlo; el hecho fue publicitado en la prensa nacional como una gestión por la paz desarrollada por el Gobierno nacional. El mismo gobierno de Carlos Lleras, luego, desató los «cercos militares» con tropas del Ejército, contingentes de la Policía y apoyo de «grupos contraguerrilla» de civiles armados a la manera paramilitar, a la vez que, en el mismo sentido, obraban acciones de la Defensa Civil. Estas campañas militares contra el EPL, al igual que otras llevadas a cabo en diferentes regiones del país contra otras nacientes guerrillas, como lo testimonian estudios históricos e informes de derechos humanos, estuvieron muy comprometidas con hechos de alta y grave violación a los derechos humanos de la población campesina de tales regiones, vista como base social de la insurgencia y tratada como «enemigo interno» (Rivas, 1980).

Tierralta en el que se mencionaban todos los nombres propios de la gente, con nombre legítimo, por ejemplo, el nombre de mi papá, de mi tío Luis, el de José Pérez y de Octavio Jaramillo, es decir, de todos los que fueron los duros en la época de La Violencia y que ahora estaban con la guerrilla del EPL.

El primer cerco (1968): entraron por tierra

El primer cerco se dio, aproximadamente, un año después de la creación de las escuelas y meses después del denuncia de los nombres propios, momento en el que se metió el Ejército a buscarlos porque estaban apoyando la revolución.

Como esa zona tiene tantas montañas grandes y también tantas zonas planas con abundante agua, el que no conoce se pierde, así que mi tío Luis estaba a cargo de guiar a los revolucionarios; como conocía tan bien la zona, en el primer cerco, no se dejó coger del Ejército. Distinto le pasó a papá, a quién cogieron en un cañaduzal, lo torturaron en la finca, le hincharon las costillas y lo dejaron ahí.

En esa oportunidad ingresó el Ejército por varios sectores: por el río Sinú y por el San Jorge, en Johnson; por Ituango, ingresaron a pie para salir a Las Arañas y, por ahí, a las cabeceras del San Jorge, y bajaron por Galilea y hacia Carepa a pie. La gente, como era toda gente trabajadora, iba en bestias e iba informando: «Viene el Ejército en tal parte».

El primer cerco duró, aproximadamente, tres o cuatro meses; sin embargo, hizo mucho daño, ya que mucha gente abandonó el territorio. Los combates eran constantes; los miembros del Ejército llegaban y acampaban en las casas de la gente porque sabían que ahí el EPL no los atacarían, por no matar a las familias. Posteriormente, el Ejército empezó a sacar las familias a puntos de concentración ubicados en Barrancón y en Candelaria, y para los lados del Sinú.

A mi familia y a mí, los tenientes Saavedra, Plata y el capitán Triana nos sacaron de la finca. Llevábamos tres bestias y nos dijeron: «Váyanse de aquí». Salimos solo con las bestias hasta un punto que se llamaba La Burra, pero, al estar tan tarde, la madrastra nos dijo: «No, nosotros así no llegamos al Sinú, devolvámonos, si nos van a matar, que nos maten ahí en la casa», entonces, nos devolvimos. El Ejército pasó luego por el patio, pero de largo.

Al concentrar las familias, las empezaron a sacar del territorio. A los que no estaban de acuerdo con la revolución, el Ejército los sacó en un helicóptero, mientras que otros se fueron por cuenta propia, y las fincas se quedaron solas. Recuerdo que tres familias vecinas se fueron; en ese momento, la gente que se fue, se fue y el que se quedó, se quedó.

Como los Llanos del Tigre era tierra ganadera, quedó mucho ganado abandonado en esos potreros, y la gente empezó a matar vaca y a comer. El partido dijo: «Hay que comernos las vacas, porque, si no les gusta la revolución, aquí no vuelven a entrar».

Durante el primer cerco, se presentaron varios combates y, por las dificultades de la zona, se perdieron varios revolucionarios; otros murieron a manos del Ejército y otros perdieron su libertad. El camarada Torres, que era médico cirujano, se perdió con su esposa Cecilia, con María Cano y con Virginia; los cogió el Ejército en Cumbarrá, en la finca de mi tío.

A las mujeres, se las llevaron presas para Montería. A Torres lo mataron; lo cogieron vivo, pero la orden del teniente Plata fue que le dispararan en un sentido en el que pareciera muerto en combate. En el montaje, lo mataron, le dispararon en la cabeza, la metieron en una bolsa de polietileno y la montaron en el helicóptero. Cuentan que le decían a Cecilia: «¿Quiere mucho a ese hijo de puta? Es un bandolero, chusmero, guerrillero, ahora sí lo tiene mejor ahí».

Pedro Vásquez Rendón, que lo llamábamos Vergara, líder fundador del EPL, murió también durante el primer cerco, a manos de Chano Graciano, habitante de los Llanos del Tigre quien, presuntamente, realizó la acción buscando el pago de una recompensa económica por parte del Ejército que nunca recibió. Para ese momento, quedaron como líderes el compadre Caraballo, David Borrás y Lino o Robledo.

Las pocas familias que quedaron en el territorio volvieron a trabajar, hasta que llegó el segundo cerco donde el Ejército no dejó a ninguna.

Culminado el primer cerco, ingresé al EPL

Después del primer cerco, yo me volé de la casa. Vergara, en otro momento, había hablado con papá para que me dejara ingresar al EPL, y él le había dicho que yo estaba muy pequeña para eso, pero papá me pegaba y la madrastra me tenía de sirvienta de la familia y de diez obreros que tenían en la finca, así que mi hermano me dijo: «Dejá de ser pendeja, vámonos pa'l EPL, yo te saco. Alistá la ropa y yo vengo por vos, yo hago que me voy para el campamento y me escondo por el potrero, y vos en la noche salís».

Así hicimos, eso fue para el mes de diciembre. Busqué la ropa y la eché en una bolsita, me acosté a dormir, me bajé por el rincón de la cama, abrí el portón, crucé el potrero y me fui. Mi hermano me silbó, me tomó de la mano y corrimos por ese pantanero hacia la orilla del río, descalza porque no encontré los zapatos. Él tenía catorce años y llevaba seis meses en el EPL. Recuerdo que amanecimos en un filo, sentados, arropados con un ponchito que él llevaba, abrazados como dos hermanitos huérfanos.

Cuando él llegó al Garnica conmigo, le dijeron: «¿Usted por qué se trajo a esa muchacha? No ve que Ariza no quiere», él le explico y le dijeron: «No, entonces, váyase para el María Cano». Como a los quince días, papá fue a buscarme allá, porque no sabía dónde estaba, pero yo estaba por Tierradentro en una comisión; entonces, quedaron en que me mandarían a mi regreso. Al llegar, me designaron a un compañero para que me regresara a casa, y yo dije: «Yo no me voy a ir, si yo me voy

adonde mi papá, tenga en cuenta que yo me vuelo y me voy para otra parte y ya no los busco a ustedes». Entonces, dijo un compañero: «No, si es para que ella se tire a la perdición, dejémosla aquí mejor».

En el María Cano había como unas 17 mujeres antes del primer cerco; todas eran jóvenes, entre los 16 y los 30 años. Las únicas mujeres de la ciudad eran Virginia, Cecilia y María Cano. Luego, durante el primer cerco, permitieron —a quien así lo quisiera— regresar a sus casas, por lo que, a mi ingreso, éramos como cinco o seis mujeres, donde yo era la más pequeña, con doce años de edad.

Recuerdo que allá no obligaban a nadie, cuando eso estábamos con las tesis del maoísmo, no era Marx; entraban libros de Mao Tse Tung, medallas, mecheras para la gente. En ese momento no sabía leer, así que nos reunían, nos leían y nos explicaban la charla política todos los días. Cecilia, Virginia o María Cano daban las charlas, también algunos compañeros hombres.

A los pequeños que entrábamos, nos daban un fusil de palo, y hasta que uno se parara con el fusil y lo llevara para donde fuera, era merecedor de portar un arma. Robledo se encargaba de hacer el entrenamiento militar. Inicialmente, me dieron un fusil de palo, luego, una escopetica y, después, mi tío Luis tenía una carabinita, que se la dio la gente en La Violencia, y me dieron esa. Entrenábamos contra el barro, las raíces y los palos; yo amanecía llena de morados.

El segundo cerco (1969-1970): entraron por aire

El día menos pensado, a las ocho de la mañana, se oyó el tun, tun, tun de los helicópteros que aterrizaron en los potreros, y se veía gente y soldados corriendo: se emboscaban los soldados, se iba al helicóptero y, al momentico, volvía el helicóptero con más soldados; esa fue la dinámica en los potreros y las casas. A las mujeres que estaban llevándole el desayuno al marido o que sorprendieron en las viviendas, las sacaron y se las llevaron para los campos de concentración en Tukurá, en Candelaria, en Barrancón y en otras partes a la orilla del río Sinú y en Río Verde.

Sacaron principalmente a las familias de Sinú y Río Verde, a las que concentraron de forma hacinada en Tukurá, en cambuches que el mismo Ejército hacía con madera y cercas; entonces, ahí llegaban y tenían a los niños, varios de ellos murieron. Recuerdo que el Ejército mató a un niño de 10 años de un tiro en la cabeza; en estos espacios no había justicia ni paz, mientras el Ejército se quedaba en las casas, comiéndose lo que había: marranos, gallinas, vacas, y, cuando ya se cansaban de comer, les echaban gasolina a las casas, las prendían y las dejaban convertidas en un cenicero. El segundo cerco duró, aproximadamente, 10 meses.

Papá, cuando eso, dijo: «Yo no me dejo coger», y se fue con mis dos hermanos que ya estaban grandecitos pa'l monte. No quedó sino la madrastra con dos hermanas y un hermano de tres añitos.

Matan a papá

Durante el segundo cerco, supe que mataron a papá. Los compañeros le habían dado una metra para su protección, y la de familias y enfermos que se refugiaban junto con él en el monte. Un día decidió ir a buscar una caleta donde guardaba el arroz para la alimentación de todos, sin saber que un vecino había informado al Ejército sobre este almacenamiento. Al llegar, él y dos compañeros más no encontraron rastros ni personas, así que ingresaron a empacar el arroz. Al salir, el Ejército les disparó; todos murieron.

Por televisión y prensa salió tremenda propaganda: «¡Matamos al bandolero Jesús Antonio Areiza! ¡Lo matamos en una caleta con una metra!». Esto me lo contó mi hermano William, que también estaba en el EPL; me dijo: «¿Sabes a quién mataron?, ¿vos no te viste las noticias?». Le dije: «Aquí no hay radio, aquí no hay nada»; me dijo: «Mataron a papá, lo mataron en la caleta de Guapilo, y lo sacaron para Barrancón».

¿Qué hizo el Ejército? Como él tenía un anillo de oro con una esmeralda, le mocharon la mano, se la llevaron pa Tucurá dentro de una mochila, y, como allá estaba mi hermana la mayor, le preguntaron: «Oiga, Dioselina, ¿usted conoce esta mano?»; ella, cuando vio el anillo, pensó: «Parece el anillo de mi papá». Dice ella que la mano iba hinchada, morada, ya habían pasado como tres días de haberlo matado. Ella dijo que no, y le respondieron: «¿Cómo qué no? Si con esta mano le acariciaban la cara cuando estaba pequeña», y le sobaron la

mano en la cara. Ella decía: «Esa mano de papá estaba fría fría... me daba una escaramuza».

Conformación de Las Brigadas

Otro elemento importante de la organización en el marco del segundo cerco fueron Las Brigadas, que fueron creadas por orientación de Carlos Evelio y Caraballo. Las Brigadas eran compuestas por varias familias y duraron, aproximadamente, veinte años, desde el segundo cerco hasta noviembre de 1982.

Con el desplazamiento de las familias durante el primer cerco, Las Brigadas fueron conformadas por la gente que se resistió a abandonar su tierra, las familias de los combatientes y de los mandos. Para el Ejército, toda persona que se movilizara por la zona era guerrillera, por lo que Las Brigadas eran una organización para la protección. En total, había aproximadamente doce brigadas, cada una conformada por tres o cuatro familias.

A mis quince años, conseguí marido. Ambos estábamos en la revolución, pero no en el mismo campamento; él vivía por Tierradentro, pero lo enviaron para el Sinú. Durante el segundo cerco, quedó sin esposa e hijo, pues no quisieron regresar. Luego, lo enviaron para el San Jorge como comandante político, al campamento que manejaba mi tío Luis, donde yo estaba. Un día, mi tío me dijo: «Mija, si usted quiere conseguirse un compañero, él es un hombre trabajador, sencillo», hasta que, de verdad, me enamoré.

Como a mis quince años tuve mi primer hijo, integré la brigada número uno, compuesta por la familia Gutiérrez, la familia de José Pérez, la familia de Manuel y la familia de un señor que se llamaba Santiago, de los lados de Ituango. La brigada número dos era la de mi primo Tocayo Ariza, y así pa'l Sinú.

Entre brigadas teníamos puntos de referencia para comunicarnos. Como entre brigadas no nos veíamos todos los días, hacíamos buzones con frascos de vidrio y tapa de plástico que enterrábamos en las raíces de árboles y cubríamos con barro y hojas. La gente sabía, por ejemplo, que, si el Ejército entraba por San Jorge, estábamos pendientes de escribir el mensaje: «El Ejército viene por San Jorge, viene por tal parte», las otras brigadas leían la nota, respondían, y así seguía la dinámica; enseguida, le informaban al comandante Libardo Mora Toro o al campamento, para que les hicieran la emboscada. La ventaja era que quienes estábamos en la brigada conocíamos el territorio, así que, en vez de decir que venían por San Jorge, decíamos: «Vienen bajando por Birrí, vienen por Madredios», así que, si el mensaje caía en manos del Ejército, no iban a entender.

El canto de las brujas

Recuerdo que, una vez, venía el Ejército al mando del teniente Lopera; nosotros estábamos en un campamento cerca del filo de Birrí y escuchamos a un pájaro conocido como la bruja que, cuando ve personas u otros animales, empieza: «Cacao, cacao, cacao», y vuela ida y vuelta sobre quien o quienes caminen.

Empezamos a escuchar los pájaros; le digo al cuñado mío: «Parece que viene gente bajando por el filo de Madredios», me grita: «Tápeles la boca a esos niños y salga del campamento hacia el monte». Eso hicimos mientras él se fue a explorar; cuando oyó el ruido, venían hablando por radiopatrulla: «Estamos bajando por el filo, vamos con los zorritos, no hemos encontrado ninguna novedad todavía» —los zorritos eran los soldados—. Él los contó, los vio con la claridad del filito, iban 55. Ahí mismo, dijo: «Vamos a hacer la nota», él hizo la nota. Mientras enterrábamos el buzón, llegaron los de la otra brigada: «Por ahí está el Ejército, va en Madredios abajo, como para el lado de La Justa». Regresaron, llegaron al campamento y enviaron a cinco compañeros que los emboscaron antes de llegar a Madredios; pelearon como una hora.

El helicóptero sobrevolaba, pero no se podía comunicar porque les dañaron la radiopatrulla. Al rato, a otro helicóptero que enviaron desde Juan José, le astillaron un lado y cayó a la quebrada con muertos y heridos. Acamparon, dejaron los muertos en un punto y se emboscaron, pero no encontraron salida. Anduvieron todo el día y, en la tarde, llegaron al mismo campamento donde tenían los heridos; no podían salir. Al final, salieron a una rastrojera, rozaron, y saltó el helicóptero y se los cargó. Estaban con los pies podridos porque no se quitaban ni las botas; salieron los soldados por la prensa con llagas y pies hinchados.

En ese sentido, para el segundo cerco, el EPL tuvo una fortaleza, al contar con Libardo Mora Toro, conocido como Rodolfo;

era un gran militar y conocía muy bien el territorio. Durante el segundo cerco, se escondió en los bajos de Betulia, por el río Tigre. Él tenía poca gente, pero eran eficaces en el combate; recuerdo que derribaron varios helicópteros y avionetas. Mi hermano William era su escolta y mano derecha⁶.

Por otro lado, había gente de las haciendas que se vinculó con el Ejército: les decían contraguerrillas. Entre ellos, se encontraba un tío político, esposo de una tía que era paramilitar y que anduvo con Carlos Castaño hacia el Chocó matando campesinos. Ese lado de la familia, obviamente, no sabe esta parte de mi historia.

Después del segundo cerco...

Después del segundo cerco, quedó gente del EPL, pero mataron a muchos compañeros. También quedaron familias enteritas que el Ejército empezó a asesinar graneadito; ya no mataban directamente a los guerrilleros del EPL, sino a la gente civil.

6 Libardo Mora Toro fue dirigente nacional del PCC-ML y comandante del EPL. En los años 60, fue líder estudiantil universitario, abogado egresado de la Universidad Libre de Bogotá y participante en encuentros nacionales e internacionales como líder juvenil comunista; además, fue un destacado atleta que ganó competencias nacionales e internacionales en el subcontinente. Asesoró laboralmente a la Unión Sindical Obrera en Barrancabermeja, militó en las juventudes del MRL y en la JUCO, creó el primer frente rural del EPL entre el sur de Bolívar y el Magdalena Medio, entre 1964 y 1965, y luego fue comandante de frente en la zona del alto Sinú y San Jorge. Cuando iba en posición de vanguardia rompiendo trocha en esta zona, sucedió un encuentro fortuito con el Ejército y murió en combate en 1971.

Entonces, el teniente Lopera entraba calladito; como ellos sabían que, cuando el helicóptero sonaba, la gente se refugiaba en el monte, entonces, no mandaban el helicóptero sino patrullajes y emboscaban a la gente mientras estaba laborando en las cosechas.

Una vez, le dije yo al marido: «Nosotros, en la tierra de nosotros, cultivando y somos ladrones de nosotros mismos»; dijo: «¿Por qué ladrones?». Yo le respondí: «Nosotros hacemos las cosechas de maíz, nos encaletamos en el monte, lo guardamos y, para sacarlo, ¿qué tenemos que hacer? Ir vigilando como el ratero, darle la vuelta a todo el ranchito, lejos, si vemos un trillo que baje, ya no nos podemos meter y, si no hay, tenemos que llegar calladitos a robarnos nuestro maíz», se quedó pensando: «Pues, sí, somos rateros de nosotros mismos».

En esa temporada, estuvimos seis meses sin sal por orden del teniente Lopera. Por ese motivo, el pescado y la yuca la comíamos asada; no cocinábamos en el día, porque el humo delataba, cocinábamos de noche. Lo único que nos comíamos a gusto era el bollo de mazorca, porque, como es dulce, no necesitaba sal, las mazorcas cocinadas o las arepas enterradas en la arena, en la ceniza las cocinábamos enterradas, la yuca o el plátano, pero el caldo de pescado sin sal no hay quién se lo coma. Para poder comer la carne —porque allá comíamos carne de monte—, hacíamos unas humeras, mochábamos el animal en cuatro pedazos, le montábamos un tendido de hojas, montábamos unos pernils, encima otro tendido de hojas y

le metíamos candela por debajo. Así era que nos comíamos la carne, sin sal.

Cansados de comer de esa forma, un día, mi tío le dijo a un indígena que le llevara un bulto de sal; él compró un bulto de sal y se lo llevó en Johnson. El teniente Lopera se lo decomisó en Juan José y se lo tiró al río. Él se fue y, como la canoa iba llena de gente, no le hizo nada, pero a los ocho días se metieron a su casa y lo sacaron de noche, lo llevaron pa un cañaduzal a la orilla del río, le taparon la boca y lo mataron a cuchillo para que no oyeran. Al otro día, no apareció; salimos a recoger la sal y nos dijeron: «El indiecito está perdido hace tres días», fueron al cañaflchal y encontraron la arena movida y un poco de cañaflcha encima, escarbaron y ahí estaba el indiecito. Le mocharon las rodillas, le tiraron el cuerpo abajo, las nalgas más encima, las piernas por los lados. Le echaron ese poco de arena y encima le pusieron las cañaflchas.

«Vaya que a usted no le da miedo nada»

Para la década del setenta y, luego, a comienzos de los ochenta —fueron más de veinte años de organizarnos en torno a Las Brigadas—, nos sacaron para Montería. Leopoldo, un mando de la zona, me dijo: «Tengo que cambiarte el nombre. Tú te vas a llamar Yolanda, porque es un nombre bonito y vos, una mujer berraca». Allí trabajamos con la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), línea Sincelejo; hacíamos reuniones en Martinica, Leticia, Cantarrana y El Quince. En Montería

se convocaba también a reuniones del partido, con amplia participación de profesores de la Universidad de Córdoba, de la del Sinú, estudiantes también de colegios; llegaban, a veces, hasta quinientas personas.

Para esa época, el Ejército cogió a mi primo y a mi marido en El Tomate. Mi marido pudo escapar, pero mi primo no; alguien que lo conocía le dijo al Ejército: «Este es Tocayo Ariza, y él estuvo en la guerrilla en el Sinú». Lo mataron en el Batallón La Popa en Montería: lo amarraron de manos y pies, le rajaron la lengua, le arrancaron las uñas; cuando ya vio que se iba a morir, les dijo: «Parranda de hijueputas, si les cuento me matan, si no me van a matar también, entonces, mátenme porque yo no les voy a contar nada, ustedes son una parranda de asesinos» —esos detalles los contaron los mismos soldados—.

Dos compañeros estaban desaparecidos y se sospechaba que estaban en el batallón, así que Leopoldo me envió con su sobrino a indagar; me dijo: «Te vas con Francisco; como mi sobrino acabó de prestar servicio, no le tienen desconfianza y pasan como novios». Al llegar a Montería, conseguimos prestado un uniforme de estudiante, y me llevé un cuaderno y un lápiz.

Cuando íbamos llegando al batallón, él me cogió de la mano, entramos, saludó al comandante y le dijo: «Vea, le presento a mi novia». Yo vi a los dos compañeros sentados bajo el sol, con las manos pa atrás, con los pies amarrados, la cabeza agachada, en pantaloneta y sin camisa; le apreté la mano a Francisco, como santo y seña. Ellos siguieron en su diálogo: «¿Usted qué

hace por aquí?», «que vine a presentarles mi novia», «pero se la consiguió bien bonita, morenita». Mientras, pedí el baño prestado, pasé por el lado de ellos, toqué con el pie al compañero que conocía, él alzó la cabeza y me vio, le metió el codo al que estaba al lado de él.

Cuando salí, Francisco le dijo al soldado: «Hombre, venga, tómese una gaseosita»; dijo: «No, yo no me puedo mover de aquí porque estoy cuidando los detenidos». «No, en la caseta les ponemos cuidado, camine». El soldado se fue a tomarse la gaseosa; entonces, aproveché y me acerqué a los compañeros. El conocido me dijo: «Parece que esta noche nos van a sacar para matarnos, un soldado me dijo que esta noche nos desaparecían».

En eso venía otro soldado y me dijo: «¿Usted los conoce?», le respondí: «No, no los conozco, les estaba preguntando que qué hacían ahí», me contestó: «Parece lo mismo que le pasó a Félix Ariza», y yo le pregunté: «¿Qué le pasó a Félix Ariza?». Empezó a contarme el soldado: «A mí me dio pesar», le pregunté: «Y, ¿usted es de dónde?», respondió: «Yo soy de Tierralta», le dije: «Yo soy de Tierralta».

Como yo fui criada en Córdoba, le hablé con acento cordobés, y me contó cómo lo habían matado, y le pregunté: «Oiga, ¿la gente de aquí no tiene corazón?»; dijo: «No, porque aquí el que lo sapearon fue uno de los Hernández, uno de apellido Hernández que son del Sinú». Pregunté una vez más: «Y, ¿ellos están a dónde?», me explicó: «No, ellos viven en Tierralta,

vinieron a reconocerlo y, cuando se dieron cuenta, cuando sacaron por la prensa, dijeron que no se llamaba Félix Ariza sino Tocayo Areiza».

Cuando yo salí de allá, le dije a Francisco: «Amor, vámonos»; salimos directo al magisterio a contarles que esa noche iban a matarlos. A las dos horas, les llegó el abogado del sindicato de los maestros allá y les dijo: «No los niegue, comandante, que sabemos que los tienen amarrados aquí». Por ese motivo, no los mataron y fueron enviados a la cárcel.

1980, XI Congreso PCC-ML, una nueva etapa

El XI Congreso se realizó en 1980 por El Tomate, zona rural cerca de Montería. Yo estuve en esa reunión, yo fui la que les hizo la comida a ellos, en la parcela donde vivía Leopoldo. Nosotros vivíamos al lado de El Tomate, Córdoba, cuando, un día, llegó Liopo a la casa y me dijo: «Negra, estamos buscando las compañeras que han sido duras y firmes, las que les tenemos confianza en este proceso, porque vamos a tener una reunión, te queremos a vos; entonces, que acompañes a Margarita para que le hagan la comida a la gente. Viene Ernesto⁷, su

7 Ernesto Rojas fue un importante dirigente nacional del PCC-ML que llegó a ser el comandante general del EPL; estuvo en el frente urbano de Medellín, en la zona del alto Sinú y San Jorge, fue capturado por el Ejército y pagó condena en la isla Gorgona. Al recuperar la libertad, entre finales de los años 70 y hasta 1987, se convirtió en el líder y comandante más destacado que llevó a esta guerrilla a

hermano, Óscar William Calvo⁸, vienen varios compañeros y tu esposo también».

Recuerdo que todos los días me iba de El Tomate para donde Margarita, a llevarles la comida a ellos allá, como a unos 25 minutos; el lugar, desde la carretera, no se veía porque eso era un montecito bajito, pero tupidito. Ahí ellos armaron su cambuchito y dormían. El congreso duró como ocho días y, luego, fueron saliendo de a dos y de a tres, hasta que desocuparon.

Participaron algunas mujeres de la ciudad. Nosotras, la esposa de Liopo, Margarita y yo, no nos enteramos de nada, pues estábamos a cargo de la alimentación de más de cien personas. No supimos de qué se habló, solo nos dijeron el último día mientras despachamos la comida: «Ahora va a haber un cambio, y a ustedes, de pronto, les toca irse de aquí, no se sabe aún para dónde, pero les estaremos avisando»; en esos días fue que nos mandaron para Norte de Santander.

tener presencia nacional con frentes desplegados en distintas regiones del país. Denuncias e informes de organizaciones de derechos humanos señalan que fue capturado y asesinado por miembros de la inteligencia de la Policía Nacional en Bogotá, en 1987 (Villarraga y Plazas, 1994; Calvo, 2013).

- 8 Oscar William Calvo —nombre real—, fue un destacado dirigente nacional del PCC-ML, quien fue designado vocero nacional de esta organización y del EPL durante el acuerdo de tregua bilateral que sostuvo esta guerrilla con el gobierno Betancur entre 1984-1985. Se consolidó como líder político público que pregonoó ante el país la propuesta de convocar a una asamblea nacional constituyente que permitiera implementar una reforma política institucional democrática, además de reformas sociales que fueran la base para que las guerrillas insurgentes pactaran la paz y pasaran a ser partidos políticos legales. Estando vigente la tregua que le otorgaba garantías estatales, según denuncias e informes, fue asesinado por efectivos del Ejército en Bogotá, en 1985 (NCOS *et al.*, 1995).



Figura 2. Fotografía de Yolanda.

Fuente: archivo personal.

Pa Norte de Santander a montar frente en Catatumbo

Luego del XI Congreso, empezaron a repartir la gente por varias zonas de Colombia. Se hablaba de la necesidad de que el EPL fuera una guerrilla nacional y, bajo este propósito, enviaron a mi marido, Calorías, a montar con Mono Pedro un frente en el Catatumbo. Un día, nos dijeron: «Bueno, que estén listos que a las ocho llega la buseta de Los Flores»; alisté a los chinos y a las 7:30 a. m. llegó la buseta. Llegó un compañero que nosotros le decíamos Tiberio. Luego de un largo viaje, llegamos a El Tarra unos días después como a las 4:30 de la tarde.

Mi esposo y los demás estaban en trabajo político, mientras yo estaba en un ranchito donde el frío casi me mata. Tuve que salir a los días para Ocaña con los dos hijos mayores enfermos; luego, nos fuimos aclimatando. A los dos años, me sacaron para El Zulia, donde tuve un hijo, y luego retorné a Ocaña a vivir y a aguantar hambre. La situación económica estaba dura, y nos defendió el que yo tenía una máquina de coser.

Cuando eso, los paras estaban matando mucha gente ahí y, como la gente de Ocaña guardaba tanto luto, coser los vestidos para entierros y novenarios nos salvó de morir de hambre. Razón tuvo mi tío Luis cuando le dijo a su esposa: «Enséñele a coser a esa muchacha porque quedó huérfana y no sabe qué suerte le puede tocar».

Así, mientras mi esposo era el mando del campamento en Catatumbo, yo tenía rol de madre y de logística: compraba botas, pasaba armas. A veces, él me pedía consejo: «Está pasando esto, ¿cómo lo resuelvo?».

De cuando el volquetero era un capitán del Ejército

Una vez, me vine a pasar un armamento desde Sardinata y Las Mercedes hasta Tibú. Saqué dos cajas, le dije a una «masita»: «Regálame unos plátanos y unas yucas» y eché la mitad de plátano en unas cajas y la mitad de plátano en la otra; abajo llevaba granadas, pistolas, culatas de fusil y una metra. Entonces, yo cogí una metra, una mini Uzi, le metí el proveedor, la llené y me la metí atrás en la cintura.

Me puse unos brasieres talla cuarenta, cogí las granadas, las envolví en papel periódico y me las puse como si fueran senos: parecía una vaca foster. La pistola me la empetiné, los cuatro proveedores los llené de balas y los metí en medio de las granadas; yo pensé: «Donde a mí me bajen, no me voy a dejar, así me maten, el viejo verá qué hace con los hijos, pero sabiendo que a las compañeras las violan, las torturan, prefiero un rafagazo, que no sienta el dolor y no que me arranquen en pedacitos».

Pagué una carreta hasta La Ye, es decir, la carretera que va para Tibú, la que va para Cúcuta y la que viene para Ocaña. Llegué ahí, y estaba una amiga mía que había sido vecina; me preguntó: «Usted, ¿pa dónde va?»; le dije: «Yo voy pa Cúcuta». En ese momento, llegó el hermano de un compañero que estaba en el EPL; cuando me vio, me dijo: «¿Las cajas son tuyas?, ¿qué llevas?», le respondí: «Ni pregunte», él adivinó. Me dijo: «Pilas, pendeja, que hay ocho retenes de aquí a Cúcuta, están bajando y están revisando hasta los zapatos». Le consulté a Otilia: «¿Usted no tiene un amigo por ahí que trabaje en una volqueta? Porque es que los buses no pasan», ella me contestó: «Sí, yo tengo un amigo que él baja carbón de Tibú, si quiere lo espera, la embarco», y ahí me quedé como una hora y media sentada. Cuando llegó, él como que estaba enamorado de ella, y le dijo: «Oiga, tengo una amiga mía, ¿por qué no la lleva? Es que ella lleva unas cajas llenas de yuca y plátano ahí, el bus no pasa y le cobra mucho».

Se quedó mirándome y me preguntó: «¿Usted tiene marido?», le dije: «No, yo no tengo marido», me dijo: «Camíne y yo la llevo». Cogí las cajas, me las ayudó a montar y empezó a investigarme. Le dije que venía de Sardinata, que estaba donde una comadre paseando, y trayendo yucas y plátanos; por un ladito alcé y se las mostré. Preguntó por mi marido e hijos, y le dije que tenía dos hijos, y que el marido se los había llevado a Medellín porque había conseguido una mujer más bonita, que yo trabajaba en Venezuela en un taller de confecciones y que vivía en casa de un hermano que se casó con una venezolana en San Cristóbal.

Cuando llegamos al primer retén, un soldado les puso las manos a las cajas: «¿Esas cajas son tuyas?», contestó: «No, son de mi novia». Él trataba de abrazarme, y yo me le volteaba para que no bajara la mano a la cintura y me tocara la metra. Él trataba de mandarme las manos a las tetas; yo le decía: «No, pero espere, no vaya tan rápido». Le piden papeles y dice: «Yo soy capitán del Ejército del Batallón de Cúcuta». Cuando él dijo así, yo pensé: «O tengo la horca en el pescuezo o tengo la vida en las manos» porque, como es capitán, no lo requisan. Llegamos al otro retén y le piden papeles: «Soy capitán del Ejército de Cúcuta», y en todos los retenes: «Pasen».

Más adelante, me dice que es capitán del Ejército de Cúcuta y que se encuentra en la zona porque está haciendo una investigación. Me preguntó si conocía algunos de los mandos, Calorías, Trino, etc., y le dije: «No, francamente, la verdad, yo

he llegado a La Ye y eso, con esta vez, son dos veces, porque yo llevo aquí y me voy para donde mi amiga para Sardinata y cojo el bus pa Cúcuta y de ahí pa Venezuela; yo esa carretera arriba no la conozco». Siguió diciéndome que uno de los mandos se llamaba Diomedes y otro, que parecía del Pacífico, Tiberio; eran mandos y estaban buscando el campamento, para lo que tenían cuatro personas haciéndose pasar por parejas en dos casetas de la zona donde los combatientes salían a comprar. Le dije: «Ya ve que está bueno que saquen toda esa parranda de malandros de por ahí».

Cuando llegamos al Zulia, supe que no había más retenes, le pedí que me dejara en Patios, le regalé dos yucas y dos plátanos. Me citó en la terminal al día siguiente para conocernos más y pasar la noche, lo cual acepté. Me bajó las cajas, me brindó una gaseosa, se montó en la volqueta y, ahí mismo, cogí un taxi y para el barrio Bogotá a entregar el armamento. Al llegar a la casa en Villa del Rosario, mi hija me entregó una nota para que recogiera un armamento en Barranquilla, así que me alisté y arranqué al otro día. Yo me reía en el hotel, pensando en que el comandante del Ejército estaba esperándome.

Para asuntos logísticos prefería ir sola que acompañada

Una vez, en Montería, me mandaron con una señora a entregar un armamento; yo venía adelante con las cajas, y ella venía atrás con la gente. Con nosotras venía una niña como de 12 años a

quien recién le había llegado el periodo, entonces, tuve la idea de utilizar los interiores manchados de sangre de la niña para ponerlos en la parte de arriba de la caja y, luego, la amarré.

En el puente de Montería que va para Urabá, los policías: «¿Qué lleva en esa caja?», dijo el chofer: «Eso es de la señora», contesté: «Una ropa sucia». Bajó la caja, la abrió, vio el calzón empapado de periodo, y dijo: «No, no, cierre eso, y móntale eso allá a esa señora». A mí, se me subió la sangre a la cabeza y se me bajó caliente, yo dije: «¡Gracias a Dios! ¡por poquita cosa me salvé!». Me pregunta el policía: «Y, ¿tú vas a ponerte a lavar esa ropa?», le respondí: «Pues, yo me pongo guantes, yo vivo de eso, de lavar y planchar; me toca porque usted no va a compartir el sueldo conmigo», a lo que dijo: «No joda, las manos de ustedes las mujeres tienen que desinfectarse pa cocinar».

Era un solo retén; cuando llegamos a El Tomate, en el bus veo un charco de agua y le pregunto a un muchacho: «¿Ese charco de agua?», me dice: «La vieja puerca esta que se orinó cuando la policía estaba requisándole la caja». Le pregunté: «Oiga, Esther, ¿a usted qué le pasó?», me dijo: «No, qué tal que yo trajera esa caja, yo me muero». De ahí en adelante me dije, cuando vaya a hacer una tarea así, voy sola.

De Villa del Rosario para Cartagena

Del Catatumbo salí con los hijos pa Ocaña. En Ocaña vivimos dos años, pero, al entregarse Chapuza, un hombre que empezó a hacer matar compañeros, me sacaron de Ocaña y me fui para

Venezuela. Cuando el golpe de Estado de Chávez, me fui hacia Villa del Rosario; allá cuidé a una muchacha de un compañero que resultó embarazada, pero resultó más sapa que los sapos que brincan!, se fue a la Policía y me echó al agua, con la suerte de que, como no sabía de números ni leer, dijo que al frente del cementerio estaba mi casa, que yo era esposa de un guerrillero. A las vecinas, les allanaron la casa en la madrugada.

Yo tenía debajo de la cama tres cajas con fusiles, pistolas y granadas, tenía 180 hamacas y 180 toldos que iban para Tibú, para la gente, que yo los hacía. Cuando oigo yo por ahí como a las dos de la mañana: «Cojan, si lo ven correr a ese hijueputa denle plomo y maten a quien sea», me levanto y salgo al patio, y veo uno por encima del techo con la metra, y se levanta Jorge, que tenía como 12 años, y me dice: «Mamá, nos están allanando». Le dije: «No prenda los bombillos, quédense quietecitos». Cogí yo esas cajas y las metí debajo de la cama.

La vecina decía: «Aquí no hay nada, ¿qué es lo que ustedes me buscan a mí?, yo no tengo nada». Yo sí estaba segura de que el allanamiento iba para la casa porque la hijuema vieja se había ido hacia dos días, y yo sí salía y veía la gente ahí al frente del cementerio, haciéndose los que leían. A las cinco de la mañana, recogieron el personal y se fueron.

Le dije a Jorge: «Mijo, salga a la carretera y mire a ver si va un carretillero». Al llegar, pacté con él para que se llevara las cinco cajas de las armas y las hamacas a la parada de bus. Dejé a los hijos solos con \$150 000, porque yo me levantaba la plata

cosiendo, vendiendo arepas y empanadas. A Jorge, lo mandé a pie detrás del carretillero para que no me fuera a botar las cajas, con una plata en la mano que hacía como si fuera a comprar pan, y yo me tiré por la calle.

Cerca de la parada de bus, paré un taxi y le pagué cien pesos de más para una carrera hasta Cúcuta. Allá le entregué a una compañera: «Guárdele eso a esa gente y dígle a Rodrigo que esto está aquí, que no las vaya a buscar a la casa». Me regresé, empaqué maleta y ¡pa Cartagena que es más derecho! Tenía que escaparme lejos: ¿Usted qué cree que nos sucede donde me cojan a mí con todo ese poco de chinos y todo ese poco de armamento? Mi papá decía que el antioqueño no se varaba y que el que se varaba era por güevón.

En Cartagena conseguí un rancho y me metí; luego, nos fuimos para San Juan de Nepomuceno en Bolívar. Allá vivimos dos años, hasta que se metieron los paramilitares a matar gente, y ahí me volé pa Bucaramanga. En ese tiempo, yo hacía arepas, hacía mazamorra, hacía bollo... las cosas allá eran muy baratas: una libra de yuca valía 200 pesos, una libra de ñame valía 250, la leche valía 300 el litro.

Entonces, el hijo se madrugaba con los de las queseras a recoger leche, y le decían que se trajera un timbo para que llevara y llegaba con cinco o diez litros de leche: yo la hervía y les daba con mazamorra, con plátano maduro, con lo que cayera. Los puse a estudiar, ya que ahí estaba mi hermana y las profesoras eran sobrinas del esposo de ella.

Con mi esposo perdimos un tiempo contacto; luego, hablé con la comadre y le dije dónde estaba y, con el tiempo, él llegó allá... Nos veíamos cada dos años o dos años y medio, casi no nos veíamos; se estaba por ahí dos días y se iba otra vez. Yo, casi todo el tiempo de la guerra, me la pasé sola.

Hasta la desmovilización en el 91 me quedé en San Juan; luego, fuimos a Medellín a la desmovilización. Cuando fuimos a la concentración de Medellín, nos vinimos; ya nos quedamos en San Juan, y él se quedó ahí en la casa.

Acuerdo de paz

Un día de visita, Diomedes me dijo: «Negra, nos vamos a desmovilizar, ¿vos qué decís?». Yo le dije: «Pues, ustedes son los que tienen que pensar, ustedes son los mandos, pero yo veo eso crítico, tantos años en el monte pa que nos agarren como matando pollos en un corral». Yo, lo único que decía es que cada uno es dueño de su vida, cada quien piensa lo que le conviene o no.

A Calorías, yo sí le dije: «Bueno, si nos vamos a salir de esto, lo único que yo le digo es que vamos a concentrarnos a trabajar para nosotros y para los hijos. No vamos a comernos ni una papa con la vida de los compañeros, de los que se vayan y los que se queden»; él no me entendió, y le expliqué: «Sí,

si usted va a seguir en esto, quédese con Nené⁹. Si va a sapear a los de aquí, entonces, mire a ver cómo cierra la boca» y, nada, salimos. Él estaba de acuerdo, porque él se reunía con los negociadores de paz y los demás mandos, con los combatientes muy poco se reunían. Posteriormente, empezaron a asesinar compañeros.

Durante el proceso de reinserción, consiguieron una finca que dividimos entre algunos desmovilizados: tenemos un poquito de café, cacao, plátano, maíz, tomate, yuca, gallinas, patos, perros. La idea mía es trabajar para comer; ya uno se acostumbró a la vida civil, a vivir tranquilo, así sea pobre.

La guerra le deja a uno muchas experiencias; hoy, me parece imposible haber pasado por todo eso que pasé. No me arrepiento de haber entrado a la guerra, porque nadie me llevó; allá hay compañeras que dicen: «Yo sí me arrepiento de haber ido». Un día, le dije yo a una compañera: «Y, ¿por qué te arrepentís? Nadie te puso una pistola en la cabeza pa que

9 En el Catatumbo, el Frente Libardo Mora Toro del EPL se desmovilizó como parte del acuerdo de paz de 1991; sin embargo, 36 efectivos, entre más de los doscientos en la región, se resistieron al acuerdo y continuaron en armas, alentados por el ELN y las FARC-EP que rechazaban los acuerdos de paz de esta y otras insurgencias, pactados en el contexto de la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente durante ese año. Es así como un mando intermedio, el Nené, asumió la jefatura del grupo disidente al pacto de paz y siguió actuando bajo la misma sigla (EPL) al margen del proceso de paz, de forma que, más allá de nuevos reclutamientos y la búsqueda de la reconfiguración de la estructura guerrillera, atacaron a las personas desmovilizadas en el marco de este acuerdo de paz en la región, produciendo, al menos, ocho muertes, incluida la de quien había sido el comandante máximo del EPL en el Catatumbo, alias Diomedes (Villarraga y Plazas, 1994).

te fueras, estuviste allá por tu gusto»; lo que uno hace por su propia voluntad, no se arrepiente.

Particularmente, los retos para una mujer en la guerra son todos los que se puedan enfrentar, pero, en mi caso, cuando uno se consigue un marido machista toca pararse en la raya. Yo sabía que, en el campamento, él estaba con otras mujeres, nunca fui celosa, pero me daba rabia que llegara a maltratarme. Una vez, se me aventó, y le di una cachetada y lo tiré patas arriba, saqué dos peinillas y le dije: «Vea, güevón, si usted es paísa y sabe jugar esgrima, coja la peinilla». Cogí la peinilla y le pegué dos planazos en el rabo, y le dije: «Párese, a ver, mijo; usted a mí no me va a pegar, no sea pendejo». Al rato, se puso a llorar; le dije yo: «El hombre macho no llora, güevón». Además, el camarada Carlos Evelio nos decía que podíamos defendernos con pistola o fusil de este tipo de agresiones sin ser sancionadas.

Extraño, de esas épocas, el compañerismo, el amor a la gente: si allá había una arepita así chiquitica y éramos 20, entonces, se dividía en 20 pedazos, todos comían. Mis hijos recuerdan que yo adoptaba a mucha gente; me decía el hijo en estos días: «¿Usted se acuerda que adoptó a Ingrid, en la costa adoptó a Alvarito, adoptó a Concha, a la hija de la Mona?, todos andaban con nosotros». Le dije yo: «Pa que vea, siete hijos más los adoptados, y de hambre no nos morimos». Eso sí, a veces, me tocaba dejar a los niños a cargo de los mayores, pero, desde pequeños, les enseñé a cocinar, lavar y planchar.

De los hijos, me quedan cinco, porque a los dos mayores los mataron: a uno lo mataron después de la desmovilización y el mayor sí murió en un combate. Calorías murió acostado conmigo en la cama en 2018.



Inés:

**«La compañera fue verraquita,
no lloró... va a aprender
y será una de las mejores»**



Mi nombre es Inés; nací en 1972, dos años después del nacimiento de mi hermano mayor. Ambos provenimos de dos familias enemigas, vecinas de Santa Fe de las Platas, corregimiento de Arboletes, Antioquia. Mi abuela, la hija mayor de la familia Ochoa Ibarra, se juntó a vivir con el hijo mayor de los Negrete Ochoa, familias que, para colmo de males, compartían un apellido.

Mi madre era hija de una pareja anterior a dicha unión; ya siendo adulta, decidió buscar a su padre biológico en Montería, ciudad donde trabajaba en la empresa de comunicaciones Telecom. Al conocerla, él le regaló una casa en Puerto Escondido, Córdoba.

Mi madre, mi hermano Hernán o Chucho, como le decíamos de cariño, Mario y yo, que para el momento tenía cinco años, nos mudamos a la nueva casa en la vereda El Planchón. Allí vivimos momentos hermosos, teníamos un río cerca y un mar inmenso; compartíamos felices entre vecinos. Allí nacieron dos hermanos más: Aníbal y Mariela.

Todos jugábamos felices hasta que mi mamá en Montería conoció nuevas amigas, entre ellas su madrastra. Le tomó tres meses regresar a Puerto Escondido y, cuando llegó, era otra: tenía deseos de trabajar y hacer cosas nuevas, quería tener dinero y vender en las calles. Eso no estaba mal; lo malo era que pasaba todo el día por fuera y, nosotros pequeños, permanecíamos solos en la casa.

No había cumplido mi hermana Mariela un año cuando mamá cambió la venta que tenía en la vereda por una en el casco municipal de Puerto Escondido. Se iba para allá todo el día y se ubicaba en la esquina de una tienda que se llamaba Tienda del Cachaco Rojas; llevaba bolsas con ají, tomates, berenjenas, habichuelas, cocos y mangos para la venta. Luego, comenzó a llegar tarde, tipo diez de la noche; no se daba cuenta si mi hermano mayor y yo hacíamos las tareas o qué pasaba con Mariela ni con el resto de los hermanos a quiénes cuidábamos.

Un día, papá, cansado de esperar un cambio en ella, decidió seguirla y la vio de noche caminando de la mano con un hombre; habló con ella y arreglaron las cosas. Luego, a los tres meses, continuó con los mismos comportamientos y otros inusuales, como eso de querer ser ella quien madrugara a traer el agua en burro a la casa, desde un pozo ubicado a dos horas. Esto alertó a papá, quien nuevamente le hizo seguimiento y comprobó que seguía en las mismas andanzas.

Luego de reclamarle el por qué tenía ese comportamiento, a sabiendas de que él la había perdonado, ella le dio una

cachetada. Todos lloramos ese día, y mi padre, conmovido, le pidió que no se fuera, que mirara cómo estaban sus hijos, a lo que ella respondió: «Me voy y me voy». Recogió su ropa y la de mi hermano Aníbal; pensé que se llevaría a la bebé, pero no fue así. Ese día fue tenaz; mi padre, al ver que ella se iba, lloraba y le suplicaba que no se fuera, que mirara los hijos que tenían y que, en últimas, éramos nosotros los que sufriríamos. Nunca había visto a mi padre llorar como un niño.

Mamá se fue a vivir a Montería con mi hermano Aníbal y con su padre biológico, a quien recién había conocido; mientras ella trabajaba como empleada doméstica interna, el novio le terminó. Luego, en esa casa del abuelo, vivían más niños y era un caos total. En sus días libres, mi madre se iba de fiesta, y mi hermano seguía a merced de personas desconocidas.

Mientras tanto, nosotros cuatro vivíamos con papá, que salía a trabajar muy temprano y regresaba casi en la noche, dejándonos recomendados con Isidora Ibáñez, una vecina que repartía la comida que él nos dejaba, primero a sus doce hijos y, luego, cuando alcanzaba, a nosotros cuatro.

Los días pasaban y deambulábamos de casa en casa, jugando con niños irrespetuosos. No faltó quien le dijera a papá: «Oye trae a tus padres, así tus hijos no están solos», y así lo hizo. Durante año y medio se trajo a sus padres y, con ellos, llegaron también tres tíos; ya no éramos cinco sino diez. En ese momento, yo tenía cinco años y, al igual que mis hermanos, no estaba estudiando.



Figura 3. Inés en la Escuela Rural Mixta (1978).

Fuente: archivo personal.

La llegada de los abuelos, contrario a las expectativas, empeoró nuestra situación; mi abuela a los quince días enfermó, lo que nos generó más carga a mi hermano mayor y a mí; como los tíos trabajaban, debíamos bañar a la abuela. Yo aprendí a cocinar para diez personas y a hacer los demás oficios de la casa. Mi abuelo no hacía algo distinto a gritarme e insultarme, por mi parecido con mamá.

Con el paso de los días, y ante la lejana mejoría de la abuela, una tía le ofreció a la familia vivir juntos en su finca ubicada en la

vereda Makencal en San Pedro de Urabá, y así lo hicimos, luego de que papá vendiera en Puerto Escondido; en la finca vivían ella, sus diez hijos, su esposo y un sobrino de este. En general, sumábamos más de veinte personas, ¡eso parecía un batallón!

Las hijas de mi tía me hacían matoneo, burlas, me inventaban apodos, y la convivencia se tornó difícil, hasta que, un día, mi tía le dijo a papá que buscara para donde irse con su gente. Él empezó a recorrer veredas, en búsqueda de un lote o finca para comprar, con lo poco que le quedó de la venta de la casa en Puerto Escondido, y algo que también tenía la abuela de la venta de su casa en Santa Fe de las Platas.

Un día, en esas correrías, papá fue apuñalado mientras se encontraba en una fiesta veredal; al verlo llegar ensangrentado, lloramos. Lo único bueno, en ese momento, fue que consiguió un lugar para vivir en la vereda La Mesa; hoy, no sé si fue para bien. De mamá no supimos durante ese periodo.

La niña de los mandados

Llegamos a la vereda La Mesa sin saber que eso era un nido de la guerrilla; al mes de estar viviendo allí, la vimos pasar. Desde ese momento, supe que mi vida cambiaría. Fueron muy amables con nosotros; me acuerdo que nos regalaron carne y que conocí al comandante guerrillero Roberto. Entre quienes llegaban también estaba Natalia: era una hermosa mujer, blanca, de ojos bellos. Siempre que jugaba con los vecinos

de mi misma edad, decía: «Yo quiero ser como Natalia», ¡la idealicé tanto! No pasó mucho tiempo; cuando volvieron, ya me conocían. Ellos acampaban cerca de nuestra casa en un rancho de palma, cercado con palos y tablas.

Un día, bajó el comandante; supimos que era Roberto, el comandante, porque traía a unos hombres con fusil detrás de él. Se acercó a mi padre y le dijo: «¿Cuántos años tiene su hija?», interrumpí y le dije: «Casi ocho». Él sonrió y le dijo a papá: «¿Será que ella puede ir a Guadual a comprar un arroz para nosotros?, puede ir en ese burro», dijo. Yo, de una, salté y le dije: «¡Yo voy, ¡pero me da para una gaseosa!»; «Oye, respetá», replicó papá. No demoré dos minutos, cuando ya estaba encima del burro con rumbo a Guadual, con plata y lista en mano, aunque no sabía realmente la cantidad de dinero que llevaba. Esto se volvió una rutina.

Como la guerrilla vivía en la vereda, les cogí mucha confianza; ellos me querían y me trataban muy bien. Pasaba por el retén del Ejército y no sospechaban que llevara y trajera comida y recados para la guerrilla. Con el tiempo, pasé de veredas y corregimientos a municipios; ya había dejado el burro atrás, pues me enviaban a caballo. Como no estudiaba, seguí de mensajera del frente de la guerrilla; mi familia estaba feliz: prácticamente, yo la mantenía económicamente, porque, de regreso, el comandante me daba plata que papá utilizaba para comprar el mercado y demás cosas que necesitábamos. Incluso, mi abuelo, sin pensar

en mi exposición, en cada salida me decía: «Trae tabacos». No dimensionábamos lo que vendría a cuestas.

Recuerdo la primera vez que, todavía con mis siete años, me enviaron a San Pedro de Urabá a llevar un morral y me dieron como quinientos pesos para que gastara en mecato¹⁰. Cuando llegué a San Pedro, alguien me estaba esperando; me recibió el morral. Yo, ingenuamente, no pregunté sobre su contenido: él lo abrió, sacó unos billetes y me los regaló. ¡Me volví loca! Sacaba un billete y le decía a la señora de una tienda: «¿Cuánto cuesta esa muñeca? ¿Cuánto cuesta ese vestido?», ¡me sentía millonaria!, y, claro, dejé dinero para la casa.

Con el tiempo, me volví experta en hacerle mandados a la guerrilla; sin embargo, un día, las cosas se complicaron. Llegó el comandante con sus hombres de guardia a mi casa y, cuando eso pasaba, algo se venía. Me llegué a asustar y le dije a mi papá: «¿Sería que la plata que me dio el señor en San Pedro no era para que me la gastara? Si te preguntan qué hice con la plata, diles que me compré un vestido y que compré arroz», a lo que respondió: «Espera a ver qué es lo que quieren».

«Entren, ¿qué se les ofrece?». «Por ahora, la compa se ha manejado excelente», dijo el comandante; yo respiré con alivio. «Hagan café», nos ordenó papá, a lo que siguió el comandante: «Yo he venido a pedirles que si me prestan a la compa para que viaje más lejos». Mi papá cuestionó: «Lejos, como, ¿a dónde». Yo

~~~~~  
10 Refrigerio pequeño.

repliqué: «¿A dónde voy? ¡Yo voy, yo no tengo miedo para nada, lo único que toca hacer es que me compren ropa!». «Calladita se ve mejor, deje que están hablando los hombres. ¿A dónde va esta vez?», dijo papá; «A Medellín», respondió el comandante.

El comandante trajo esta vez una maleta más grande y ropa de niña para mí. Una guerrillera me dijo: «Venga y se la mide a ver si le queda». El comandante se quedó con mi padre y vi que le dio una plata, mientras me probaba la ropa. El comandante dijo: «Me la voy a llevar al campamento porque toca entrenarla en lo que va a decir cuando llegue a Medellín». Mi papá le respondió: «Pero regresa hoy, porque tiene que cargar agua con el hermano». «Llega tipo seis, así que envíen a otro; ahora vienen por ella. No la llevo ahora porque no quiero que la vean mucho conmigo, ya luego van a pensar que le estoy cayendo a la compita», dijo y se despidió.

Al rato, llegó por mí una guerrillera llamada Gloria; me dijo: «Compita, venga y vamos que le voy a enseñar algo», nos fuimos. Lo primero que vi fue una cantidad de personas uniformadas; escuché que dijeron: «Llegó la compita de La Mesa». «Háganla seguir», dijo el comandante, quien, al verme, me preguntó: «Venga, chinita, ¿usted había soñado alguna vez con ir a conocer Medellín?», le dije: «Yo siempre sueño con cosas, pero no, ese sueño no lo he tenido». Me explicó: «Vamos a empezar por decirle que Gloria la va a llevar hasta el corregimiento de La Candelaria, de ahí coge un bus hasta Arboletes, y de Arboletes a Montería». Me dio varios paquetes para

pagar cada trayecto, porque casi no sabía contar. Me dijo: «El tipo del bus le va a comprar el pasaje a Medellín como si fuera su sobrina y, cuando llegue a Medellín, la estarán esperando. Entrega la maleta y se va con la persona que la recibe».

No había pasado un día cuando ya iba en caballo para La Candelaria. Tal como dijo el comandante, pusieron la maleta al lado de mi puesto. El señor del bus me preguntó: «Niña, ¿su tío le dio plata para comer en el camino? Venga y yo le traigo, no se baje del bus, no vaya a ser que se me pierda y ¿yo qué hago cuando su padrino la recoja y usted no esté?».

Cuando llegamos a la terminal de transportes de Medellín, había un tipo blanco y gordo, que me dijo: «Ahijada, venga que hace mucho la estaba esperando». En el campamento me prepararon para decir que iba para la casa de mi padrino y que en la maleta llevaba mi ropa para vivir con él porque me daría estudio. ¡Gracias a la vida no tuve que dar ninguna explicación! Con el tiempo, supe que él era el médico de esa guerrilla, que atendía unos heridos en combate en su casa y que, en el bolso, no llevaba ropa sino dinero para los requerimientos médicos.

## **El «puedes volver a casa» que nunca llegó**

Dos días después, regresé a la rutina de hacer mandados a caballo; ya los guerrilleros se encontraban monte adentro, hacia unos cerros llamados Yoki, Caballo y Volcán. Económicamente,

mi familia estaba estable, hasta que llegó lo que temíamos con el tiempo: todos me conocían como la compita de los mandados. Cuando el Ejército empezó a ingresar por las veredas, sabían de mi existencia, en tanto parte de su tarea era encontrarme.

Mi hermano, por sugerencia del comandante, se fue a casa de los abuelos maternos, que aún vivían en El Bonguito, vereda del corregimiento de Santa Fe de las Platas. El comandante también sugirió que, si el Ejército preguntaba, debía decirse que los dos niños se habían ido a vivir con los abuelos maternos, que ellos sí podían darles estudio. Eso dijo papá cuando llegó una tropa del Ejército.

Así, con problemas de seguridad y ya siendo famosa, el Ejército me buscaba por cielo y tierra. Ante este escenario, la solución dada por el comandante fue: «Véngase para la guerrilla y estese aquí hasta que se vaya el Ejército y pueda regresar a la casa; mañana le enviamos dinero a su papá». Yo era bien pequeña, flaca, negra por el sol y de pie pequeño. Recuerdo que el primer día que llegué no encontraron botas para mí, así que el comandante le encargó a un tal Morales unas para mí, para cuando saliera hacia Nueva Antioquia. Me preguntó: «¿Cómo te vas a llamar?, ponte un nombre». «Yo tengo un nombre», dije. «No, acá tienes que llamarte de otra manera». Yo, sin dudarlo, le dije: «Me quiero llamar Luz Elena», en honor a una vecina que era muy querida conmigo.

En la formación de las seis de la tarde, el comandante dijo: «Les presento a la compañera Luz Elena, quien estará temporalmente en el campamento, mientras salga el Ejército de la vereda de donde ella viene. La compañera estará en la Unidad de Comando y tendrá unas funciones distintas, ya que es muy pequeña: sus tareas serán hacer el café y llevar cosas de nosotros. No prestará guardia y no hará rancho. Es hija de un miliciano muy importante, así que les pido respeto; sean amables con ella y enséñenle lo que necesite».

Cinco personas conformaban el comando y quince personas más le prestaban seguridad. Las labores de preparar el café en el campamento eran ciertas: diariamente, lloviera o relampagueara, debía hacer el café. Nos mudábamos frecuentemente de campamento, por el ingreso del Ejército y por la conformación de grupos paramilitares. Ambos andaban juntos con el propósito de atraparnos.

Pasaba el tiempo y, a mis nueve años, seguía en el campamento, de arriba para abajo, de un pueblo a otro, pero siempre junto al comando. Me tenían y les tenía confianza, con decir que me encargaron la labor de llevar dinero en mi morral. Durante ese tiempo, no porté armas, solo podía con mi morral pequeño, que parecía de mentira. Yo era una especie de estafeta del comando, la chica del café de los comandantes, que seguía sin saber leer ni escribir y que se quedó esperando que, en algún momento, le dijeran: «Oye, ve a tu casa, ya el Ejército salió de las veredas».

En los siguientes años, me fui amañando: pasábamos por la vereda La Mesa y ya no me quería quedar en la casa. Veía a mi padre, le dejaba dinero y seguía con el grupo. Un día, escuché al comandante decir que era mejor reclutar menores porque «se pueden moldear al gusto, cumplen las órdenes y, luego, no las discuten», no lo tomé como personal, pues mi estancia era «momentánea».

Tiempo después, ingresó al campamento el médico al que años atrás le había entregado el dinero en Medellín; se resguardó allí por problemas de seguridad. Al reconocerme, me dijo: «¿Usted que hace por aquí?», siempre muy amable conmigo. Mientras seguía en el comando, lo nombraron médico del frente; le decíamos el Mompá<sup>11</sup>. Un día, me dijo: «¿Usted sabe leer?», le dije: «Más o menos». «Pues, vamos a aprender», dijo. Me dio un lápiz y un cuaderno doble raya donde escribía en letra cursiva; así fui aprendiendo a hacer mi nombre, luego a identificar las letras y a pronunciarlas. Siempre fui habilidosa para adquirir

---

11 El Mompá fue un destacado militante y combatiente del EPL, responsable del área sanitaria o médica; atendía tanto a combatientes del EPL como a personas de las comunidades campesinas que lo necesitaran. Era escritor de cuentos, narrador y una persona con gran talento artístico. En medio de los combates, lideraba la acción humanitaria de rescate, traslado y atención de combatientes con heridas o muertos; a la vez, era educador y alfabetizador de personas combatientes. Previamente, había sido estudiante de medicina de la Universidad de Antioquia, desde donde inició su militancia. Su espíritu de entrega y trato siempre solidario en las filas guerrilleras y con la población, lo llevó a asumir una posición criticada y reprobada por algunos comandantes, puesto que ponía el servicio por encima de los riesgos de seguridad, se resistía a ocupar posiciones de mando y a dar órdenes, y actuaba con camaradería y horizontalidad en todas sus acciones.

nuevos conocimientos. A la par, seguía llevando, de una unidad a otra, remesas y recados; sin embargo, llegó un momento en que las cosas se fueron tornando un poco difíciles...

## **A mis doce años ya estaba en una unidad de combate**

Después de unos años en el comando, me volví insoportable; no respetaba, no hacía caso, desautorizaba a los comandantes, metía la lengua en todo, así que el comando decidió enviarme a una unidad de combate, a mis doce años. Ya me estaba formando como mujercita, ya tenía mis senos pequeños, cuerpito de mujer, y en el comando conocí a quien, posteriormente, sería el papá de mi hija; le decían Mayoral<sup>12</sup>, él era el cuarto de los cinco comandantes. Recuerdo que, cuando me enviaron a la unidad de combate, le dijo al comandante Caballo para que me cuidara: «Ojo con Elena». Yo ingresé y tuve que hacer todo lo que los demás hacían; sin embargo, algunas mujeres me tenían rabia o celos, ya que, durante un buen tiempo, me vieron en el comando sin hacer nada.

---

12 Mayoral era el nombre de guerra de un militante de PCC-ML, quien fue uno de los comandantes del Frente Jesús María Alzate de EPL que operaba en la región de Urabá en la década del 80 hasta el acuerdo de paz de 1991. Mayoral era ingeniero electricista egresado de la Universidad de Antioquia, militó en Medellín con el PCC-ML y, luego, fue trasladado al EPL a la zona de guerra en Urabá, donde llegó a ser el comisario político de ese frente guerrillero.

Prestar guardia, hacer rancho, o sea, cocinar para ochenta personas, levantarme, cubrir puesto desde las 4:30 a. m., hacer ejercicios, bañarme, formar guardia y tomar el desayuno, era mi rutina en la unidad, lejos de la vida que había tenido en el comando, donde me levantaba a las 8:00 a. m. para desayunar. Posterior a la formación, nos informaban el orden del día.

Normalmente, si estábamos en el campamento, se estudiaba la revista *Polémica*, el periódico *Revolución* y la cartilla de alfabetización del EPL. Fui aprendiendo mucho más, ya que seguía estudiando con el Mompá; cuando tenía tiempo libre, iba a su unidad, aproximadamente a cuarenta minutos de la mía, para que me calificara las tareas. Con sus enseñanzas y las revistas, aprendí a leer.

Para esa época, conocí a Álvaro<sup>13</sup>, con quien tuve amistad y de quien recibía consejos. Él llevaba documentos y las revistas importantes siempre que estuviéramos en un campamento, pues, cuando nos cambiaban y caminábamos largas horas, las revistas se convertían en una carga extra y más si llovía, pues se mojaban y aumentaban peso al equipo. El de la retaguardia, cuando llegábamos al nuevo campamento, nos decía: «¿Quién votó las revistas?», y es que los compañeros las tiraban mojadas para deshacerse del peso; muchas veces, caminábamos doce

---

13 Álvaro o Raúl Tejada fue un cuadro del Comité Central del PCC-ML, quien hizo parte del EPL como comisario político en la Fuerza Especial Regional Enver Hoxa y, luego, ingresó en comisiones a frentes urbanos y rurales, principalmente, a desarrollar actividades políticas y formativas con la Escuela Nacional de Cuadros y la Escuela Nacional de Combatientes del EPL.

horas, ¡llegábamos muertos! Los campamentos eran casi siempre los mismos: Campo Galletas, Campo Negra, Playa Larga, Nueva Antioquia, Cerro El Yoki, Cerro El Volcán y Cerro El Caballo.

Recuerdo que, una vez, llegamos a Campo Galletas y en la vereda había un niño enfermo de lombrices, por lo que llamaron al médico, que llamábamos Leonel, para que lo mirara; el médico le puso una inyección y, al rato, el niño murió. Toda la vereda nos acusó de haber matado al niño, pero, claro, el médico hizo lo que pudo, mas no logró recuperarlo. Leonel tenía alguna formación en medicina, pero no toda la que se necesitaba y la que sí tenían otros médicos del EPL.

Recuerdo que, en un combate, hirieron a un compañero en el estómago; lo operó de emergencia y murió. No pudimos sacarlo porque nos perseguían cuatro batallones: Junín, Voltígeros, Vélez y una Brigada Móvil. Entonces, cuando nos enfermábamos, callábamos por temor a que él nos diera algo y nos matara; no podíamos exponernos.

## ¿Quieres ser política o militar?

Mi forma de ser y mi experiencia en el comando me permitieron aprender muchas cosas. Desde pequeña, he sido una persona muy analítica, así que, cuando me pasaron a una unidad de combate, tenía teoría de lo que escuchaba en el comando, pero tenía cero prácticas. Cuando llegué a la unidad, Caballo me dijo: «¿Usted qué quiere hacer en esta unidad?, ¿quiere ser comisaria

política o militar?». Le pedí explicación, y me dijo: «Si decides ser política, te matarán en el primer combate, porque los políticos se dedican a leer y no aprenden nada de cosas militares, pero, si deseas hacerte buena militar, vivirás y contarás muchas historias»; escogí la segunda. Desde ese día, cumplí con Caballo la misión de hostigar al Ejército, para quitárselo de encima al comando y darle tiempo de escape a sus integrantes.

Yo estuve al lado de Caballo todo el tiempo. Él me decía: «Tírate al piso, carga ese proveedor». Siempre, en el equipo, llevábamos un palín, pues, cuando el combate se veía complicado, nos tocaba hacer trinchera, y mis manos se llenaban de ampollas, pero en un combate la adrenalina era máxima y ni dolor sentíamos, era cavar o morir. La primera semana tuve dos hostigamientos y Caballo, en una formación posterior, dijo: «Hoy, la compañera Luz Elena fue verraquita, no lloró y, para cavar trinchera, es una dura. Toca que le tengamos paciencia, ella va a aprender y será una de nosotros, una de las mejores. Por algo somos la unidad de reacción inmediata, Fuerzas Especiales». Todos me felicitaron porque, frecuentemente, cuando entraba un recluta, en el primer combate lloraba.

Me enseñaron a desarmar un fusil, a no dejarme ganar por sentimentalismos y a ser valiente con el enemigo. La unidad de Caballo permanecía a cuarenta minutos de distancia del comando y marchaba alrededor, como un anillo de seguridad. Caballo era demasiado bueno, siempre estaba en la primera línea de fuego, y la unidad resaltaba por ser la que más realizaba capturas y

recuperación de fusiles. Según Caballo, «todo buen combatiente recupera fusil», y me volví buena en eso, tanto que el comando lo reconoció en un campamento frente a toda la tropa conjunta: los frentes Jesús María Álzate y Bernardo Franco, y la unidad de finanzas Fabio Vásquez Villalba. Así me gané el respeto de los mandos y, a corta edad, me dieron un fusil R-15 pequeño.

Siempre he sido una mujer muy delgada; me confundían a veces con un chico, lo que me facilitaba las labores de inteligencia. A veces, pasaba por la base del Ejército ofertando productos de pancoger, con el propósito de saber cuántos eran e informar. Para ese momento, le dedicaba toda mi vida a la guerrilla, ya no tenía tiempo para estudios que no tuvieran relación con las armas.

Una vez, Caballo me preguntó si me sentía capaz de irme a una escuadra donde estaban los mejores. Le dije que sí y, desde esa fecha, me convertí en una mujer que todo lo quería saber en cuestiones de armas y combates, siempre a su lado en primera fila. Me volví experta en combates, en recuperar fusiles, en saquear el morral del enemigo para tomar la ración de campaña de los soldados. Cuando entrábamos en campañas militares, yo era la única que comía puntualmente, porque siempre iba con la comida en paquetes y la dejaba como reserva. Muchos compañeros murieron en combates porque eran indisciplinados: se paraban en medio del combate o desperdiciaban la munición y, sin ella, era una entrega al enemigo.

## Un acto humanitario y un símbolo de vida

Una vez fue capturado un oficial del Ejército y lo llevaron al campamento. Duró con nosotros como ocho días, luego de los cuales debíamos ajusticiar al «chulo», como le decíamos a los miembros del Ejército; la labor me fue encomendada a mí y a tres reclutas que llevaban dos meses en el campamento. Estábamos por los lados de la cabecera del río San Jorge; salimos a 20 minutos del campamento, y el militar capturado, de aproximadamente 25 años de edad, llorando, decía: «¡Por favor, no me maten!». Los reclutas le decían: «Dígale a la compa Elena, que es la antigua».

Amarrado de manos, me pidió que sacara del bolsillo sus papeles y, al mirarlos, vi la foto de una viejita como de setenta años. Me dijo: «Esa es mi abuela, la que me crio. Te pido que no me mates porque ella moriría». En ese momento, recordé a mi abuela paterna, sentí algo frío en mi cuerpo y les dije a los compañeros reclutas: «Media vuelta y den seis pasos», me obedecieron. Le pregunté al oficial si sabía nadar y me dijo que sí, también que si lo hacía con las manos amarradas y me dijo que nunca lo había hecho; entonces, le dije: «No lo voy a matar, pero si se ahoga era porque le tocaba. Deme sus pertenencias, cuando dispare al aire, usted se tira al río». Él seguía llorando y me decía: «No le creo, usted me va a disparar por la espalda cuando me tire». Le confíé: «No lo haré, pero si sigues llorando me voy a olvidar de tu abuela».

Los compañeros estaban blancos del miedo porque se nos venía un problema si los comandantes se enteraban. Disparé al río tres veces, el chico se tiró y, de ahí, no supe más. Salimos con los compañeros al campamento, y les dije: «Si dicen algo, es su palabra contra la mía, así que secreto total». Yo le había quitado las pertenencias, y salimos al campamento y se las di al mando, que no me preguntó nada, pues él sabía lo eficaz que yo era al cumplir una orden. Solo entregué la billetera y un anillo de plata, que hoy conservo conmigo.

A los pocos días, tuvimos muchos hostigamientos y combates con el Ejército; se nos tomaron el campamento. De los tres reclutas que fueron conmigo a ajusticiar al oficial del Ejército, uno de ellos murió en la toma, el otro estuvo conmigo en la primera fila en combate y ambos, en una trinchera. Le pedí llenar los proveedores; yo ya tenía un fusil R-15. Tiros iban y venían y, de pronto, no escuché el sonido del proveedor al llenarse; miré y vi al compañero con un tiro en la cabeza. Siguiendo las enseñanzas de guerra, le quité el arma de dotación y la munición. Como el compa era nuevo, tenía cinco cartuchos y un revólver viejo. Por el afán de escapar, no pude enterrarlo. Ordenaron la retirada y partimos a un campamento lejos de ese lugar.

Días después, llegamos a un campamento llamado Batata y me enfermé de paludismo. Del comando dieron la orden de sacarme a una buena caleta, así que, a caballo, me dejaron en una casa campesina; a los días, empeoré, y los campesinos decidieron llevarme al puesto de salud del pueblo, posando

como mis padres. Me llevaron en una hamaca y, cerca del hospital, vimos un retén del Ejército; a lo lejos, vi al oficial del Ejército, aquel que días antes me dieron la orden de matar.

Creo que, en ese momento, se me quitó la fiebre y el paludismo; pensé: «Ya me agarraron». Escuché una voz que dijo: «¿Para dónde van y a quién llevan ahí?». Los campesinos dijeron: «Es nuestra hija que, al parecer, tiene paludismo porque no se le quita la fiebre». El militar del Ejército al que le perdoné la vida abrió la hamaca, disimuladamente, me miró y levantó el pulgar en señal de «todo bien». ¡En ese momento volví a nacer! Los campesinos me llevaron al centro médico; desde el comando, les dieron suficiente dinero para mis gastos. Como no los dejaron entrar, me quedé sola por cinco días hasta que me volvieron a recoger.

En uno de esos días que estuve sola en el hospital, el oficial fue a visitarme, me dio las gracias y me vio puesto su anillo. Me dijo: «Tenlo de recuerdo». Me contó que, en el Ejército, dijo que se había escapado y que debía sostener esa mentira. Hoy, al recordarlo, me gustaría saber si aún vive y devolverle su anillo, que no es de oro, pero se convirtió en un símbolo de vida para mí. El anillo simboliza que, contrario a lo que decían en ese momento, yo tenía sentimientos, que todavía existía algo de aquella niña inocente a la cual tomaron como mensajera sin dimensionar los daños para ella y su familia, una niña inocente que se había convertido en una máquina de guerra.

## Comando: quiero vivir con ella

Cuando me recuperé, ingresé nuevamente al comando, por orden de Mayoral. Para ese momento, teníamos como una especie de cariñito, él me trataba bien. Alfredo, otro de los principales comandantes, vio la intención de Mayoral y le dijo: «No puede volver aquí, porque ella es de una unidad, y en la unidad faltaría». Mayoral le dijo: «Quiero vivir con ella». Otro mando intercedió, Mario: «Entonces, esperemos a ver cuando nos juntemos con la columna»; así llegaría el principal comandante del Estado Mayor Regional. La idea era que este decidiera si Mayoral podía vivir conmigo; así no funcionaban las cosas al interior, pero creo que ambos estaban interesados en mí porque me consentían con regalos. Yo aprovechaba la situación y hacía lo que quería, entre eso, pedía dinero y enviaba para la casa.

Sin embargo, a mí me gustaba un compañero igual que yo, combatiente raso, de base, sin ningún cargo. Se llamaba Isaías y era de mi vereda, pero, como allá las cosas eran por conveniencias, uno como mujer debía estar con quien le convenía, y opté por estar con un mando que pudiera tomar decisiones. Mayoral pertenecía al comando, era comisario político y, claro, como el partido manda al Ejército, él era el indicado. Cuando nos reunimos con la columna, a Mayoral le dijeron: «Puede convivir con Elena, pero cada uno sigue en su unidad». Mi unidad estaba como a media hora del comando, y todos los

días debía ir a este después de las seis de la tarde. Si tocaba salir a comisión, tenía que ir con mi unidad.

En combate, recuerdo que Mayoral le insistía a Caballo: «Ojo con Elena», porque yo era una de las siete personas en la primera línea de fuego. Yo escuchaba en la radio a Mayoral que decía: «¿Elena está bien?», Caballo le respondía: «No se preocupe, que ella está en la retaguardia». Así era que él nos dejaba en paz, porque, por estar escuchándolo, nos podían matar. Después del combate, nos reíamos de él y, claro, se burlaban también de mí.

Pasaron los días, los meses, las cosas se normalizaron por un tiempo; yo pedí permiso y fui a mi casa después de muchos años. Mi familia estaba feliz: les llevé dinero y pasé como quince días con ellos. Luego, me regresé y estaba Mayoral esperando por mí. Salí de la unidad de Caballo y regresé a la unidad del comando a vivir con Mayoral.

## **Mi experiencia como mujer rasa en las filas**

Muchas personas, cuando se habla de mujeres en la guerrilla, se imaginan a mujeres toscas, poco femeninas y no necesariamente es así: había mujeres que usábamos collares y anillos. Muchos mandos medios lo sabían y, cuando salían de comisión, compraban regalos y adornos, para tratar de conquistarnos.

Normalmente, no nos adornábamos cuando teníamos campaña, o sea, combates y hostigamientos.

Mi experiencia en la guerrilla estuvo mediada porque parte de mi familia pertenecía al EPL. Tuve un tío que era cuadro político en la vereda de La Mesa, se llamaba Santander Augusto Negrete; el primo Celedoni Negrete fue de un frente diferente al mío, pero era un guerrillero antiguo. Después de que yo me fui, mi hermano mayor, Chucho, se convirtió en miliciano y fue asesinado por los paramilitares. Entonces, yo tuve una experiencia diferente en la guerrilla que el resto de las demás mujeres, que les tocaba realizar las mismas actividades que los compañeros hombres.

Se daban casos de mujeres que los mandos tomaban como estafetas para intimar con ellas. Teníamos un comandante que se llamaba Rogelio; lo mataron como un mes antes de la desmovilización. Ese no podía ver una recluta porque, enseguida, la llevaba al cambuche con la idea de enseñarle los estatutos, le ofrecía dulces y la eximía de obligaciones para ganársela y que, voluntariamente, durmiera con él. En esa situación, la mujer se sentía protegida, pero las demás le tomaban rabia por estar todo el día en el cambuche del comandante, por no cumplir las labores cotidianas. El mando podía ser de una columna de ochenta personas o medio de una escuadra o de una unidad más reducida, el caso era que fuera mando.

Estuve en dos frentes y una unidad: Frente Bernardo Franco, Frente Jesús María Alzate (en la columna), y una unidad de

finanzas comandada por Gavilán, que pertenecía a la Unidad Fabio Vázquez Villalva. Esta última era una unidad de solo combatientes antiguos, conformada por personal con más de cinco años de experiencia.

La unidad prestaba apoyo a los frentes que la solicitaban para tomas u hostigamientos, y también para recoger dineros de las fincas que nos daban apoyo financiero. Esta unidad era muy activa; cuando un frente del Ejército se metía al campamento, nos llamaban enseguida. Si hostigábamos un pueblo, y el Ejército abandonaba el combate para reforzar, o si atacaba o emboscaba, nosotros atacábamos la retaguardia de ese batallón. La idea era reaccionar y ayudar a los frentes en calamidad.

Las mujeres éramos blanco de chanzas, no sé si en todos los frentes era igual. Una vez, estábamos en un cerro bien alto, y la compañera Nelly vio, supuestamente, un movimiento en la parte de abajo del cerro que, para subirlo, eran como dos horas —si no eran más—. Cometió el error de decirle al comandante Alberto: «Comandante, vi un movimiento en la loma de algo que subía»; ya teníamos información de que el Ejército estaba en no sé dónde. ¿Qué hizo Alberto?, la obligó a bajar con un fusil de palo, para que revisara el lugar.

Fue chistoso pero desproporcionado, ya que la obligaron a ir con el equipo listo, de marcha, con todas sus cosas, como si fuera de viaje; hasta la olla que le correspondía llevar, le tocó amarrarla en la parte de atrás. Eran como las cuatro de la tarde, y pasaron tres horas, y la compañera no había llegado.

Luego de ese tiempo, llegó toda sudada y llena de cadillos. Se paró en frente del comandante y le dijo: «Comandante, falsa alarma», Alberto le dijo: «Yo sabía, pero eso es para que, a la próxima, mires bien». Nosotras moríamos de rabia, porque esas acciones eran repetitivas. En particular, una vez, vi que el enemigo venía, y lo que hice fue tomar posición y ¡que se salve el que pueda!, porque si ellos no se daban cuenta y uno sí, lo ponían al frente del combate hasta que el comando se marchara. En la guerrilla tú no podías ser sapo, eso de echar al agua a los compañeros, porque podrías morir en fuego «amigo».

## La toma de Saiza

Pasado el tiempo, el comando decidió, en el marco del establecimiento de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, tomarse el corregimiento de Saiza, Córdoba, en agosto de 1988. Fue una toma tremenda, donde fuimos solo guerrilleros con más de cinco años de experiencia y compañeros fogueados en combates; yo tenía ya 16 años y llevaba ocho en el EPL. La tropa que no participó, se quedó con Mayoral.

Nosotros, lo único que hacíamos era cumplir con las órdenes. Sobre esa y otras operaciones, los puntos de vista de los comandantes y de los combatientes rasos eran diferentes. Para los comandantes y los cuadros políticos, desde afuera, era visto como un gran golpe, un acto representativo y político; en cambio, nosotros, los de base, los que participamos en primera fila, en el «cargue,

recupere, haga o custodie», lo vimos como otra oportunidad de la vida, porque fue muy complicado. Eran balas que iban, balas que venían, *rockets*, granadas, tatucos... muchas cosas.

Un combate tiene varios tiempos: el primer disparo, el reventar del estallido, es decir, el pleno de centro del combate, y la retirada; son tres momentos en los que el combatiente tiene la vida en la mano. En el primer disparo, tú te puedes orinar en los pantalones. Teníamos una compañera a la que decíamos la 19, era muy buena en combate, pero en las primeras ráfagas se orinaba y empezaba a temblar, luego se metía en el cuento.

Cuando combatíamos tantas horas, y nos daban la orden de la retirada, llegábamos al campamento a hacer actividades cotidianas, como montar la comida y descansar. Al día siguiente, en la formación, se gritaban consignas en honor a los muertos. Los comandantes hablaban de la operación y de que no importaban las bajas, por el golpe dado al enemigo común, pero los combatientes de base, rasos, los que nos íbamos para las unidades, las conversaciones que teníamos eran: «Oye, chévere que estés otra vez aquí con nosotros, lástima que mataron a fulano; esa es la vida». Así, entre comandancia y base, no se hablaba sobre avances o representatividad de una acción, porque el combatiente raso no participaba en ese tipo de cosas, y menos en la toma de decisiones.

Recuerdo que, aquella vez, para llegar a Saiza, fueron más de doce horas de camino, de día y de noche. Al llegar, no sabíamos que nos tomaríamos el pueblo ni que combatiríamos en conjunto

con las FARC-EP; como rasos, no nos ponían en conocimiento sobre qué íbamos a hacer. Pasó también cuando el proceso de paz.

En formación, nos dijeron: «Vamos a marchar hasta cierto campamento», y nadie sabía a qué íbamos. Al llegar: «¡Nos vamos a tomar Saiza!», y fue ahí donde vimos compañeros de las FARC-EP. «Vea, este es del Frente 5, este es de tal frente». En la base, comentábamos sobre la importancia de ver a un compañero de otra fuerza en ese lugar, porque, si estaba ahí, era por ser de los mejores.

En ese combate no contamos con que tendríamos capturados en combate o rendidos; recuerdo que fueron como veintidós, así que, sumado al cansancio de la toma y a las caminatas, debimos custodiarlos. Durante esa toma, murió un gran compañero, el comandante Álvaro Negro, así le decíamos; antes de ir a la toma, me dijo: «Compañera, présteme esa pistola», se refería a una pistola recuperada en combate, que me la regalaron como premio. En la toma, se perdió tanto la vida como la pistola<sup>14</sup>.

---

14 El 23 de agosto de 1988, aproximadamente, cien combatientes, integrantes del Frente Jesús María Alzate del EPL, y de los frentes V y XVIII de las FARC-EP, pertenecientes a la Coordinadora Nacional Guerrillera Simón Bolívar, se tomaron Saiza, corregimiento del municipio de Tierralta, Córdoba, durante más de 24 horas. Al respecto, refiere la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV) que el propósito de las guerrillas era la contención de acciones realizadas por grupos contrainsurgentes —paramilitares—, conocidos como Defensa Civil, y fortalecer el control en el sur del departamento. Como resultado, la toma dejó dos policías muertos, cuatro heridos y 22 capturados tras su rendición, entre ellos 11 militares y 11 policías, además de cuatro civiles muertos. La insurgencia tuvo entre sus bajas a dos comandantes y varios guerrilleros rasos (Villarraga y Plazas, 1994; CEV, 2022).

## Nos juntamos entre frentes y los comandantes se hablaban en secreto

Recuerdo un día en que estábamos en el campamento Playa Larga, y vimos llegar un helicóptero a la cancha de fútbol, ubicada en la mitad del pueblo. Del helicóptero, se bajó un hombre alto y blanco, Bernardo Gutiérrez, uno de los comandantes del Estado Mayor Central; en ese momento, no sabía quién era. El comandante nuestro se le paró firme. Todos los combatientes estábamos extrañados. Estuvieron reunidos; luego, el helicóptero se fue con Mayoral y otros comandantes.

Previo a esto, nos dijeron: «Recojan todo, nos vamos», y fuimos caminando desde Playa Larga hasta Nueva Antioquia, y de ahí hasta Campo Negra —le decíamos así porque había unas chocoanas muy queridas con nosotros—; de ahí, seguimos marchando hasta Pueblo Nuevo. Cuando llegamos, en la formación, nos dijeron que íbamos a dejar las armas; al lugar empezaron a llegar carros, periodistas y políticos.

Al conocer sobre la dejación de armas, empezaron a desertar unidades enteras, escuadras y compañeros, de uno en uno. No habían explicado con anticipación qué iba a suceder, y creo que, en mi unidad, los comandantes no sabían por qué Caballo y Gavilán desertaron; presumo que no lo anunciaron porque sabían que, si lo hacían con anticipación, hubiera sido mayor la desertión. Por este motivo, el comando decidió reclutar jóvenes de pueblos y señoras que gustaban del uniforme.



Figura 4. Inés en Pueblo Nuevo, días antes de la desmovilización (1991).

Fuente: archivo personal.

Otros de los antiguos nos quedamos en Pueblo Nuevo, porque teníamos hijos por quienes preocuparnos, y Mario dijo que nos darían algo para la reinserción. La mayoría de

los compañeros que decidieron desertar eran combatientes rasos, que solo sabían disparar y combatir. Me dolió que se fueran porque los sentía como hermanos.

Por su parte, Mayoral, en Pueblo Nuevo, se dedicó a tomar: frecuentaba las cantinas y llegaba al cambuche borracho, de madrugada. Descuidó sus actividades como comisario político, y los mandos no sabían qué hacer con él. Un día, le dijo a Roberto que él quería irse a Medellín, ya que allá estaba nuestra hija que, mientras estábamos en el campamento, era cuidada por sus padres. Roberto aceptó sin problema.

Por mi parte, permanecí en Pueblo Nuevo unos meses hasta la desmovilización el 1 de marzo de 1991, después de la cual cada uno cogió su rumbo. El comandante Francisco Caraballo, uno de los fundadores del EPL, no se acogió al pacto de paz con el Gobierno y formó disidencia; aunque la mayoría se acogió al acuerdo de paz, unos no se desmovilizaron y otros desertaron.

Después de la desmovilización, me fui para Medellín. Hice todo lo posible por quedarme con la niña y con Mayoral, pero la convivencia en casa de sus padres se tornó en una constante pelea: llegaba borracho y violento. Sus padres nos ayudaron a conseguir un apartamento aparte, pero la situación no mejoró, y una cosa era que debiera aguantarme sus patanerías en la guerrilla, porque podían sancionarlo o matarlo a uno, pero estando afuera, no. Así que me dirigí a la oficina de reinserción, hablé con ellos, me dieron un dinero, mi papá se quedó con la niña, y a Mayoral le dije: «Quédate solo con tu borrachera», y

me fui hacia Apartadó, donde tenía conocidos que me podían emplear. Empecé a trabajar en la oficina de una cooperativa de campesinos plataneros.

Con el tiempo, Mayoral fue a Apartadó y se quedó en mi casa; llegó con la idea de quedarse y buscar trabajo en lo que sabía, pues era ingeniero electricista. Cuando tenía plata se emborrachaba, y me tocaba ir por él a las cantinas. Se volvió un lío, incluso de seguridad; como era un comandante, en la guerrilla cualquiera podía tomar represalias en contra de él, y no estaba cuidado como los otros que tenían escoltas, porque no aparecía en los listados de desmovilizados porque se había ido a Medellín días antes de que suscribiéramos los compromisos de desmovilización y reinserción. Después de haber sido un comandante, verlo en esa situación era lamentable: los hermanos le enviaban dinero, y él no hacía sino beber y gritarles cosas a los excombatientes y a los exmandos.

La situación se complicó. El Frente 5 de las FARC-EP inició un plan de exterminio en contra de los firmantes de paz del EPL. No faltó quien dijo: «Organicémonos porque nos están matando» y, entonces, empezaron a crearse los famosos Comandos Populares, que, en últimas, eran compañeros contra compañeros, para defenderse del Frente 5 y de la disidencia que actuaba a nombre del EPL. Todos los días amanecía un compañero muerto; llegó un punto en que la situación se volvió insostenible.

No era posible tener a mi niña, Gabriela, conmigo por el peligro; era como estar viviendo permanentemente un combate en el monte, tanto que si hoy caminaba por esta acera, al día siguiente ya no caminaba por ahí. Así que mi mamá, quien en tiempo de desmovilización tuvo acercamientos y quería congraciarse al saber que tenía una hija, supo del peligro y ofreció llevarse a la niña hacia Montería, y así lo hizo.

Posteriormente, integrantes de los Comandos Populares ejercieron presión para que me uniera a ellos. Cierta día, fue un compañero y me dijo: «Oye, vine por ti para que nos vayamos a los comandos». Yo recuerdo que le dije: «Y, ¿quién te dijo a ti que yo me voy para allá?», y él me respondió: «Un excomandante», le repliqué: «Dile que no me voy a ningún lado»; eso fue para líos. Dos semanas después, llegó un compañero que era de la vereda La Mesa, donde vivía mi familia, y me dijo: «Oye, es mejor que te vayas porque me dieron la orden de matarte». Ese día recogí unos trapos de la pieza donde vivía y me fui a Montería, a la casa de mi mamá.

En Montería fui a la oficina de reinserción. Decidí validar primaria y me inscribí para validar el bachillerato. Durante el año en el que validé secundaria, Mayoral me envió dinero para la niña, y de ahí comíamos mi mamá, Gaby y yo.

## En búsqueda de oportunidades

Decidí viajar a Bogotá, en búsqueda de oportunidades; viajé sola y, posteriormente, llegaron mi hermano, Aníbal, y mi hija, Gabriela. Toqué múltiples puertas y conseguí múltiples trabajos, pues duraba poco en ellos porque venía de una parte donde todo era a las peleas, y yo no dudaba en defenderme de esa forma. Trabajé realizando aseo; posteriormente, hice varios cursos y me abrí espacios en organizaciones no gubernamentales ligadas a procesos de paz, atención de víctimas y reinserción a la vida civil. En los vaivenes del trabajo y en la necesidad de estabilidad económica, viví cinco años en Santa Marta y trabajé en el sector turismo adecuando y arrendando una casa que conseguí cerca de una playa, hasta el 2020 cuando retorné a la capital por la muerte de mi hermano Mario.

De mi unidad, soy la única que está con vida; con 32 años de desmovilizada, y en pie de lucha, sigo dando pelea por un cambio en este país. No he pisado una universidad, pero deseo hacerlo; me gusta lo social, trabajar con las personas, soy buena en eso. A mis cincuenta años, quiero lograr cosas que las limitaciones económicas me han impedido, para darle mejor calidad de vida a mi familia.

## Una deuda profunda

Mi hija Gabriela fue la razón por la que no regresé a la guerra, pero, como nunca me habían enseñado a querer y viví en un ambiente donde las muestras de amor eran pocas, eso mismo lo vivió ella. Yo era alguien que sabía más de muerte que de amor y ella creció necesitando abrazos que nunca le di. Por mi formación y vivencias, siento que no tuve las herramientas necesarias para mantenerla en el afecto; se me dificultaba tratar bonito, he cambiado, pero, en ese momento, fue así.

No estuve muy cerca de ella en la niñez, pues en Montería en las tardes estaba en programas de reinserción y en las noches validando secundaria. Al culminarla, me fui a trabajar a Bogotá; al tiempo de estabilizarme, mi mamá la envió, pero, trabajando, nunca tenía tiempo para ella. Gabriela creció y no supe de sus gustos. Su padre siguió en el alcohol, por lo que también estuvo ausente. En 2008, cuando Gabriela culminó la secundaria, decidió irse a vivir a Buenos Aires, Argentina, donde reside hasta la fecha.

Yo he cambiado, tengo esposo y dos hijos varones; ahora, soy capaz de abrazar y besar a mis hijos, pero ese trato no lo recibió Gabriela. Me siento en deuda con ella; quisiera que tuviéramos ambas la oportunidad de perdonar y de sanar. De mis tres hijos, ella es una historia fundamental, es una mujer importantísima en mi vida; quisiera evitarle los sufrimientos

que tiene. Escribir esta historia es una forma de disculparme. Ambas hemos sido víctimas del tiempo y las circunstancias que vivimos. La deuda que tengo con ella la voy a pagar.



# Marxela<sup>15</sup>:

**«El partido nos transformó la vida  
y tomamos lo positivo  
para salir adelante»**



## Del campo a la ciudad

**N**ací en Cimitarra, soy santandereana al igual que mi madre; mi padre es caldense. Las costumbres crecen con una y le aportan a la vida. Mi infancia fue feliz y he intentado que así sea el transcurso de mi vida. Pienso que la pobreza en el campo es diferente a la de la ciudad, pues, afortunadamente, contábamos con la comida, que en la ciudad era mucho más complicado conseguirla; claro, se carecía de otros elementos importantes para el desarrollo adecuado, como no contar con centros culturales, bibliotecas, televisor, teléfono o internet, que fueron elementos que conseguí en la ciudad y que ayudan para acceder a la información y al conocimiento.

La política siempre fue parte de mi vida. Mi padre era un hombre político y, de alguna manera, la detención de él por



15 Marxela era su seudónimo de militancia clandestina en el PCC-ML y de guerra en el EPL, escrito con X en honor a Carlos Marx.

parte del Ejército se dio por apoyar a las FARC-EP; entonces, éramos muy pequeñas. Ante esta situación, mi madre mostró su tenacidad de santandereana, para que no lo desaparecieran, para que él volviera con vida y recuperara la libertad. Éramos una familia nutrida, cinco mujeres y tres varones, en un pueblo políticamente activo. Mi madre intentó buscar la forma de sacarnos, para que no estuviéramos en ninguno de los bandos.

A finales de la década del ochenta, llegué a Bogotá con el propósito de terminar el bachillerato; poco a poco, fuimos encontrando nuestro lugar en esta ciudad. La pobreza en el campo —aunque dura— tenía un rostro distinto, como lo dije anteriormente. Mi madre, que aún vivía allá, estaba muy pendiente de nosotras, pues aún éramos menores de edad; ella empezó a trabajar con el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y, gracias a eso, podía asegurar algo de ayuda para nuestra manutención.

Ingresé al Liceo Femenino de la calle 22 sur, pero nunca logré sentirme cómoda allí: siempre fui irreverente y rebelde, lo que me dificultaba adaptarme. Como también debía trabajar, decidí pasarme a la jornada nocturna. En aquella época, terminar el bachillerato siendo mayor era común; ahora, los chicos se gradúan muy jóvenes, hay mejores oportunidades: antes era más dispendioso el estudio.

Fue así como llegué al Colegio Guillermo León Valencia, donde cursé décimo y once; allí, a pesar de la jornada, había grupos artísticos que me llamaban mucho la atención y me

involucré de lleno. Cuando menos lo esperé, estaba trabajando con la Juventud Revolucionaria de Colombia (JRC), en un movimiento cultural de estudiantes que se llamaba Chasqui.

## Juventud Revolucionaria de Colombia

En 1988, el colegio se había convertido en un punto de encuentro para todos. Éramos un grupo muy activo y comprometido, quienes organizábamos las peñas nocturnas en el colegio y otras actividades culturales, sin que se supiera públicamente, al principio, que íbamos haciendo parte de la JRC. Poco a poco, nos involucrábamos más: salíamos a hacer pintas. Nos iban contando cosas, leíamos documentos, había reuniones de estudio y discusión, y así la van reclutando a una. En ese momento, no conocía la existencia del PCC-ML, de pronto, porque soy muy anárquica; si bien soy activista, era muy difícil colocarme rótulos. Durante un tiempo, trabajábamos juntos sin que mencionaran nada, hasta que un día, finalmente, me lo contaron, y de buena gana inicié una militancia más consciente.

Fuimos varios los del colegio que terminamos militando en la JRC y en el EPL; dos de ellos ya no están, murieron. Los maestros también eran cercanos, muchos de izquierda, eso nos ayudaba a que lográramos hacer ambas cosas sin problema: estudiar y organizar las peñas culturales. Cuando me explicaron qué era la Juventud Revolucionaria, solo tenía en mente que las cosas que realizábamos desde el arte aportaban

de alguna manera a mostrar la realidad que vivíamos para concientizarnos e intentar cambiar.

En una de las salidas donde estuvimos haciendo pintas, me di cuenta de que realizaron pintas sobre el EPL; luego, me contaron cómo funcionaba la organización *grosso modo*. Realmente, ante todo, me interesaba trabajar en acciones de educación popular desde el arte y la cultura, así que seguimos adelante.

Sin embargo, ese año fue muy acelerado. Sin darme cuenta, ya estaba participando en un núcleo de estudio y, pronto, lo lideré. Éramos tres personas al principio, pero comenzaron a llegar más compañeros: algunos especializados en explosivos, otros en operativos con armas; comprendí que hacíamos parte de grupos milicianos populares urbanos e inicié la actuación de acompañar operativos.

Aunque entendía que estaban vinculados al EPL y que algunos se dedicaban a explosivos o tareas operativas, intentaba mantenerme al margen propiamente de lo militar. En una ocasión, por ejemplo, fui a hacer una recuperación de un fierro —arma— o fui a colocar tachuelas en la avenida Boyacá, nunca se me olvida, frente a una iglesia, porque ahí iba a llegar un teniente que iban a buscar, pero realmente no era mi fuerte. Mi quehacer fue soñar siempre una vida mejor, en cosas tan elementales como el derecho a estudiar, abolir el trabajo infantil (niñas cuidando niñas), los derechos de las personas trabajadoras, el derecho a la cultura como esparcimiento, cosas que me parecían necesarias para una tener una vida humana.

Vivíamos varios en una casa de inquilinato: recuerdo que, del colegio, estaban dos muchachos de la costa, estaba otra compañera también de la JRC y mi hermana; ahí o en cualquier otro lugar seguro, nos reuníamos para los núcleos de estudio. Siempre era necesario mantenernos camuflados, pues la persecución por parte de la Policía a cualquier persona sospechosa, era evidente. Nos llegaba material de lectura —posiblemente *Tribuna*, *Polémica* y el periódico *Revolución*, así como otras publicaciones y documentos que, ahora, no recuerdo con claridad— textos sobre marxismo-leninismo, la situación del país, la propuesta de asamblea nacional constituyente, que leíamos y discutíamos con rigor<sup>16</sup>. Para el partido, nuestra dedicación era clave y, al parecer, mi entusiasmo y participación fueron notorios.

Participé en el paro cívico nacional del 88. En esa ocasión, tuve que acompañar en el sur de la ciudad a unos compañeros que estaban en una acción en el acueducto; después, también

---

16 El expresidente Belisario Betancur suscribió en 1984 acuerdos de cese al fuego, tregua bilateral y paz con las FARC-EP, el EPL y el M-19, durante los cuales hubo mesas de diálogo entre los delegados del Gobierno, las guerrillas en tregua, las instituciones y los sectores de la sociedad civil, en las que se discutieron propuestas de reformas de democratización política y social para conseguir la paz; dichas propuestas no se llegaron a consensuar de manera completa ni a implementar, a la vez que, tras hostigamientos de las FF.MM., se rompieron sucesivamente tales acuerdos en los años siguientes. Durante estos diálogos, el PCC-ML y el EPL propusieron la convocatoria, por vía de un referendo o un plebiscito, de una asamblea nacional constituyente que adoptara las reformas políticas, sociales e institucionales que permitieran que las guerrillas se convirtieran en partidos políticos con garantías de actuación (Villarraga y Plazas, 1994).

supe que eran del EPL. Por alguna razón, nosotras nos quedamos en el barrio Restrepo, tranquilas y haciendo arengas, cuando nos llegó la noticia: detuvieron a varios compañeros del colegio. Entre ellos, estaba el Poeta, un muchacho soñador, así como otros jóvenes con los que parchábamos en las peñas culturales. Este dato nos golpeó y nos alertó muchísimo; empezamos a buscar la forma de identificar a quienes habían detenido para poder informar.

Nosotros llevábamos pintura y pancartas para hacer murales y pintas. Fueron experiencias muy enriquecedoras, pues consideraba que este tipo de levantamiento hacía parte del descontento que vivíamos las personas jóvenes del momento, más allá de partidos o militancias.

Cuando terminamos el bachillerato, las detenciones se intensificaron. Al Mono, uno de los que estaba supuestamente en explosivos, lo detuvieron antes de graduarse; él estaba con dos compañeros que les llamaban el Chano y la Chana. A los tres los cogieron, acusados de planear volar una torre de luz ahí en el sur; los detuvieron por terrorismo y los sentenciaron a cadena perpetua, aplicando el estatuto antiterrorista.

Esa época fue muy difícil; el PCC-ML tenía militancias políticas y sociales en distintas regiones del país, por lo cual muchos sindicalistas, líderes campesinos, de barrios populares y activistas estudiantiles fueron capturados e incluso, a veces, asesinados o desaparecidos: fue la «guerra sucia» contra las militancias de izquierda.

Los frentes rurales del EPL estaban muy activos y también los urbanos; en el caso de Bogotá, se llevaron a cabo varias acciones como la toma del club de la FAC, donde se consiguió un número importante de fusiles. Luego, el EPL se tomó el cercano municipio de Tenjo; allí, llegaron varios muchachos y muchachas que eran conocidos militantes que habían salido de universidades de la capital, siendo la mayoría capturados en esa acción por parte de la Policía y, luego, asesinados.

El impacto que tuvo para nosotras la situación de Tenjo fue terrible, ya que nos dejó una sensación de miedo y de vulnerabilidad; empezamos a pensar que iban a venir a buscarnos. Fue un episodio tan inhumano que nos obliga a pensar hasta qué punto llega un Estado para poder mantener el orden y cómo la gente no les interesa finalmente, sino sus normas y leyes; así mismo, reconocer errores internos que permitieron que estas situaciones ocurrieran<sup>17</sup>.

---

17 En los años 80 sobrevino un escalamiento de la guerra. En este contexto, el Frente Fernando Lalinde del EPL se tomó en 1989 la población de Tenjo, cercana a Bogotá, y atacó la estación de Policía, y otras instalaciones oficiales y financieras de su parque principal, con tal suerte que, en su retirada, el comando guerrillero fue interceptado por la Policía. Tras algunos combates, ya sin munición para poder resistir, varios combatientes del EPL se rindieron ante efectivos policiales y, en vez de ser capturados y sometidos a procesos judiciales, fueron ejecutados en estado de indefensión. Varios cadáveres fueron colgados a helicópteros policiales y exhibidos por zonas de Cundinamarca y Bogotá, a manera de escarmiento. El hecho fue denunciado por organizaciones de derechos humanos como una grave infracción al derecho internacional humanitario (Liga Internacional por los Derechos y la Liberación de los Pueblos, Sección colombiana, 1990).

## La Cometa: el arte y la política

Las detenciones empezaron a cambiarlo todo. Un compañero que estaba a cargo, me dijo un día: «Marxela, para que no se quede sola, la voy a mandar a un grupo en Suba. Váyase mientras pasa toda esta hecatombe». No me quiso dejar suelta por ahí, ya que a algunos los habían cogido: el Mono se quedó encarcelado, el Flaco también desapareció. Al llegar a Suba, me contacté con otro compañero que era el vínculo con el PCC-ML: había gente que estaba organizando milicias populares. En este nuevo núcleo en Suba, las cosas eran diferentes y no era tan compartimentado todo.

La Cometa había empezado en 1986 como un proyecto amplio con personas del PCC-ML. En los primeros días, apenas contábamos con una casita que estábamos arreglando; recuerdo la noche en que vinimos a echarle el piso, cuando apenas comenzábamos a construir el espacio. Antes de eso, Germán Daniel, «un artista», hijo del dueño del terreno, nos había cedido una de las tres cabañas que estaban en este espacio.

Ese lugar se convirtió en un punto de encuentro constante, abierto a cualquier hora, algo vital para los procesos comunitarios. Allí me reencontré con algo que siempre me había apasionado: la danza; me integré al grupo y comencé a practicar. Ese espacio entre el arte y la organización me motivó muchísimo.

En La Cometa las discusiones eran intensas, especialmente en torno al enfoque del espacio; algunos querían que fuera más político, mientras otros preferían que no. A mí, me parecía que ambas posturas coincidían: compartíamos el interés por la democracia, los derechos humanos y la organización social, la formación artística y el poder popular de las comunidades. No queríamos ser salvadores, sino que las mismas personas reivindicaran sus derechos: las disputas eran más sobre los liderazgos que sobre los objetivos.

De 1988 a 1991 distribuí mi tiempo trabajando, militando y haciendo artesanías. Venía desde Santa Rita en el sur y, generalmente, me quedaba a dormir los fines de semana en La Cometa. La relación con la gente de la comunidad del barrio era muy buena y fluida, aunque con las otras organizaciones políticas, al principio, no teníamos mucho contacto. Más adelante, cuando me enfoqué en el área de literatura, empecé a tener un intercambio con ellos: venían a La Cometa y nos reuníamos.

Sé que las compañeras sí tenían discusiones políticas con ellos, compañeras que ya estaban terminando la universidad y estaban políticamente situadas; se sentía que las disputas eran más de ellos. Nosotras, las más jóvenes, aún no entendíamos del todo o, por lo menos, eso me paso a mí.

Los otros escenarios sabían que el espacio estaba vinculado al PCC-ML, aunque no lo manifestábamos abiertamente; el EPL no se mencionaba, pero los cercanos entendían que éramos militantes. Nos dedicábamos al arte, al trabajo con jóvenes,

y a construir comunidad organizada. Cuando uno es joven, las responsabilidades son menores y la militancia ocupa casi todo el tiempo. La Cometa se fue consolidando como un núcleo vital: trabajábamos, convivíamos y nos divertíamos juntos aquí, lo que fortaleció el proyecto.

El partido no nos imponía las decisiones sobre el espacio: había autonomía en las reuniones y una dinámica propia sobre qué hacer y cómo hacerlo. Aun así, leíamos sus lineamientos, nos manteníamos conectados y sentíamos que éramos parte de ese proceso más amplio. En el trabajo barrial, seguíamos enfoques de acción participativa inspirados en Freire y Makárenko. Nunca nos creímos salvadores; construíamos con los conocimientos de la gente, valorando lo que ellos aportaban.

Para mí, el arte, la política y el trabajo comunitario siempre estuvieron entrelazados. Nosotros consideramos que el arte es transformador: nos sensibiliza, nos forma y nos abre las puertas para construir e imaginar mundos nuevos. Es una herramienta para construir mejores seres humanos, lo creo y lo repito de manera constante. La política en sí es el accionar del hombre y la mujer, es lo mismo; claro que cada cosa tiene su dimensión y, de alguna manera, tiene encuentros muy cercanos. Si bien cada uno de estos aspectos tiene su propia dimensión y particularidad, siempre he sentido que convergen en espacios comunes.

Más adelante, al grupo de literatura llegaron muchos jóvenes brillantes, a menudo expulsados de colegios con grandes

problemáticas sociales, como pobreza extrema, consumo, violencia intrafamiliar y social, que tenían perspectivas diferentes y enriquecieron las actividades. Las compañeras mayores, como Cristina, ya trabajaban en enfoques pedagógicos que incluían el tema de género, aunque aún no se llamara así. Con el tiempo, entendí el impacto de esas reflexiones; revisando los textos que construimos, descubrí un lenguaje incluyente y una intención clara: formar sujetos libres y conscientes de las diferencias culturales y de género.

Desde la década del noventa, me encargué de lleno del proceso de literatura en La Cometa, pues inicié la carrera en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Fue una etapa muy chévere para mí. Trabajé con otras personas jóvenes y muchas de ellas estaban influenciadas por autores como Andrés Caicedo y Raúl Gómez Jattin, entre otros; los veían con una perspectiva más nihilista y desesperanzada de la vida. Con ellos aprendí cosas muy importantes, sin la intención de estar siempre de acuerdo, sino de abordar esa contracultura que se venía dando en el momento, para construir una identidad propia que les permitiera una mayor esperanza para proyectarse en el tiempo.

Junto con María Fernanda, una compañera de la universidad, acompañamos la consolidación del grupo, que funcionó por cinco años. Convocábamos a personas jóvenes de colegios y a la comunidad, generando así un espacio permanente de reflexión que les sirvió enormemente: muchos de sus integrantes

siguieron estudiando, incluso convirtiéndose en profesores. También abordamos en ese momento temas de género, reflexionando sobre cómo las mujeres tenían menos acceso al tiempo para la lectura debido a las tareas del hogar, con lo cual comenzamos a visibilizar estas desigualdades.

Me sentí muy responsable de ellos, quería que se encontraran con un espacio que les brindara posibilidades para construir proyectos de vida. Algunas líderes y lideresas en la localidad pertenecen a esa generación que participó en ese proceso literario.

El enfoque del grupo era la lectura de «textos y contextos», comprendiendo cómo los textos reflejan las realidades históricas. Esta experiencia no surgió solo para hacer publicaciones, sino para vivir la vida de verdad en ese momento, para construir pedagogía y para ser parte de una nueva generación local; incluso, logramos participar en el Décimo Congreso de Literatura en Medellín, gracias al apoyo de una compañera allegada. Fue una experiencia enriquecedora para los chicos y las chicas, quienes tuvieron la oportunidad de dialogar con escritores locales, nacionales e internacionales, enamorándose aún más de la palabra.

Uno de los proyectos más destacados fue «Gruta literaria: Suba, algo más que 450 años», narraciones en formato de disco compacto donde se contaban las transformaciones del territorio. Para su realización, los y las jóvenes investigaron los cambios en su entorno, específicamente la transformación

del Parque del Pueblo en el Parque Metropolitano; además, recogieron historias de los tenderos locales. En esa medida, este proyecto no solo fue un ejercicio de investigación y creación, sino que también fue una forma de reconocer el arte como un aporte cotidiano a las transformaciones sociales, pequeñas pero significativas.

## «Nos fuimos a Campo Giles»: el EPL firma la paz

Entre 1989 y 1990, el clima político y social alrededor del acuerdo de paz del partido y del EPL con el Gobierno era de mucha importancia; por lo tanto, fuimos al campamento de Campo Giles para compartir nuestra experiencia en La Cometa<sup>18</sup>. Allí hablamos de cómo esta era una estrategia de trabajo popular con la comunidad. Mis posiciones estaban abiertas a que se dieran los acuerdos de paz; nunca fui «muy del arma al

---

18 El PCC-ML y su guerrilla, el EPL, reiniciaron diálogos y negociaciones de paz con el gobierno del entonces presidente Virgilio Barco en mayo de 1990 y suscribieron el acuerdo de paz con el siguiente gobierno, del expresidente César Gaviria, entre febrero y marzo de 1991, con base en el logro de la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente ese mismo año, de forma que 18 frentes rurales se concentraron en 10 «campamentos de paz» ubicados en distintos departamentos y regiones del país. Las estructuras guerrilleras urbanas del EPL de varias ciudades fueron trasladadas a estos campamentos en el curso de las negociaciones de paz y hasta el evento de dejación de armas el 1 de marzo de 1991. Algunas estructuras del EPL de Bogotá fueron entonces trasladadas por el EPL al campamento de paz del Frente Libardo Mora Toro del Catatumbo —Norte de Santander—, ubicado en el corregimiento Campo Giles, municipio de Tibú (Villarraga y Plazas, 1994).

hombro» y me parecía que se debía explorar este camino para fortalecer los procesos y cambiar los lenguajes.

Una sabe que llegan los momentos históricos y que son necesarios; veía el acuerdo como una oportunidad para avanzar hacia una forma distinta de hacer política, más orientada a la construcción social que a la confrontación armada. En ese momento, creíamos que estar en las listas de los acuerdos de paz nos daba cierta seguridad; sin embargo, con el tiempo entendí que era una percepción ilusoria.

El proceso me permitió replantear y cambiar la visión frente a la vida: ser una persona del común, dedicarme a estudiar, a trabajar y al cuidado de mi hija e hijo. Pese a que se cometieron errores en la guerra, como cuando se ajusticiaban compañeros, son cosas que nadie quisiera que hubieran pasado. Al final, para mí, fue positivo el proceso de paz; todo lo que sucedió, me hizo una mujer diferente y con posibilidades de construirme, de construir familia y sociedad desde otro escenario.

En 1991 ingresé a la Universidad Distrital para estudiar una licenciatura en Español e Inglés; aunque muy rápido descubrí que mi verdadera vocación estaba en la literatura, terminé estudiando, primero, Lingüística y, luego, Literatura. Paralelamente, participé en proyectos como los clubes juveniles en La Cometa: un espacio que promovía la responsabilidad entre los jóvenes a través del arte y la cultura. Los clubes eran importantes porque los chicos y las chicas construían pensamiento; sin necesidad de estar echando carreta, ni sermones, aprendían sobre la

responsabilidad porque debían hacer trabajo con otros jóvenes, niños y niñas. Estos clubes se desarrollaron en colaboración con organizaciones como Cultiva y Casa Juvenil, que fueron de gran impacto en las niñas, los niños y la localidad.

En el marco de la reincorporación, recibimos un presupuesto que les permitió a muchos de los compañeros tener diversos ingresos: algunos compraron taxis para manejar —era lo más fácil—, otros colocaron carnicerías y crearon cooperativas; nosotras, en cambio, éramos muy malas para los negocios, no teníamos tantas ideas empresariales en la cabeza en ese momento.

Para la época, Suba estaba en pleno desarrollo de construcción de vivienda, así que nos reunimos varios y colocamos una empresa: Alquimac, una iniciativa dedicada al alquiler de maquinaria para construcción; la idea era que iba a ser rentable y, de alguna manera, al comienzo, nos daba ingresos.

Parecía buen negocio, pero, al transcurrir el tiempo, nos dimos cuenta de que no valía la pena el esfuerzo: la falta de experiencia quizás limitó el alcance del proyecto. Una de las cosas buenas que nos quedó fue el acercamiento a jóvenes en situación de vulnerabilidad que trabajaban en este gremio. Finalmente, después de dos o tres años de funcionamiento, vendimos el lote y solo recuperamos los dos millones de pesos iniciales que nos habían entregado.

En 1994 asesinaron a un compañero de La Cometa con el que estábamos en el proyecto de Alquimac; decidí irme al

Guaviare y busqué a mi papá. Dejé por un año la universidad y llegué a trabajar en la Alcaldía de Calamar y en la escuela rural. Además, como mi papá tenía una cancha de tejo, organicé un espacio para hacer actividades de lectura y escritura con niños y niñas. Al final de año, salí a San José del Guaviare y ya estaba muy dudosa de regresar, pues, si no retomaba, perdía el cupo en la universidad. De nuevo en la universidad, me trasladé a Literatura y me concentré en actividades académicas y políticas; después de un año, decidí regresar a La Cometa.

En el proceso de literatura en La Cometa conocí a una persona maravillosa, con quien compartí muchos años de vida y formamos una familia; hoy, nos une la crianza y la lucha social. Después de graduarme, me vinculé al magisterio; no fue una experiencia grata y decidí que ese espacio no era para mí. Continué estudiando: realicé una especialización en Gerencia Social en la ESAP e inicié un camino laboral en entidades distritales y nacionales que me ha permitido conocer cómo funciona el Estado desde sus instituciones y aportar desde mi experiencia popular. Sin importar donde esté, mantengo algún trabajo en La Cometa.

Escribir es otra pasión en mi vida. Aunque perdí textos importantes durante mi tiempo en el Guaviare, he seguido dejando apuntes que me ayudan a mantener la memoria del camino andado. Actualmente, estoy finalizando una maestría en Literatura Latinoamericana e Hispanoamericana. Espero, pronto, poder dedicar más tiempo a la escritura, porque siento

que es la vía donde puedo unir todas mis experiencias y perspectivas en algo significativo.

## **La Cometa: pasado, presente y ¡vuelo al futuro!**

Uno de los desafíos que hemos afrontado en La Cometa ha sido el cambio de sede; cuando nos vimos enfrentados a no tener la casa, sentimos que cada uno arrancaría por su lado. Se propuso, como desmovilizados, presentar una propuesta para poder conseguir un lugar para la sede.

La casa se consolidó como nuestro espacio de convocatoria social gracias al proyecto Punto Final, al cierre del programa de reincorporación en el 2004. Así lo hicimos, y la alcaldesa de entonces trasladó los recursos para que la alcaldía local comprara la casa; aunque eso nos permitió quedarnos en comodato, la propiedad quedó en manos del gobierno local, lo que nos ha puesto en situaciones complicadas con cada nueva administración, ya que tenemos que lidiar con la estigmatización.

La administración de la casa no ha sido fácil; cuando regresamos a la casa, estaba muy abandonada. Con cada proyecto, hemos hecho mejoras: el piso, reparaciones, muebles, equipos y lo que hemos podido; sin embargo, para mantenerla, se requieren recursos y el comodato nos complica, nos tiene en un limbo. Aun con la incertidumbre, hemos intentado construir en la parte de atrás para mejorar las condiciones locativas y para

que los procesos de formación sean más amenos y cómodos. Estas iniciativas comunitarias no cuentan de manera permanente con el apoyo del Estado, incluso con el conocimiento de que Suba es un nicho de organización social, cultural y artística, pero carente de espacios de encuentro.

En La Cometa seguimos construyendo proyectos de vida; siento que casi todas las personas que estuvimos aquí mantenemos ese propósito de vivir la vida conociendo experiencias y construyendo conocimiento de manera conjunta con las comunidades. Por ese acumulado y forma de trabajar, La Cometa tiene reconocimiento popular, porque no solo robustece las experiencias y acciones propias de la casa, sino que generamos estrategias para que el fortalecimiento de colectivos, redes y parches tenga su propio proceso. En esa medida, generamos condiciones logísticas, técnicas, pedagógicas y conceptuales que construyen la identidad del territorio como una fuerza popular; esta nueva mirada ha generado lazos de confianza mutua y de respeto, así como procesos autónomos que le permiten a La Cometa aún volar en estos tiempos.

La Corporación ha desarrollado cuatro centros desde donde proyecta su acción: Centro de Artes y Oficios, Centro de Economía Popular, Centro Desarrollo del Cuerpo, Inteligencia y el Movimiento, y Centro de Documentación e Investigación. Desde el segundo centro, se adelantan procesos de soberanía alimentaria (comedores comunitarios y huertas urbanas) y el Armario Vintage, cuyo propósito es fortalecer emprendimiento

de economía popular con población juvenil de la localidad de Suba, a través de nuevas formas de comercializar ropa usada, tanto en plataformas *online* como en tiendas físicas, con un concepto innovador. Así mismo, se articulan discusiones sobre la protección del medioambiente (creando conciencia de que el textil es de los mayores contaminantes del mundo).

Con el Centro de Artes y Oficios queremos recuperar el Festival de La Cometa, que hicimos durante tres o cuatro años en los noventa; ahora, se llama Fiesta Popular del Libro y las Artes. Ya hicimos la primera edición, ahora, queremos hacer la segunda; hemos intentado sostenerlo con propuestas que posibiliten la formación y que también sean praxis para la gente.

Creo que comprendiendo las múltiples realidades que afrontan las comunidades es donde podemos construir algo que se acerque a una alternativa real. Es decir, puedo pensar: «Lo que necesitamos es convocar a los y las jóvenes al proceso»; no obstante, para lograrlo, primero hay que brindar rutas para que ingresen y se sostengan en la universidad, y también hay que brindar alternativas productivas, por colocar algunos ejemplos, y solo así, son válidas las discusiones para la construcción de un país. Avanzar en procesos autorreflexivos: ¿cómo construimos la paz en el barrio?, ¿dónde están matando y desapareciendo chicas?, ¿qué se está haciendo para detener la violencia existente? Independiente del Gobierno de turno, buscamos incidir y proponer con las comunidades, a la vez que consolidarnos, mejorar y ser autocríticos.

## «El partido nos transformó la vida y tomamos lo positivo para salir adelante»

Después de la Constitución del 91, nos permitimos pensar en hacer parte del Estado a través del reconocimiento de las instituciones en los territorios, participando en escenarios de decisiones. Así mismo, en estos más de treinta años, hemos realizado aportes a los procesos de democracia representativa en la localidad. Desde una mirada amplia, apoyamos a mujeres y hombres de los partidos que, en ese momento, tenían reconocimiento y sentíamos que representaban los intereses de las comunidades; por ejemplo, el Polo Democrático Independiente (PDI), luego reconformado como el Polo Democrático Alternativo (PDA) o después con Colombia Humana, estuvimos ahí. Además, participamos por el Polo, hicimos ejercicios propios por la JAL (Junta Administradora Local), y de aquí han salido elegidos compañeros de nuestro entorno de labor política y social para integrar la JAL.

Con la militancia en el Polo Democrático nos presentamos 200 personas como aspirantes a candidatas para ser elegidas por meritocracia a la Alcaldía Local de Suba; pasamos el examen y fuimos seleccionados 20 aspirantes a la siguiente etapa. Luego, quedamos conformando la terna dos mujeres y otro compañero. El proceso fue arduo; sin embargo, nos dimos cuenta pronto que Samuel Moreno, alcalde de Bogotá para ese entonces, tenía un trato que favorecía a los candidatos de la derecha.

Aun así, el proceso fue significativo para mí porque me gané este lugar, pasé el examen y hablé con los concejales del Polo. Finalmente, me di cuenta de que no había apoyo, muy a pesar de haber varios del Polo con un trabajo político y social importante y consolidado, en tanto que mi liderazgo local ha sido claro y mi actuar transparente. Aunque no quedé como alcaldesa en ese intento, fue una buena lección.

Considero que falta muchísimo reconocimiento al proceso, al partido en el que nos formamos y a todas las organizaciones que, con posterioridad, surgieron y tuvieron presencia o intercambios allí. Nosotras somos trabajadoras del día a día: construyendo derechos, reivindicando derechos humanos, creando conocimiento y pensando en un mundo mejor. No obstante, la herencia y el aporte del PCC-ML a estos procesos casi no ha sido reconocida, porque solo se han centrado en los errores cometidos por algunos integrantes.

Lo único que se menciona cuando hablan de nuestra experiencia del EPL fue lo que pasó en Urabá, como si no existieran otras experiencias. Cuando otras organizaciones dicen que pusieron al presidente, es como si todo lo hubiera hecho el M-19, como si la Asamblea Nacional Constituyente que conseguimos en 1991 no se hubiera dado desde un consenso entre los nuevos partidos de izquierda, varias guerrillas en acuerdos de paz, sectores de izquierda, organizaciones sociales de todo el país y vertientes tradicionales democráticas que apoyaron. Es un desconocimiento real de todo lo que hemos hecho hombres

y mujeres de este partido en muchos territorios y ante muchos asuntos del país, así como también lo han hecho otros sectores.

Creo que historias e iniciativas como estas son las que ayudan a mostrar que estamos trabajando, no solo temporalmente, sino en un proyecto de vida; si podemos seguir adelante, eso nos permite saber que todavía existimos. El partido, con sus aciertos y desaciertos, contribuyó a la transformación positiva de la vida nuestra y de la de muchas comunidades; nosotras tomamos lo positivo para poder salir adelante, eso es lo más importante. Creo que hay que decirles a las personas que lideran: ¿cuáles son esos egos? Eso nos mata y, voy a decirlo con todo el dolor del alma, sobre todo son egos de machos. Como si cada cambio en la vida de cualquiera de las personas que estuvimos allí participando en esas luchas históricas no hubiera aportado.

Hay gente del partido que tiene mucho que contar; lastimosamente, mucha gente está desencantada. Es importante hacer encuentros y acercar a esos compañeros y compañeras. ¿Dónde están las militantes? ¿Qué ha pasado con ellas? Unirlas no solo para las elecciones, sino para construir con ellas en el futuro. No toda la gente se adapta a los momentos y puede que alguna no se logre adaptar y no se pueda apropiarse, ¿qué hacemos con ellas?, ¿las dejamos solas? Deberíamos unirnos quienes participamos en el partido y mostrarle al país que somos una fuerza y que lo hicimos con convicción.

Las relaciones entre las personas que estamos aquí, independiente de las diferencias que tuvimos, nos hicieron crecer; no veníamos a hacer trabajo comunitario por hacerlo, sino que era parte de nuestra vida y lo sigue siendo. Conjugamos nuestra vida personal y nuestros sueños con lo que el partido nos brindaba y lo que considerábamos importante: las artes, la comunicación y la pedagogía. Compartir este proceso nos hizo compañeros e independientemente de que tengamos discusiones, en el fondo, hay una fraternidad. Si alguien está pasando por un mal momento allí estamos.

Aún consideramos que los proyectos comunitarios logran construir proyectos de vida. Hoy, lo veo con las nuevas generaciones: construyen alrededor de sus intereses, ya sea lo ambiental, cultural, político, etcétera, ese encuentro les da fortaleza, les cambia la vida y, por ende, transforma sus entornos.



# Ángela:

**«Todas esas luchas, las muertes  
de tanta gente... han aportado  
a los cambios que se están dando»**



## **Era rebelde ante lo injusto: una experiencia que de niña me marcó**

**N**o vengo de una familia con trayectoria de izquierda, o menos aun guerrillera; las familias tanto de mi papá como de mi mamá eran del Partido Liberal y, por cosas de la vida, se encuentran y confluyen en Ocaña, a pesar de estar ubicadas en lugares distintos.

La familia de mi mamá estaba ubicada en zona rural del municipio de Ábrego, a una hora del casco urbano, mientras que la familia de mi papá estaba en zona rural de Ocaña. ¿Qué pasa con estas dos familias? Que, producto de la violencia entre liberales y conservadores, mis abuelos, tanto de acá como de allá, empiezan a ser asediados por la fuerza pública, por la Policía, principalmente. Llegaban a sus casas de manera intempestiva y violenta a buscarlos.

Algunos de mis tíos me han contado la historia: dicen que la Policía llegaba y les robaba hasta los cuchillos de mesa que encontraba, las cobijas, etc., los dejaban sin nada; o sea, era un hostigamiento terrible contra las familias liberales. Los abuelos entonces empiezan a llevarse a sus hijos jóvenes para Ocaña y allí es donde terminan conociéndose mi papá y mi mamá. De manera simultánea ocurría lo mismo en las dos familias: eran liberales, pero no estaban comprometidas con organización alguna y menos con la izquierda, más allá del legítimo ejercicio del voto: es así como recuerdo a mi viejo llegar con su dedo pintado de color rojo, los días de elecciones.

El barrio donde yo crecí fue construido por trabajadores del Ministerio de Obras Públicas, donde mi padre laboraba; al lado, se construyó otro en un terreno de invasión, y yo crecí en medio de esta dinámica de luchas populares, sindicales y del magisterio, entre 1970 y 1980, que libraban los trabajadores organizados en sindicatos y en una cooperativa de los trabajadores del magisterio. De manera que, cuando yo tenía como dieciséis años, ya integraba la Junta de Acción Comunal (JAC) del barrio.

El ambiente que se respiraba de simpatía por la revolución en esos tiempos era gigante entre ciertos sectores de la población. Yo veía en la esquina de mi barrio cuando pasaba la manifestación de los maestros arengando; me metía en la marcha y me pasaban papelitos con las consignas, yo las cantaba con ellos y me iba caminando, acompañándolos, hasta cuando veía que estaba muy lejos de la casa, ahí sí me

regresaba. Recuerdo que me iba en pantuflas y con vestidito, como estuviera vestida.

Cuando era estudiante de bachillerato, terminé siendo líder estudiantil, más producto de una reacción a la actitud autoritaria y represiva de las directivas del colegio que otra cosa: había una rectora bastante déspota y esos años fueron de mucha confrontación entre las dos, porque todo el mundo le obedecía. Yo era la rebelde que la enfrentaba cuando tenía en formación a todo el colegio o en las asambleas de padres de familia.

A veces, yo no estaba de acuerdo con actividades que proponía hacer y me oponía porque sentía que se estaba eludiendo la responsabilidad del Gobierno frente al tema de la financiación de la educación y que empezaba a trasladarles esa responsabilidad a los papás. Yo le incomodaba muchísimo y, seguramente, esperaba la ocasión o buscaba un motivo para «deshacerse» de mí.

A raíz de una obra de teatro en la que yo participé haciendo el papel de Caperucita Roja —en representación de América Latina— y un profesor actuaba como lobo feroz, caracterizando al imperialismo yanqui, la cual nos impidieron presentar públicamente en los municipios de la provincia, con el argumento de que el magisterio se encontraba en paro, entonces, creamos el consejo estudiantil en contra de su voluntad y sin la autorización de los directivos.

Eso llevó a que hubiese represalias de su parte hacia quienes estábamos participando en las protestas; a mí me expulsaron del colegio, razón por la que el estudiantado paralizó el colegio

durante tres días y arengó: «¡Nos vamos para la calle y vamos a hacer público todo lo que está pasando en el colegio!». Contaron, además, con el apoyo de un sector del profesorado que, en sus reuniones, pedía mi reintegro, argumentando mis calidades y notable rendimiento escolar en las materias de énfasis en la institución.

Cuando ella vio que los estudiantes estaban haciendo pancartas y estaban listos para irse a la calle, cambió su decisión de expulsión por una suspensión de tres días. Regresé, y eso fue algo espectacular: aún conservo las palabras escritas que leyeron mis compañeras y el profesor del curso, en el brindis de bienvenida con que me recibieron de nuevo; la verdad es que estábamos muy felices celebrando el triunfo.

## **De dirigente estudiantil a dirigente comunal**

Así me hice dirigente estudiantil y, al poco tiempo, también me hice dirigente comunal en mi barrio. A raíz de estas protestas estudiantiles, comencé a buscar amigos que participaban en luchas estudiantiles universitarias en Cúcuta para que me asesoraran y terminé siendo contactada por personas vinculadas al Partido Comunista de Colombia - Marxista Leninista (PCC-ML).

Entonces, empiezo a comprender por qué en la calle veía tantas paredes pintadas con las siglas del Ejército de Liberación Nacional (ELN). Después, se comienzan a ver las del Partido Comunista de Colombia Marxista - Leninista (PCC-ML) y las del

Ejército Popular de Liberación (EPL); así surgió y fue creciendo mi compromiso con esta organización y su lucha revolucionaria. Leo periódicos como el *Revolución* y el *Liberación*; después, era yo quien los repartía a escondidas en el colegio e incluso, con otros jóvenes, en las asambleas sindicales y marchas campesinas.

Como juventud no había, inicialmente, nada organizado por el partido, hasta cuando se crea la Juventud Revolucionaria de Colombia (JRC); luego, muy pronto, llegué a su dirección nacional y, enseguida, comencé la organización de núcleos juveniles en los colegios y en el sector rural de la provincia de Ocaña y el Catatumbo; éramos, principalmente, jóvenes que continuaban el trabajo político con el partido en sectores del magisterio, sindical o campesino, o que estaban vinculados al trabajo militar del Frente Libardo Mora Toro (Limoto) del EPL.

El trabajo en los núcleos de la JRC consistía en estudiar la línea política que trazaba el partido; en las reuniones, analizábamos la coyuntura política nacional e internacional, a partir de lo planteado en los periódicos *Unión* y *Revolución*. Así era como se entendían las causas y razones por las cuales estábamos librando la lucha, y los cambios que se buscaban.

Recuerdo una anécdota que aún me da risa, cuando todavía estudiaba en el colegio. En Ocaña había una normal para señoritas, el Colegio de la Presentación, era de monjas. Yo me inventé todo un cuento de que iba a hablar con las jóvenes acerca de algún tema, por decir algo, de la drogadicción; así convencí a las monjas. El caso es que terminé montada en la tarima del aula máxima del

colegio, ante todas las niñas reunidas. Las monjas me dieron la palabra, y yo empiezo a hablarles de la Juventud Revolucionaria de Colombia, haciéndoles la propuesta de que se organizaran en la lucha antiimperialista, antifascista y por los cambios que necesitaba el país; pues, claro, el discurso duraría no más de diez minutos. Salí de ahí muy contenta, dije: «Lo logramos, estas niñas ya saben que existimos».

Para nosotros, se establecía con claridad la diferencia entre lo que era clandestino, lo que yo no iba a decir públicamente, lo que era propiamente interno del partido, que no podía de alguna forma divulgarse y lo que se podía decir sobre el EPL; públicamente, se hablaba sobre la JRC, sus planteamientos y propuestas. Distinto era el trabajo individualizado y según el perfil e inclinación de cada persona, ya que algunas se vinculaban a la JRC y al activismo estudiantil y popular, otras terminaban en el Frente Limoto del EPL y otras, ante todo, terminaban haciendo militancia política en el PCC-ML. Digamos que esto ayudó a dinamizar muchísimo el trabajo de la organización. ¿Cuántos años tendría yo en ese momento? Dieciséis o diecisiete años, máximo.

Posteriormente, se empiezan a dar los diálogos de paz con el entonces presidente Belisario Betancur y por nosotros fueron Óscar William Calvo, vocero nacional del PCC-ML, y Ernesto Rojas, comandante general del EPL. Empezamos a hablar sobre el tema del diálogo nacional y la propuesta que hacíamos de una asamblea nacional constituyente mediante un plebiscito o un referendo; estos mecanismos de participación ciudadana,

luego, serían incorporados en la Constitución Política de 1991, cuando se consiguió la convocatoria para esta constituyente.

Cuando Óscar William empezó a hablar de este tema y el partido comenzó a divulgarlo, yo me fui a los pueblos de la provincia y al Catatumbo: hacía reuniones con los profesores en los colegios para difundir y analizar estas propuestas. Participábamos en eventos, actividades sindicales, del magisterio, con el sector campesino: era un trabajo político permanente.

El ambiente de la organización era muy fraterno. Creo que esa fue de las cosas que me enganchó muy rápidamente —acabándolos de conocer, empecé a sentirlos muy cercanos, como si fueran de mi familia—. Comencé a ir al Catatumbo, llegaba a las casas de los campesinos y me sentía como en casa. Una vez, llegué donde una familia campesina y, hablando con el joven que estaba al frente del núcleo veredal de la JRC, él me dice: «Mire, Ángela, este surco de café que está cultivado aquí es para financiar las actividades de la Juventud». Yo no lo podía creer, lo hacían por iniciativa propia, una cosa superchévere que reflejaba su entusiasmo y compromiso con las causas revolucionarias. Es muy triste recordarlo, ese joven luego fue y sigue desaparecido.

## **Desplazada de Ocaña por la persecución policial**

Cuando se estaba dando esta dinámica de organización y movilizaciones sociales, la fuerza pública me veía en las marchas de

los maestros, en los paros cívicos, en las asambleas sindicales, en las concentraciones del parque principal durante el Día del Campesino, el Primero de Mayo, en todas partes. Así comienza una persecución de la Policía contra mí; alguna vez, después de una marcha, cuando la gente empezó a dispersarse, la Policía se vino corriendo tras los jóvenes.

En otra ocasión, viajé desde Ocaña hasta Cúcuta para asistir a una reunión. La carretera era destapada y la única opción era viajar en bus, cuyo recorrido duraba ocho horas o más, cuando se varaba. De regreso, salí a las tres de la tarde y llegué a las once de la noche a Ocaña; unos compañeros de la Juventud me estaban esperando y nos fuimos caminando, yo les contaba todo lo ocurrido en el evento.

Para llegar a mi casa, debíamos caminar, por lo menos, media hora; la idea era que ellos, luego, se regresaban para las suyas. Sin embargo, a mitad de camino, un carro de la Policía pasó justo por donde nosotros íbamos y, al reconocernos, los agentes se bajaron a perseguirnos. Era una persecución muy directa.

En los días posteriores, se distribuye un comunicado, presuntamente, de algunos comerciantes organizados en una supuesta «Sociedad de Amigos de Ocaña», en el que amenazaban a varias personas y yo era la primera en la lista; también estaba el profesor Hernando Sanguino, quien, efectivamente, luego fue asesinado. Para ese momento, yo había abandonado la ciudad.

Eran tiempos en los que aún se sentía el impacto del estatuto de seguridad expedido por decreto en 1978 por el expresidente

Julio César Turbay Ayala, en el marco de la lucha antisubversiva, del cual destaco que restringía las libertades democráticas y criminalizaba la protesta social en el país. En esa medida, se conocían casos recientes de compañeros nuestros desaparecidos por la Policía, el B2, o el F2, quienes, luego, aparecieron quemados con ácido y muertos con crueles señales de tortura; era horrible.

Es ahí cuando el partido me dice: «Ángela<sup>19</sup>, usted está muy chamuscada»; yo también empiezo a ver muy complicada mi seguridad. El partido me propuso la posibilidad de salir para proteger mi vida y, efectivamente, así se dio. Me fui a Bucaramanga, donde comenzamos a hacer un trabajo de la JRC en las universidades: UIS (Universidad Industrial de Santander) y UNAB (Universidad Autónoma de Bucaramanga), donde logramos organizar núcleos de la Juventud.

De manera jocosa, recuerdo una anécdota: una amiga que trabajaba con una empresa, que era como una bolsa de empleo, propuso mi hoja de vida y una constructora aceptó vincularme laboralmente. Trabajé ahí hasta el día en que participé en una de las actividades de la Juventud, recolectando recursos para irnos al VII Campamento Juvenil Internacional Antiimperialista y Antifascista que se iba a realizar del 1 al 15 de julio de 1984 en La Estrella, Antioquia; mis jefes me vieron con la camiseta puesta e inmediatamente tuve que renunciar al trabajo.

---

<sup>19</sup> Ángela fue el seudónimo que esta mujer utilizó en su militancia clandestina con el PCC-ML y, luego, con el EPL.

## Consolidando el trabajo obrero

Más adelante, entre 1984 y 1985, salgo de Bucaramanga porque el partido tomó la decisión de conformar un equipo en Barrancabermeja. Se necesitaba potenciar el trabajo con los trabajadores petroleros, principalmente con los miembros de la Unión Sindical Obrera (USO), porque era la prioridad en ese momento: el trabajo político con la clase obrera y, dentro de la clase obrera, también había niveles, la prioridad número uno era el sector petrolero. En ese grupo, yo era la única mujer, muy joven, tenía unos dieciocho años; era la responsable del trabajo con la Juventud, mientras que los demás compañeros tenían responsabilidad en otras áreas y temas.

Comenzamos a organizar núcleos de la JRC con trabajadores petroleros y estudiantes, con quienes nos reuníamos frecuentemente para leer, analizar y estudiar documentos del partido. También hacíamos actividades para difundir las propuestas políticas y distribuir los periódicos *Unión y Revolución*. Salíamos de la casa a las cinco de la mañana para ir a la entrada de la refinería y abordar a los trabajadores cuando llegaban para comenzar su jornada laboral.

De igual manera, abordábamos a los pasajeros en los buses de Ecopetrol que iban para el centro y Casabe, donde, al llegar, se hacía la difusión y distribución de los periódicos a los obreros petroleros. Imposible olvidar al vendedor ambulante

que guardaba en su caseta el paquete de periódicos que, luego, distribuíamos por la ciudad.

En tiempos de negociación del pliego de peticiones de la USO, Barrancabermeja había sido militarizada; todavía se sentían las huellas vivas del estatuto de seguridad en cuanto al control de la lucha sindical. En una ocasión, me salvé de que me agarraran con publicidad de la organización.

La impresora que teníamos en ese tiempo era un mimeógrafo; como había estudiado bachillerato comercial, sabía escribirlo: había que «picarlo en un estencil», así le llamábamos a la técnica de escribirlo en un papel especial y sin la cinta que le daba color, luego, el papel escrito se llevaba al mimeógrafo y se imprimía hoja por hoja.

Ese trabajo yo lo estaba haciendo un día en una sede sindical, en el marco de la preparación de un evento en el cual iba a intervenir Óscar William Calvo, vocero del partido y del EPL en la negociación de paz con el Gobierno nacional. Justo cuando estoy en la tarea del comunicado, el Ejército se tomó la sede sindical.

De manera repentina, veo a los militares subiendo las escaleras; nos sacaron al patio y comenzaron a ocupar todos los espacios, requisaron todas las oficinas, escritorio por escritorio, papel por papel. Entonces, le dije al compañero del sindicato: «Tranquilo, que yo me hago responsable de todo». En ese momento, pensé: «Él es casado, tiene hijos, tiene un trabajo estable». Él tenía mucho que perder, sentía que, al contrario, yo no; además de sentir mucha confianza en mi capacidad para

resistir la tortura y la cárcel, me sentía preparada para ello, sabía con claridad lo que me esperaba en caso de ser detenida. Mi sorpresa fue ver que los militares no revisaron la oficina donde yo estaba trabajando y, saliendo, dicen: «Todo está bien, hasta luego, gracias», nos devolvieron las cédulas. ¡Qué salvadota!

En la izquierda, se vivía en permanente debate político con otros sectores como el MOIR (Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario), la Juventud Comunista (JUCO), A Luchar, e incluso con el FILA (Frente de Izquierda Liberal Auténtico), movimiento político creado por Horacio Serpa Uribe, aunque había espacios en donde todos confluíamos. Por ejemplo, cuando Manuel Chacón se encontraba con vida, durante uno de los paros cívicos, hicimos barricadas y ahí nos juntamos todos.

La unidad llegaba hasta cuando sabíamos que al lugar iba llegando el Ejército; entonces, los del MOIR eran los primeros en retirarse y yo era de las que quería defender la barricada hasta el final. En otra ocasión, el debate se dio hasta lograr ver puesta la bandera del EPL, hecho que complicó nuevamente mi seguridad. Yo sentía que ya había vivido todo, pero quería más: «Me quiero ir para el EPL», era lo que me faltaba.

## **Al Frente Limoto del EPL**

Una semana antes de que lo asesinaran, Óscar William Calvo dio una conferencia en el Club Infantas, en Barrancabermeja; al terminar el evento, le solicité y obtuve su autorización para

irme al frente. Me fui y allí me desempeñé como comisaria política: hacía el trabajo ideológico, el trabajo político, las reuniones; hacíamos hasta trabajo de alfabetización, porque en la fuerza había combatientes que eran analfabetas.

El frente se movía desde la frontera del área metropolitana de Cúcuta y el municipio de Tibú con Venezuela hasta el sur del Cesar (San Martín y San Alberto), pasando por la provincia de Ocaña y el Catatumbo. Había mucha relación con las comunidades del Catatumbo; en Navidad, nos íbamos a pasar las festividades con su gente: el ambiente era de música, baile, comida, vino, sabajón y canelita, que es un licor artesanal de la región. El campamento se llenaba de campesinos que venían de todas partes. Era tal el apoyo popular que nunca nos delataron; a pesar del alto impacto en la población, la fuerza pública nunca supo dónde estábamos.

Como delegada por el Frente Libardo Mora Toro del EPL participé en el Campamento Internacional de la Juventud Democrática, Antiimperialista y Antifascista que se realizó en Nicaragua; era la primera vez que salía del país. Luego de sobrevolar la isla de San Andrés, llegué a Costa Rica, donde me retuvieron las autoridades aeroportuarias para indagar acerca de las razones por las que tenía como destino final a Nicaragua. El interrogatorio les permitió deducir que no tenía ninguna vinculación con temas de narcotráfico. «Usted es socialdemócrata», me dijo uno de los agentes. Le respondí: «Lo dice usted, no yo», y me permitieron continuar mi viaje hasta Managua. Los nicaragüenses

organizadores del encuentro juvenil intentaron llevarnos a territorio histórico y emblemático de los sandinistas, recorrido que no se culminó con éxito, debido a los enfrentamientos que aún se libraban con los Contras.

Luego, vino el proceso de negociación de paz y ahí se inicia otra parte de mi historia de vida.

## **Lo cosechado y lo pendiente**

Hice parte de una generación que le apostó al cambio del país en materia de igualdad, equidad y justicia social.

El trabajo realizado por las organizaciones de izquierda hizo posible la constituyente, propuesta inicialmente por nuestro partido y públicamente por su vocero Óscar William Calvo; con ella, la expedición de una nueva Constitución política que reconociera derechos, creara entidades para su garantía y potenciara la participación ciudadana. También ha posibilitado el acceso de partidos y coaliciones de izquierda a corporaciones públicas y gobiernos de distinto nivel con posibilidades de que se respete su actuación, así como la de los movimientos sociales y sus organizaciones.

Hemos ganado en la construcción de una sociedad más democrática. El triunfo electoral de la izquierda ha sido una realidad, gracias al trabajo permanente, tanto político como ideológico y organizativo, realizado durante varias décadas, haciendo una labor de concientización con la gente, en sus casas, en sus fábricas, en sus empresas, en sus sindicatos, en

sus organizaciones, en sus barrios, en sus veredas; también con la fuerza organizada, con la militancia, con las masas. Estos antecedentes han contribuido y nos permiten tener hoy el Gobierno del Cambio en el poder, con la elección del presidente Gustavo Petro y la vicepresidenta Francia Márquez.

El arduo trabajo popular y de movilización, toda esa lucha revolucionaria, las muertes de tanta gente, han sido la semilla y han contribuido a propiciar los cambios que se están dando en el país, porque Colombia sí está cambiando y mucho. Durante 50 años de mi vida, era de muy alto riesgo el turismo; después de la firma de los acuerdos de paz en la década del 90, al igual que el suscrito por el Gobierno nacional con las FARC-EP en 2016, hemos podido transitar y conocer el país, su belleza, riqueza y diversidad. Lo anterior denota que estamos logrando salir de la guerra, a pesar de que todavía un sector de la población en el país le apuesta a ella.

Queda pendiente continuar la lucha por el fortalecimiento de la democracia en el país. En esa vía, es necesario organizar la implementación de una estrategia pedagógica, de comunicaciones y de educación política que, a la par con la organización y la movilización ciudadana, potencie la defensa y exigibilidad de sus derechos. Y no menos importante: el trabajo humanitario de búsqueda, ubicación y entrega a los familiares de los restos de compañeros víctimas de desaparición forzada, al igual que los de aquellos muertos en combate y que fueron sepultados en las montañas de Colombia.



# Cecilia<sup>20</sup>:

**«El campesinado siempre  
ha llevado la peor parte  
en este conflicto»**



## **Los primeros años: Juntas Patrióticas Populares, infancia y familia en la vereda El Moño**

**M**i papá fue un campesino liberal, perseguido por el Ejército y los conservadores en la época de La Violencia. Vivíamos en la vereda El Moño, cerca de la loma de Las Arañas, entre los municipios de Ituango y Santa Bárbara; nuestra casa quedaba a un día de camino monte adentro. En ese momento —últimos años de la década del 60 e inicios de la década del 70—, el EPL actuaba hacia el norte de Antioquia, por los lados del Nudo de Paramillo, Ituango y Peque, en conexión con el sur de Córdoba y el Bajo Cauca.

Mis cuatro hermanos y yo fuimos naciendo cuando mi papá se encontró con el EPL; por eso digo que nosotros nacimos en



<sup>20</sup> Se utiliza este seudónimo por solicitud de la persona que entrega este testimonio, quien también fue militante del PCC-ML y combatiente del EPL.

la guerra. Él era una persona muy amable: recuerdo que, una vez, estábamos en la casa dormidos, cuando papá llegó con varias personas y preparó la sala para darles posada. Nos dijo: «Son unos compañeros, están con nosotros y, por eso, les vamos a dar la dormida». Luego, supe que eran integrantes del EPL.

Con el tiempo, mi papá se vinculó, conoció y entabló amistad profunda con Caraballo, Pedro León (Arboleda), Pedro Vásquez, Libardo (Mora Toro) y Lino. Él hizo parte de las Juntas Patrióticas Populares y si le decían: «Mire, Ramón, usted debe de ir a tal lugar o a hacer este favor», él lo hacía. La Junta Patriótica hacía parte del Gobierno local a nivel rural; allí estaban Alfredo, Mercedes y Julio Guerra. Julio era el presidente de la Junta Patriótica y el líder del Movimiento Revolucionario Liberal en esa zona<sup>21</sup>.

El estudio de los niños estaba a cargo de las Juntas Patrióticas<sup>22</sup>. Pedro León, Libardo y Lino fueron profesores, porque

---

21 Durante La Violencia y el conflicto armado registrado entre finales de los 40 y finales de los 50 del siglo xx en Colombia, se produjo la llegada al norte de Antioquia, y a las regiones del Urabá y sur de Córdoba, de familias campesinas liberales que llegaron desplazadas principalmente del occidente de Antioquia ante la violenta persecución conservadora, policial y de grupos armados. Al igual que en otras regiones del país, esta población campesina desarrolló, en estas condiciones, la colonización de tierras selváticas y adoptó formas de organización social, comunitaria y de defensa armada. Su líder fue Julio Guerra, inicialmente en calidad de dirigente liberal y de la guerrilla implementada en los años 50, luego fue líder del MRL a inicios de los años 60 y, desde mediados de los 60 hasta el inicio de los 80, lideró el apoyo a la causa insurgente del PCC-ML y del EPL en la región, siendo elegido presidente de las Juntas Patrióticas Populares (JPP).

22 En la historia de esta insurgencia, las Juntas Patrióticas Populares (JPP) tienen un lugar central, por cuanto eran concebidas como gobiernos revolucionarios locales,

el EPL buscaba la educación de la gente del campo. Nos enseñaban a buscar la igualdad y a luchar por los intereses del pueblo; yo recibí clases en la Escuela de Pioneros.

También trataban de evitar enfrentamientos con el Ejército —eso lo escuché estando pequeña— porque, decían, gran parte del Ejército estaba integrado por hijos de campesinos que requerían conseguir una libreta militar.

## La guerra, la vida y la muerte en San Jorge, Córdoba

Mi familia y yo nos fuimos a vivir a San Jorge, Córdoba; allí conocí la guerra: cuando el Batallón Voltígeros, de Montería, asesinó a mi mamá, yo tenía seis años. Llevábamos dos días en San Jorge; mi papá estaba organizando un trapiche, cuando mamá empezó a ver bajar agua sucia por la quebrada Vijagual, como si se fuera a crecer. Cuando ella miró hacia arriba, vio al Ejército que venía y le gritó a papá: «¡Ramón, los chulos!» —en ese entonces les decían chulos al Ejército—. Al decir eso, sonaron los rafagazos:

---

a manera de contrapoder frente al Estado, materialización de un Frente Patriótico de Liberación que se estimaba en construcción, «embriones de la naciente República Popular Democrática en marcha al socialismo» y expresión política organizativa ubicada en «zonas liberadas» o «internas de retaguardia». Su orientación política se reclamaba del PCC-ML, su control militar regional del EPL y su composición mezclaba a personas campesinas con reconocido liderazgo local y cuadros de este partido vinculados al proceso local. Estas Juntas emitieron boletines titulados «Avancemos, órgano de las Juntas Patrióticas Populares», en edición en mimeógrafo, los cuales eran divulgados nacionalmente (Villarraga y Plazas, 1994).

mi mamá estaba embarazada, le abrieron la cabeza en dos y, luego, la remataron. Los soldados la cortaron en dos pedazos y la metieron en un hueco cerca de la quebrada.

En ese momento, yo estaba en la quebrada con una mujer llamada Blanca, quien me cogió de la mano y se tiró conmigo a un charco. Mis hermanos Silvia, Carlina, Jesús y Alberto se escondieron en la rastrojera. Después de eso, papá nos llevó a Llanos del Tigre donde la Negra<sup>23</sup>, quien nos cuidó a mis hermanos y a mí por unos meses; estábamos tan pequeños que nos cargaba a todos en un canasto. Luego, con papá, volvimos a la vereda El Moño: papá asumió también el rol de mamá.

En esa época, donde llegaba el Ejército echaba bala, matando al perro, al gato, a lo que fuera. Mi hermana Carlina, para entonces, tenía su esposo; una vez, mi hermana, otras mujeres y algunos niños salimos a buscar plátanos para el almuerzo. Escuchamos gritos que decían: «¡No se muevan!» y, después, groserías. Pensamos que era una charla, pero no, era el Ejército. Empezaron a disparar y mataron a mi hermana y a mi sobrinito Manuel, quien tenía seis años de edad. Nosotros nos tiramos a la quebrada; mi hermano estaba muy pequeñito, lo agarramos de la mano y nos logramos salvar.

Nosotros no teníamos armas; íbamos con los chingos llenos de plátano, éramos personas indefensas. Huimos del lugar y nos montamos a un árbol que nos permitió mirar el cuerpo de



23 La Negra es Yolanda, la mujer de la primera historia.

mi hermana y mi sobrino. Dijimos: «Quedémonos aquí porque no sabemos para dónde se van». Estábamos Jesús, Silvia, Elsa —que es la mamá del bebé que el Ejército se llevó— y yo. Nos quedamos en el árbol que tenía hartos bejuco para escondernos.

Eso sucedió en la mañana y ahí nos quedamos el día y la noche; entonces, sucedió algo muy doloroso que todavía me cuesta recordarlo sin lágrimas: a mi hermana, después de matarla, la metieron en una hamaca y la violaron. Al otro día, en la mañana, vimos cómo cavaron un hueco, la partieron en dos y la metieron en ese hueco. Al niño también lo partieron en dos, lo metieron al mismo hueco y los cubrieron con tierra.

El niño de mi hermana Elsa se quedó ahí; tenía unos diez meses. El Ejército lo cogió; en la noche, lo dejó en un lugar donde metían las gallinas para que el zorro no se las comiera. Él lloró toda la noche. En la mañana, un helicóptero se los llevó, incluyendo al niño; nunca supimos más de él. Eso fue el mismo Batallón Voltígeros de Montería. En las noticias solo mencionaron la región y dijeron que el Ejército se había enfrentado con el EPL.

Cuando sentimos que no había ruido distinto al del monte nos fuimos saliendo, pero, por temor, en vez de coger pa afuera, nos fuimos monte adentro y nos perdimos durante ocho días. Mientras estuvimos en el monte, comimos cogollo y algún fruto que encontramos; amanecíamos en las combas de los palos, cubriéndonos con hojas de palma para que no nos picaran los zancudos. Un día, en una loma, escuchamos un gallo y, luego,

vimos a Julio Guerra; toda la gente estaba desesperada, porque creían que nos habían matado a todos. Como no habíamos consumido nada de sal, nos dieron un caldo suavecito, porque no teníamos un solo aliento. Eso fue en 1968.

A mi abuelito y a mis tíos también los mató el Ejército, pero en la loma de Las Arañas. Cuando eso, había muchos «falsos positivos», porque ¿cómo iban a decir que mi abuelito, con un canastado de maíz en la espalda, bien cansado, se les enfrentó? Pero, cuando eso, no sabíamos de derechos humanos y menos de denunciar. El Ejército mató a mi abuelo, a mi tío, a mi mamá, a mi hermana y a mi sobrino.

## Llegada al EPL: militancia y matrimonio

A mis trece años me fui para el EPL, con mi hermana Silvia. Lino era uno de los comandantes y había sido mi profesor cuando estuve en la Escuela de Pioneros. Ya avanzados sus cuarenta y pico de años, él había hablado con mi papá para casarse conmigo; yo le tenía miedo y respeto. Nunca lo quise como esposo, pero papá influyó en que me fuera con él; entonces, cuando entré al EPL, prácticamente, entré con Lino ya como mi esposo<sup>24</sup>.

---

24 El comandante Lino, también llamado, inicialmente, Linares o Robledo, era un campesino nacido en 1944 en San Pablo, sur de Bolívar; su padre era un campesino liberal que fue guerrillero en los años 40 y 50, y su madre era indígena, siendo uno de los fundadores del EPL tanto en su experiencia en esta región de Bolívar como, luego, entre el alto Sinú y San Jorge. Estuvo política y militarmente activo en distintas

Yo estaba todavía en la Junta Patriótica. Él trataba de no enviarme a zonas donde los enfrentamientos eran más fuertes, como San Jorge, Montelíbano o de Tierralta pa arriba. Andábamos en campamentos, le explicábamos a la gente qué eran las Juntas Patrióticas, por qué había guerrilla y cómo estaba la situación política del país; los campesinos eran receptivos a los mensajes. Como en todo, había campesinos que no apoyaban y delataban, pero la mayoría nos apoyaba, y al partido aún más porque íbamos desarmados por pueblos y caseríos.

Mi función era hablar con los campesinos sobre la organización, la educación, la política y sobre el objetivo que teníamos; llevábamos con nosotros el periódico *Revolución*. Recuerdo llegar a Montelíbano y que los campesinos habían designado líderes para consultar con nosotros algún problema veredal: el comisario político mediaba en la solución. Todos ellos eran campesinos nativos que tenían cultivos de plátano, yuca, fríjol y mucho arroz.

En 1975, salí con Lino para Magangué. Posteriormente, estuvimos en Medellín, donde nació mi hija Nubia, y luego en Cali, donde nació mi hijo Nandito. Con ellos pequeños, nos fuimos para Bogotá y, luego, nos trasladamos de nuevo a Cali. Lino siguió con su trabajo político y militar, pero, por el contrario,

---

regiones del país, con el PCC-ML y con el EPL hasta la firma del acuerdo de paz en 1991 y, luego, participó en el proceso de reincorporación de excombatientes a la vida civil. Su nombre real: Carlos Aníbal Cagua Guerrero. Murió por causas naturales en Soacha, Cundinamarca, en 2022.

mi actividad política disminuyó estando en la ciudad, ya que estaba dedicada a mis hijos, principalmente.

Seguía realizando algunas reuniones con mujeres en Cali, en zonas de cordones de miseria donde la gente fabricaba sus casas con cartón. Hacíamos jornadas de grafitear y pegar carteles de *Viva la revolución*, cosas así, alusivas a la organización; también impulsábamos campañas antielectorales. El objetivo era concientizar sobre el hambre, las desigualdades, luchar para que no hubiera miseria. A la gente le gustaba que uno hablara sobre eso, la gente entendía. ¿Cuánta gente no tiene para una comida en el día? Eso aún pasa.

Lino iba y venía, ya que tenía a su cargo atender unos frentes rurales y urbanos, mientras que mi actividad política en la ciudad estaba ligada a lo que él me dijera, en tanto yo no pertenecía a brigadas, círculos de estudio o a alguna estructura de la organización. Él llegaba, daba orden de lo que debía hacer y volvía y se iba.

La gente acogía mucho nuestro modo de pensar: los sindicatos de profesores en Cali, por ejemplo, también la industria siderúrgica, de la salud y a nivel empresarial, como Sofasa (Sindicato de Trabajadores de la Sociedad de Fabricación de Automotores), Sidelpa (Sindicato de Trabajadores de la Siderúrgica del Pacífico), Sutev (Sindicato de Trabajadores de la Educación del Valle) y Fecode (Federación Colombiana de Educadores). Estuvimos también en Boyacá, donde el trabajo era más que todo con los campesinos. Posteriormente,

estuvimos pendientes de las campañas electorales, para posicionar nuestra gente en la alcaldía y en el concejo.

Mientras tanto, la maternidad era pesada, pues fui responsable tanto de la manutención económica como de la educación de los hijos. Luego de mis dos primeros hijos, tuve dos gemelos; casi muero en el parto y ambos nacieron con fuertes problemas de salud. Hay gente revolucionaria que, a veces, no actúa bien. Lino permanecía por fuera y, supuestamente, él me enviaba presupuesto, porque yo no estaba trabajando, pero la plata nunca llegaba.

Cuando el embarazo de los gemelos, vivíamos en San Antonio de Prado, corregimiento de Itagüí, Antioquia; en mi estado, debía trabajar para pagar el arriendo. Como era una casa ubicada en el sector rural, en el patio sembraba maíz, repollo y pepino; cuando bajaba a Itagüí, intercambiaba la producción por otros productos, lo que necesitara de granos, así que el embarazo se me complicó por el hambre y por cargar bultos con un peso considerable para mi estado de salud.

Cuando Lino llegaba, le suplicaba que no me dejara sola porque me sentía mal, necesitaba apoyo y no solo económico, pero él solo decía: «¿Cómo que no le han llegado las cosas?», y volvía a partir. Una vez, lloré mucho, porque él me pidió que acompañara a esposas de otros mandos, mientras ellas compraban ropa y comida. Cuando eso, yo no tenía nevera ni vestuario para mí o mis hijos, mucho menos qué echar a la olla. Yo decía:

«Pero ¿por qué a ellas les llegan las cosas y a mí no?»; mis hijos y yo aguantamos física hambre, esa experiencia fue terrible.

Un día, llegó y le dije: «No se vaya, porque ya no puedo más». Me dijo: «Si va a tener ese niño —porque no creía que fueran gemelos—, téngalo ya, porque yo me tengo que ir mañana», y yo le dije: «Si por mí fuera, no estuviera ni en embarazo». Para él, estaba primero su trabajo, pero debió pensar en sus hijos: estaba prácticamente sola con mis hijos para sembrar, cargar bultos y responder por todo.

Durante el embarazo, él nunca me apoyó para hacerme algún examen. Una compañera lavó ropa para costear uno en el Hospital Materno Infantil, donde me dijeron que el embarazo era de alto riesgo. Un día, me sentí muy mal y no sé de dónde tomé fuerzas para hablar con Elsa, una vecina, que, al verme, me dijo: «Usted va a tener esos niños ya». Ella también estaba embarazada, así que le pedí que se encargara de los dos niños.

Llamé a Berta, una amiga para que me acompañara y, como pude, tomé un bus; alcancé a llegar al centro de salud. Estando allá, me dijo la enfermera que esperara, pero ya no podía esperar, los niños iban a nacer. Al fin, llegó Berta y me dijo: «Tranquila, que yo voy a estar al pie suyo». Nació Aníbal, el primer niño, ya para el otro perdí el conocimiento.

Cuando me desperté, era el otro día; Berta siempre estuvo conmigo. Resulta que, esa noche, no sé qué le pasó al Viejo, se devolvió muy rápido; llegó a la casa y no me encontró. La vecina le dijo que yo me había ido para el hospital, que había llegado

grave, según le avisó Berta. Cuando él llegó, le dijeron: «Cecilia murió con el niño; vengan mañana a hacer los papeles para que la retiren». Dijo el Viejo: «Sí, vámonos». Berta me contó que ella lo empujó y empezó a gritar: «¡No, Cecilia no se ha muerto!». Ella me quería como a una hija y le dijo al Viejo, a Lino: «¿Sabe qué? Usted, váyase, pero yo, hasta que no salga de aquí con Cecilia, no me voy». Me llevaron para hacer fila en la morgue.

De pronto, llegaron unos médicos a la morgue y me encontraron a mí y a Aníbal, el primer bebé, vivos; el niño estaba sin oxígeno. Me anestesiaron ahí mismo, estando en esa camilla y me sacaron a Alberto, que es el segundo de los gemelos; por lo mismo, ha sido el más delicado de salud. El segundo nació como a las tres de la mañana, cuando con el primero todo había sucedido a las seis de la tarde del día anterior; los dos niños quedaron con epilepsia. Quién sabe cuánto demoramos allá; según los primeros médicos: «¿Por qué ponerle oxígeno a un muerto?», para ellos, ambos estábamos muertos. Yo digo que estar hoy con vida es un milagro de Dios.

Como a las cinco de la mañana, le gritaron a Berta: «¡Cecilia se salvó!». Cuando el doctor me despertó, tenía al niño en los brazos: estaba morado. Lo tuvo que sacar de la incubadora, ponerle oxígeno y tenerlo en los brazos, arrullándolo, mientras yo despertaba. Estuve ocho días en cuidados intensivos; yo quedé mirando a la gente doble y me hinché porque, al ponerme rápido la anestesia, me pusieron demasiada, fue terrible, pero, bueno, aquí estoy contando el cuento. Al otro día, llegó Lino, y

eso a mí me marcó mucho; por muy duro y áspero que uno sea, no fue correcto en él. Después de todo eso, estuve un año muy delicada de salud, pero seguí trabajando en lo que pudiera hacer.

Yo, a Lino, lo veía como comandante: se dan órdenes y se cumplen órdenes. Es que una cosa es ser, por ejemplo, el compañero o comandante de las filas y otra cosa es el carácter de esa persona con la familia, con la pareja, con la mujer, pero yo lo veía igual; él, a mí, no me trataba diferente.

Por ejemplo, Hernandito, que es el segundo de nuestros hijos, antes de los gemelos, casi me nace en la calle, en el barrio Prado, en Medellín; si no es por un compañero de la organización, quién sabe qué hubiera pasado con nosotros. No lo culpo; para mí, Lino fue un gran comandante, claro, cumplía órdenes, trabajaba y lo quería mucho la gente, pero él no veía la situación de la familia.

Lino tenía mucha responsabilidad en la organización. Yo entendía que él debía primero cumplir con sus compromisos; sin embargo, en ese embarazo, yo le cogí asco, yo no lo podía ni ver y no era mi culpa. Él se enojaba y me preguntaba el por qué. Le respondía: «Yo no tengo la culpa». No lo podía ni mirar y menos lavarle la ropa, eso era la muerte para mí; a esto, se le sumó el maltrato físico que recibía por parte de él delante de mis hijos. En ese entonces, mi papá, al conocer la situación, me dijo: «Déjelo, hija», pero soporté. Mis hijos, en momentos, se le enfrentaron para respaldarme; pese a esto, siempre los eduqué para que no tuvieran rencores y lo respetaran.



Figura 5. Cecilia, Lino e hijos.

Fuente: archivo personal.

En otro momento, dentro de la organización, Lino cometió una falta grave donde se le iba a hacer un juicio político. La hija de un compañero, que había quedado huérfana de madre, se había ido a mi casa a ayudarme luego del nacimiento de los gemelos y Lino tuvo comportamientos inapropiados con ella que fueron conocidos por miembros del partido. En esa oportunidad, intercedí para que la sanción fuera menor a la

que podría haber recibido; le fue perdonada la vida por su trayectoria política.

## **Tregua y desmovilización del EPL: la experiencia del proyecto productivo**

Después de permanecer en Itagüí, nos fuimos para Bogotá y Boyacá. Fueron pasando los años, vino la tregua y mucha persecución; eso fue a finales de los ochenta y los paramilitares mataron mucha gente. En 1985, estaba en Tunja, Boyacá, principalmente, cuidando a mis hijos. Lino viajaba y yo trataba de no poner problema; me comentaban de persecuciones y enfrentamientos, pero no los viví.

Cuando se dio el proceso de desmovilización, estábamos en Bogotá. Después del primer congreso que hubo en Urabá, en Pueblo Nuevo, Necoclí, donde se aprobó el acuerdo de paz, estaba en furor la propuesta de la constituyente; en eso sí participé, yo estaba a favor del acuerdo. El congreso fue entre noviembre y diciembre de 1990. A inicios de 1991, se dio la desmovilización en todos los frentes donde estaba concentrado el EPL en distintas regiones y vino la reinserción a la vida civil.

Ya Lino salió a la vida civil y quedamos en colectivos de excombatientes; participamos en un colectivo con un proyecto bonito, que era producir mangueras de caucho, de plástico, utilizando reciclajes de llantas y polietileno. Era, principalmente,

producción y comercialización de mangueras; sin embargo, este, como otros proyectos productivos de excombatientes, fueron muy difíciles. Fue cosa de mucho ensayo y error.

Cuando salió el proyecto de las mangueras nos unimos con algunas personas; fue en Ciudad Bolívar, en Bogotá. A veces, nos tocaba trasladarnos de fábrica, porque no teníamos nada propio, solo la máquina. Con lo del proyecto, se compraba para el material, para la máquina, y ya eso tenía que producir, para seguir comprando material. Era una sociedad limitada con papeles y todo; nos tocaba trabajar día y noche, porque no nos podíamos turnar. Unos teníamos que cortar, otros picar, otros moler, otros sacar la maquinaria.

Ya en producción, el material subió muchísimo y hubo mucha competencia, entonces, no nos daba en términos económicos para obtener ganancia y pagar el flete para otras ciudades. De pronto, hubiera marchado bonito donde todos nos hubiéramos metido al trabajo, pero, en eso, trabajamos prácticamente Lino, uno de sus hermanos y yo; los otros no trabajaron, pero sí llegaron a cobrar lo producido. El proyecto duró casi dos años, pero no funcionó más. Al final, debimos vender la maquinaria y dividir el dinero en partes iguales.

Después de eso, me dediqué al comercio, a la venta informal de ropa en otra localidad de Bogotá; Lino tuvo una fuerte enfermedad y estuvo postrado varios años, durante los cuales sus hijos y yo estuvimos a cargo de su cuidado hasta su muerte.

## Reflexiones y sueños

La vida no ha sido fácil. Fue duro perder a la familia a manos del Ejército, sin ellos estar involucrados en nada, solo por el hecho de ser campesinos. ¿Qué tan preparadas estamos para estar en la paz?

Hoy, recuerdo mucho a papá y la educación que me dio; también recuerdo para bien la organización. Lino, cuando nosotros estábamos pequeños, nos enseñó cosas bonitas; él iba a la casa y nosotros nos acercábamos con el cuaderno: «Háganos planas, enséñenos». Cuando entramos a estudiar, ya sabíamos escribir y leer, porque no solamente a él le pedíamos que nos enseñara, sino a los compañeros que llegaban. Hoy, pienso que todos tenemos errores.

Yo hubiera querido seguir estudiando, pero las circunstancias económicas y el cuidado que debí darles a los hijos, que se llevan entre ellos poco tiempo de edad, no me lo permitió. A Lino, no le guardo rencor; siempre lo quise como un compañero y como el papá de mis hijos, siempre respeté su responsabilidad. Él ayudó y formó a mucha gente; tomé ejemplo de él en muchas cosas.

Un error de Lino fue negociar una casa propia que teníamos en Soacha; se dejó, de pronto, llevar por unas personas de corbata y nos robaron. Quedamos sin apartamento y sin dinero. Actualmente, soy el soporte económico del hogar porque mis gemelos no pueden trabajar. Sueño con, algún día,

tener casa propia para tener mejores condiciones de vida. A veces, lloro mucho por la situación económica y la salud de mis hijos, pero Diosito es el que sabe qué puede pasar. Soy muy temerosa de Dios.



JUNTA DE ACCIÓN  
COMUNAL



# Ruth:

«Esto tiene que salir a la luz»



## Nos la pasamos huyendo de la guerra

**M**i nombre es Ruth Zapata Mariscal, tengo 64 años cumplidos. Me siento muy honrada con esta invitación para contarles mi historia; es como revivir un poquito de esos tiempos en los que, pese a las circunstancias de lo violento, de lo cerrado, de lo clandestino en que nos movimos, era una época linda. Uno vivía la vida intensamente y la desafiábamos, porque no nos acobardaba que nos persiguieran. Yo me considero muy temeraria; para mí, siempre fue un desafío ir un paso adelante. Yo no conozco el miedo, pero ¡qué susto!

Mis padres fueron misioneros cristianos. Mi papá fue pastor de la Iglesia pentecostal toda la vida; él anduvo por los Montes de María y también por el Huila. Le tocó vivir la violencia descarnada de la lucha de los godos contra los cachiporros y a los pastores evangélicos los perseguían mucho porque, de por sí, el cristianismo es una lucha, es un compromiso social con la comunidad. Yo siempre recuerdo a mi papá como un Camilo Torres; era más liberal que conservador. Siempre, en la religión,

se metía más como en lo liberal, los pastores se metían más en ese color político.

Nací el 19 de septiembre de 1960 en Corinto, Cauca, donde nacen muchas y nos criamos pocas. Mi mamá fue una mujer muy guerrera, muy valiente, de servicio a la comunidad. Mi papá llegó huyendo de la violencia liberal y conservadora de los Montes de María y, cuando llegó, le dijeron: «No, pastor, aquí no hay cómo atenderlo a usted, pero ahí está el corral de las gallinas». Él fue y organizó el corral, y nací esa misma noche; como no había pañales, mi papá se quitó la camisa y me envolvió con ella.

Después de un tiempo, por amenazas contra la vida de mi papá, nos trasladaron a Tablones, en el Valle del Cauca. Allí nació otro hermano, pero allá también hubo problemas de seguridad, entonces, nos mandaron para Manizales y ahí nació otra hermana. Después, nos fuimos para Villa Colombia, también en el Valle —que era una zona ciento por ciento guerrillera— y allá nació otro hermano. Otra vez nos tocó irnos por la violencia y así fue como llegamos a Cali.

Nos la pasamos rodando mucho, huyendo de la guerra desde pequeños. Soy la mayor de nueve hermanos y me tocó criarlos mientras mi papá y mi mamá iban a sus actividades evangelísticas y de ayuda a la comunidad; todos somos regados de diferentes partes como Tolima, Caldas, Valle y Quindío. A los siete años, ya sabía hacer frijoles y arepas, salía a las seis de la mañana a la escuelita que quedaba a tres horas de la casa

y, después, caminaba otras tres horas de regreso. Eso para mí no era un sufrimiento, eso era parte del diario vivir.

En el Valle, pudimos echar raíces por trece años. En ese tiempo, mi papá formó una megaconstrucción con más de quinientos fieles y le empezó a ir mejor económicamente. Allí estudié becada en el colegio; ahí fue que me di cuenta de que la religión era el opio del pueblo. ¿Por qué nosotros debíamos tener tanta abundancia de comida, tener una empleada para lavar la ropa, otra para cocinar, tener un chofer que nos llevara a la escuela en carro, mientras que la mayoría, los más pequeñitos, en medio de las posibilidades de la iglesia, sufrían tanto? Eso era algo que yo nunca acepté. Tengo fe, creo en Dios, porque eso va en mí, pero pienso que el cristianismo debe ser justicia social también.

### «En la universidad me hice militante»

Pasé a la Universidad del Valle, en Cali, y hui de mi casa a punto de cumplir los 18 años, porque mi papá y mi mamá decían que la universidad era un «antro de prostitución»; yo, con un Icfes bien alto y con una carrera que quería hacer, me fui. Ingresé a la carrera de Biología.

Cuando yo me vuelo de la casa, se cierra ese ciclo de estar «atetada» al papá y a la mamá; entonces, ya me sentí libre, independiente, ya no quería vivir con ellos ni depender económicamente. Mi papá siguió en la religión y nunca me

ofrecieron ayuda, pese a que la necesitaba económicamente; nunca lo hicieron, como un castigo por mi decisión. Todo me ha tocado a mí con mi esfuerzo y es como yo pienso que debo vivir.

Incluso, supuestamente, yo tenía un lote que me habían comprado en el barrio Villa del Sur de Cali; esos eran lotes de doscientos cuarenta y tres metros cuadrados. Me alimentaron la esperanza de que ese lote era mío, pero, cuando yo quise pedir mi lote, me di cuenta de que lo tenía otra persona: lo habían vendido sin mi consentimiento ni informarme; entonces, más decepción todavía. Cuando supieron que estaba con la insurgencia, me dijeron que Dios me iba a condenar y que ya estaba en el infierno. Nos reencontramos casi diez años después de que me fui.

Para esa época, cerraron la Universidad del Valle por casi un año, por la muerte del estudiante Hernán Hoyos. El Comité Estudiantil era muy beligerante; entonces, había gente del M-19 y del PCC-ML, y me convencieron de vincularme con este partido. En ese contexto, conocí a mi compañero Luciano, quien era reportero gráfico y andaba con una cámara Canon AE-1 profesional, con la que tomaba fotos para el periódico *Revolución*. Me enamoré de él porque era altote, de pelo en pecho, barbón y lindo; era muy bello y también muy inteligente. En parte, por él me articulé directamente a esta organización en particular: los lazos del amor eran muy fuertes.

Nosotros esperábamos que llegaran las tanquetas de la Policía para tirarles molotov y papas explosivas, y nos ganábamos

bolillazos. Cuando se hacían las marchas con todas las centrales obreras, salíamos con mochilas con piedras y rompíamos los avisos de los bancos. Me acuerdo de que, en una de esas, de una sola pedrada, destruí el letrero del Banco Ganadero que quedaba comenzando la avenida Roosevelt con 5.<sup>a</sup>, lo que ahora es un puente; una piedra y ¡pum!, ese aviso para abajo.

Yo, además, era muy buena grafitera: en cuestión de 10 segundos hacía una consigna. Por ejemplo, con rojo escribía: «¡Viva el EPL!», con todo y la estrella, y, si me quedaba más tiempo, le ponía el fusil. En otra mochila cargábamos el periódico *Revolución* y, cuando llegaba el momento de repartirlo, había que tirarlo con fuerza para que le llegara a mucha gente.

## **Con el periódico *Revolución* y el boletín del EPL, vivíamos intensamente porque nos podían matar**

Mi compañero me vio muy activa con lo de los grafitis y todo eso; entonces, me dijo: «Compañera, venga a hacer el periódico *Revolución*. Se necesita una persona como usted para que escriba, para que ayude a digitar el periódico *Revolución*». Para ese momento, el *Revolución* se sacaba con mimeógrafo, es decir que se hacía un estencil y con espátula se iba imprimiendo. Las fotos las revelaba él mismo y se trabajaban manualmente con carboncillo para publicarlas, para que se vieran bien.

También había un órgano informativo del EPL que se sacaba así, con mimeógrafo; era una hoja tamaño oficio doblada por la mitad: se imprimía un lado y, luego, el otro lado y, después, se doblaba. Era el boletín EPL, pequeñito y en blanco y negro. Yo los coleccionaba todos, les ponía fecha, y tenía un apoyo que me guardaba todos mis archivos. Yo me los devoraba, y hasta me aprendía todo el libreto, pues.

Lo hacíamos en diferentes casas de apoyo, y nunca nos estancamos en una sola parte. Una célula se encargaba de estar pendiente de que no nos siguieran, y no usábamos teléfonos porque el DAS los chuzaba. Nos comunicábamos por bíper; de hecho, todavía guardo el mío.

Por esos años, el partido quería dar el viraje al tabloide para la impresión del periódico *Revolución* y, por eso, estaban necesitando a alguien que apoyara ese tránsito. En 1980, Luciano se fue para Bogotá a organizar todo ese asunto y, a los tres meses, volvió por mí y me llevó. Ya éramos pareja en ese momento y estábamos enamoradísimos: vivimos un romance muy intenso y muy rico en apego. Aprovechábamos el momento, porque sabíamos que nos podían matar, entonces, vivíamos todo intensamente. Cuando él me fue a recoger al Valle, yo ya estaba en embarazo de la niña, que ahora está exiliada en Miami y es actriz.

Uno podía escoger el nombre que a uno más le gustara para usarlo dentro de la organización. Si, de pronto, alguna compañera había muerto, uno rescataba el nombre de esa persona muerta y lo asumía para uno. Yo no recuerdo bien

por qué, pero decidí llamarme Natalia, quizás por sugerencia de algunas compañeras; la verdad no recuerdo tener algún motivo político. Al poco tiempo, sucedió el caso de Marisela Niebles, una compañera que fue un referente de fortaleza, una mártir: ella fue torturada y asesinada por el Ejército en el Bajo Cauca, estando embarazada; aún la admiro mucho. Cuando eso pasó, quise llamarme Marisela, pero ya me conocían como Natalia y así me quedé.

En Bogotá, Luciano estaba al frente de las cédulas, o sea que, cuando algún compañero se «quemaba» o tenía que salir del país, a nosotros nos llegaban los paquetados de cédulas para asignarlas a quien lo necesitara. Yo las clasificaba, dependiendo de si eran de mujeres o de hombres y por edades; nos quedaban tan perfectas que no tenían nada que envidiarle a las del registrador nacional.

Luego, dejé de ayudarle tan activamente a él en la parte de las cédulas, porque ya el *Revolución* había armado toda su infraestructura. Entonces, me mandaron a hacer un curso que duró como un mes, en la IBM, con el fin de aprender a manejar la nueva máquina que tenía una memoria para 8000 caracteres. Aprendí a hacer las cuartillas, ya fuera de dos o de cuatro columnas de tamaño tabloide, y mi compañero, ya con su cámara profesional, mandaba las fotos. A mí, me tocaba transcribir con muy buena ortografía, redacción y puntuación: fui muy buena en la digitación, yo creo que era un don que tenía desde el colegio, porque era muy buena para mecanografía y para taquigrafía.

## **De día: Textos Gran Angular, de noche: periódico *Revolución***

La empresa que tenía el PCC-ML, en donde hacíamos el periódico, se llamaba Textos Gran Angular y quedaba en la carrera dieciocho con calle cuarenta y ocho del barrio Palermo, en Bogotá. Era una esquina, al pie quedaba una emisora y en la otra esquina, otra emisora y esa empresa, Textos Gran Angular, funcionaba al público. Teníamos cámara de comercio, sala de espera adonde llegaban las personas a sacar sus impresos de avisos, tarjetas, tabloides pequeñitos, paginitas, un volante; entonces, a mí me tocaba hacer esa tarea de diseñarles y sacarles. Como era buena para el dibujo, rápido le captaba a la persona lo que quería y, casi siempre, el primer impulso que tenía era lo que la persona necesitaba, pero, cuando se cerraba a las seis de la tarde, en el Textos Gran Angular empezaba el verdadero trabajo, que era sacar el periódico *Revolución*.

Se armaba por cuartillas y se imprimían tiras largas de texto que sacaba la máquina electrónica de 8000 caracteres; eso se enceraba por un lado y, luego, se armaban las páginas. Con las persianas cerradas, un poco oscuro y con mesas de luz, lo sacábamos. No poníamos nuestros nombres en la parte donde va el editor, diseñador, diagramador o corresponsal fotográfico, porque sabíamos que eso era un riesgo muy grande.

Quienes decidían el contenido, la portada y todo eran compañeros y compañeras del comité ejecutivo del partido, y así

se trabajaron varios años sacando el periódico *Revolución*. Siempre tocaba leer con sentido cada artículo para saber dónde no había coherencia o cuándo había que, de pronto, recortar un artículo porque no cabía en la página. Entonces, tenía que saber leer muy bien para saber qué parte del artículo uno cortaba, para que no perdiera sentido. Una vez hice un artículo que fue editorial.

El partido me daba 30 000 pesos mensuales de la época para mis gastos; yo los mandaba a Cali para la niña y, de vez en cuando, encontraba la manera de comunicarme con mi mamá, sobre todo para calmar su mente cuando ella quería saber de mí. Esos años fueron una escuela para mí, porque yo tenía las ideas claras de lo que era el proceso social, pero no era tan estructurada. Yo encontré en ese grupo y en ese trabajo mi lugar; además, con mi compañero, no sabíamos en qué ni en dónde trabajaba el otro, pero sí llegábamos a la misma casa con la hija. Se trataba de tener normas de seguridad porque éramos muy perseguidos; es que no es mentira.

**«Sacrifiqué la maternidad  
por el partido, pero vino mi  
separación y marginamiento»**

Cuando empezó a hablarse de la tregua, redoblamos las normas de seguridad porque sabíamos que había personas que

estaban saliendo de su caparazón y podíamos ser frágiles, pero el periódico siguió saliendo y nunca se dejó de publicar<sup>25</sup>.

Otra de mis labores fue atender a gente que venía de otros países; por ejemplo, una vez, tuve que cocinarles a tres camaradas: uno de España, uno de Francia y otro de otro país que no me acuerdo. Esa era una labor que nos asignaron a personas de mucha confianza y la verdad es que yo realmente conocía muy poco de los paralelos que se estuvieran dando en ese momento con experiencias revolucionarias y formas de lucha de partidos hermanos de otros países. O sea, entre menos supiera uno, más vivía, digamos.

Para mí, fue de mucho sufrimiento esa época porque yo, a mi hija, no la pude ver crecer. Me tocó mandarla muy pequeña para donde la abuela paterna, en Cali, porque era mucho el trabajo; me tocó sacrificar la maternidad por el partido. No me arrepiento porque aprendí mucho, pero sacrifiqué los mejores años con mi hija, no los disfruté y ya se fueron, y esos tiempos nunca se recuperan.

---

25 Se hace referencia al acuerdo de cese al fuego, tregua bilateral y paz suscrito entre el gobierno del expresidente Belisario Betancur y las guerrillas EPL y M-19, el 28 de agosto de 1984 y que duraría hasta finales de 1985. Durante este periodo hubo equipos de vocerías nacionales y regionales del EPL para actuar en la legalidad, así como sedes en Bogotá y otras ciudades; además, los voceros participaron en las comisiones de paz, en las comisiones de diálogo nacional y en actividades políticas. Este contexto permitió el reconocimiento del periódico *Revolución*, el cual, entonces, llegó a tener registro legal; sin embargo, al romperse la tregua, *Revolución* siguió siendo editado y distribuido por medio de mecanismos clandestinos.



Figura 6. Ruth, Luciano y su hija.

Fuente: archivo personal.

Además, resulta que mi compañero me puso «los cachos» y eso fue muy duro, porque, tras de que casi no nos veíamos, yo era ciega, sorda y muda por él. Fue una vecina la que me contó que él llevaba a otra muchacha a la casa cuando yo no estaba; eso para mí fue un choque, el fin del mundo. Ya no quería saber ni del partido ni de nada, no tanto porque no quisiera saber del partido en lo político, sino que yo enloquecí y eso coincidió con la ruptura de la tregua.

Decidí separarme de mi pareja y marginarme del partido, porque consideré una deslealtad que no lo controlaron y lo dejaron hacer eso con una muchacha que también era militante; además, yo veía la muerte muy encima, así que regresé a Cali y encontré trabajo en lo que yo sabía hacer: digitar. A partir de ese momento, me hice cargo de la manutención de mi hija, porque el partido dejó de enviarme dinero; en todo caso, yo ya no quería nada ni plata. Primero, trabajé en Ultratextos y, luego, en la Editorial XYZ.

A Luciano, también le dio duro la separación y él toda la vida había soñado con ser guerrillero; ese era un sueño frustrado de él. Al separarse de mí, pidió el traslado y, como se había roto la tregua, era necesario volver a retomar lo que antes se hacía. Entonces, en agosto de 1986, lo mandaron con un compañero del M-19 para La Hormiga, en Putumayo, a formar un frente por allá. Él fue en trabajo de campo, con la cámara, haciéndose pasar por una persona ambientalista que tomaba fotos, pero resulta que el 20 de noviembre de ese año lo asesinaron; yo aún no sé muy bien qué fue lo que pasó. Creo que al compañero que iba con él —que recién había salido de la cárcel— lo iban siguiendo.

Uno nunca supera eso: yo ya hablo sin agua en el alma, digámoslo así, ya las aguas se me acabaron, las lágrimas se me secaron. Me acuerdo de que Luciano me mandó unas fotos de un entrenamiento que tuvo y yo intentaba volver a enamorarme y lo vi así con su fusil al hombro. Estábamos en conversaciones a

ver si volvíamos, tanto así que ya le había conseguido un puesto en la editorial, porque yo no me veía con otro hombre y también por mi hija. Él era ese referente para mí en todo sentido; era humilde y yo lo amaba realmente, pese a la infidelidad.

El jueves 16 de noviembre de 1986, a las 5 de la tarde, me entra una llamada de él y le digo: «Ya te conseguí trabajo acá. Deja ese partido, vente ya para acá», y él dijo que no. Él sí fue fiel hasta el final a la organización, no como yo: «Yo tengo que terminar esto que estoy haciendo, y, si el domingo no he llegado ni me he comunicado, es porque algo me pasó».

## La niña se despertó llorando

El sábado siguiente, como a las 11 de la noche, la niña se despertó llorando: «Papá, papá, papá», y yo le tocaba el corazón. Escuchaba los latidos del corazón de mi hija, y sentía como un tormento, como un ahogo en esa pieza: «Mi papá, mi papá, mi papá. Yo quiero ver a mi papá». Yo sentía que también quería verlo y sentía que el corazón se me salía; ya pasaban las 12 de la noche, llegó una calma, y yo dije: «Lo mataron», y sí, lo mataron.

Ese mismo jueves que él me llamó, lo cogieron efectivos del Ejército por la noche llegando a La Hormiga con el compañero del M-19; tenían un mapa de la Caja Agraria y un revólver. Un hermano mío, que estaba en La Hormiga trabajando para Diego Montoya, me dijo que Luciano estuvo tres días en tortura hasta que lo mataron; nadie más me comentó nada de las torturas.

Era sabido que los paramilitares trabajaban conjuntamente con el Ejército en contra de la guerrilla, y se sabe también que «pueblo chiquito, infierno grande»: por allá corría como el agua la información de si había llegado algún desconocido.

El domingo esperé a que llamara, pero yo sabía que no iba a llamar. El lunes fui a donde la mamá y ella sentía que algo, así parecido, le había pasado también. Ella lloraba y lloraba, y no sabía por qué; yo ya sabía que él ya estaba muerto. Me hubiera aceptado, se hubiera volado y estaría bien. A través de un camarada que estaba ahí con su mamá, y como su hermano era también de la organización, se empezaron a mover para la búsqueda de Luciano y del otro compañero. Mandaron a dos abogados y a la hermana a buscarlos para que no se les violara el debido proceso en caso de que estuvieran detenidos, pero, cuando ya ellos llegaron, no los encontraron.

Entonces, un soplón de la Domingo Lalinde del Ejército, que estaba acantonado allá, a cambio de plata, contó lo siguiente: «Sí, a él lo cogieron, él llegó acá y está allá: ¿ve esos gallinazos qué están allá? Ahí está». La hermana y los abogados fueron a mirar y lo reconocieron, ya muerto, por un tatuaje que tenía. Ella me contó que los gallinazos ya le habían sacado los ojos y que le habían dicho que murió gritando: «¡Viva el glorioso Ejército Popular de Liberación!», y con esa frase él murió, repitiéndola una y otra vez. Yo sé que él sufrió bastante para morir.

Milton, que era el hermano de Luciano y que también estaba en la organización, llamó a la mamá y le dijo: «Ya apareció».

Por un momento, ella se puso feliz, hasta que Milton le dijo: «Pero apareció muerto». Luego, hermana y abogados interpusieron la denuncia, pero la casa, con todos los expedientes, fue quemada o, al menos, eso fue lo último que supe, porque yo quise ir para allá, pero me dijeron: «No vaya, porque no va a encontrar nada».

Años después, me reencontré con un compañero que me dijo que Luciano y sus compañeros, allá en Putumayo, sí habían alcanzado a robar la Caja Agraria. No me consta ni puedo decir cuánta plata fue, pero me dijeron que él, incluso, había pedido que me dieran algo a mí, porque yo estaba sola con la niña, que cuando llegaran aquí, que, por favor, pidieran algo para darme a mí, y, supuestamente, me mandaron algo con alguien y ese alguien, supuestamente, tuvo esa plata y se fue para Estados Unidos; no sé quién era, pero, según la versión que conozco, se fue con esa plata. Lo que sí sé es que Luciano, en medio de todo, me amaba muchísimo. Siempre que tenía la oportunidad de llamarme, de hablarme, de decírmelo, siempre me lo decía.

Ahora mismo no sé nada sobre el caso, no sé cómo va, porque todas las puertas que toco al respecto se cierran, y yo sé que eso tiene que ver mucho con que no se ha permitido esa libertad para que se pueda conocer la información sobre lo sucedido con los casos parecidos al mío, tal vez porque hay demasiados casos e intereses por ocultar que, con los años, fueron aumentado hasta la actualidad. Entonces, un caso más,

un caso menos, pero ya tengo todos los documentos de él para iniciar el proceso, a ver si me reconocen como víctima.

El partido también se olvidó de mí y eso sí que me duele. Eso no lo entiendo: ¿por qué con unos fueron tan duros, como conmigo, y con otros fueron tan permisivos? A mí sí me gustaría tener, alguna vez, alguna respuesta.

### **Desconfianza ante la paz: «exijo reparación al Estado y sigo mi labor comunitaria»**

Cuando supe que iba a haber acuerdo de paz con el EPL, tuve desconfianza; siempre he sabido que eso son trampas del Gobierno. Yo nunca he creído en las amnistías; he pensado que eso es un arma de doble filo para sacar a la gente de los escondites y, luego, el DAS y otros organismos de seguridad los persiguen, los interceptan.

A nosotros, nos exterminaron, eso fue un exterminio muy bravo; eso no solamente fue con la Unión Patriótica que fue exterminada, a nosotros, prácticamente, nos aniquilaron. Aunque estuve de acuerdo con la constituyente que se logró en 1991, y que mucho la promovimos, nunca creí en la voluntad del Gobierno de hacer la paz, porque creo que al que se desmoviliza lo matan: mejor dicho, si no mueres es porque estás muy de buenas.

Luego de todo eso que les cuento, pasé muchos trabajos con mi hija, muchos. No pude criarla y yo quería criarla, pero no pude, y eso la marcó a ella también. De hecho, tiene un libro en donde cuenta la historia del papá y la visibiliza. Ella, prácticamente, está exiliada allá en Miami, porque hace un año mataron también al marido y eso nos acabó a todos.

A ella, le quitaron todo también, nos quedamos sin nada; la única tablita de salvación es que, de pronto, nos den la reparación, pero ¿cómo?, ¿cómo hacer realidad ese sueño? No hay nada que recupere la vida de una persona, pero el poder pensar que, en algún momento, tenga yo una casita para vivir en una montaña, sembrando agua, porque el agua se siembra, y yo soy buena para sembrar: soy muy dada a que el pepino, que el tomate, que el cilantro, que la huerta...

Después de que haya agua, para mí, no es difícil poner una chocita y vivir, y poder tener mis perros, pero no sé qué puertas tocar. No sé cuál es el mapa de ruta para llegar con el registro civil de nacimiento de él, que vean que en el búnker de la Fiscalía reposa el expediente, que yo estuve hasta tratando de entrar al búnker de la Fiscalía con un abogado y no me dejaron llegar al expediente de él; yo sé que está ahí. Es uno de los motivos que tengo para estar aquí contándoles mi historia, a ver si ahora, en este nuevo momento de la historia, pasa algo, porque uno trabaja y trabaja y no ve el resultado.

Uno cría a los hijos con las uñas, prácticamente; tengo tres y me siento bien porque ninguno se me perdió: la mayor que

nació en el 82, que es la hija del camarada, tiene 42 años, el otro tiene 34 y el último tiene 26. Ocuparme de la crianza de mis hijos me copó la vida, prácticamente; no me quedó tiempo para más que para ser papá y ser mamá: no pude dividirme más, como hubiese querido.

En la Editorial XYZ trabajé diez años. Fui jefa de arte y de diseño, y eso se lo debo al partido, que me preparó, y a la cualificación que me dieron en Ultratextos. Era, como se dice, una persona de mucho trabajo, de trabajar horas extras, lo que fuera; a mí me representaba muy buen ingreso económico el trabajar horas extras en las editoriales.

Infortunadamente, cuando Álvaro Uribe subió al poder, las artes gráficas se quebraron, lo que significó muchos despidos masivos, y de esos diez años a mí no me quedó ni siquiera media pensión. Esa empresa entró en concordato y los más vivos fueron los que se salvaron; esas personas se preocuparon más por sacarnos de una liquidación en una empresa en concordato y sacarnos con cualquier cosa, antes que pagarnos con justicia.

Para mí, eso es el trabajo que yo he tenido, las artes gráficas; también he trabajado en internet transcribiendo textos. Gracias a que una de mis hijas practica la natación, también produzco elementos de protección auditiva para nadadores; con eso saqué a mi hija, la deportista, adelante, con esa protección auditiva. Entonces, nunca me he quedado quieta, siempre he sido proactiva para conseguir el dinero.

No puedo decir que ya viví lo que iba a vivir, porque yo no me quiero morir; en este momento, yo puedo defenderme. Yo hago lo de protección auditiva, hago trabajo comunitario, yo vendo una cosa, la otra, trato de cuidar bien mi salud, de tener mi propia huerta, porque uno no tiene la vida comprada, pero esos niños que están creciendo, mis nietos, son los que hay que proteger, los que hay que cuidar, los que hay que rodearlos de unas condiciones psicológicas, una crianza con principios, con valores, con ética, que yo quisiera ayudarle a mi hija a criarlos.

De pronto, es un dicho muy vago, pero no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista; los cambios políticos se vienen dando y, cuando yo veo que se avanza, pues yo digo que vamos por buen camino. No he podido participar activamente por la misma situación de tener que trabajar; las posibilidades de uno ser triunfante en lo que uno quiera han sido muy escasas todos estos años, pero he tenido trabajo comunitario.

En la vereda donde trabajé en años recientes en un municipio del Valle, siempre tenía que ver con la Junta de Acción Comunal, con el Comité de Medio Ambiente, con ayudar a ver que a alguien se le cayó la casita, se le quemó. En la Junta de Acción Comunal de la vereda donde estuve casi cinco años, hice el Plan Nacional de Desarrollo Comunitario: trabajamos casi un año en la propuesta y, al final, fue aprobada.

Con el Comité de Medio Ambiente hacíamos una reunión y no éramos sino una o dos personas, pero, aun así, yo no me daba por rendida. Por ejemplo, hubo un incendio en el

cerro y necesitábamos 1500 árboles; los donaron y formamos comités y brigadas para hacer una sembratón. Ahorita, estoy en un barrio popular de Cali, ayudando a construir una casa donde hay ancianos, donde hay vidas vulnerables.

Uno no deja eso del trabajo por la comunidad, aunque lo hago como una tuerca suelta. A mí me gusta, a mí me apasiona ese tema de estar vinculada al progreso del pueblo colombiano. Tengo ese palito para mover la comunidad, ese carisma, para llegarles a las personas y motivarlas.

Siempre ejerzo mi derecho al voto según el desarrollo de los acontecimientos políticos, ¡el voto popular se respeta, carajo!, como dicen. Yo creo en la gobernanza del pueblo y para el pueblo, y estamos cada vez alcanzando más peldaños, porque todo está en la educación. Los medios alternativos pesan mucho, porque ellos informan y no es difícil. El colombiano es una persona muy inteligente, lo que pasa es que no se ha informado bien.

Justamente fue por medio de la Junta de Acción Comunal que llegué a una fundación que trabaja en la visibilización de casos de desaparición forzada. Por medio de ellos, salió un artículo en *El Espectador* donde expongo el caso de Luciano; eso sí, mi participación en la guerrilla la he tenido cerrada al público. La gente ve en mí esa proactividad en la comunidad porque me nace, porque es mi espíritu, pero, realmente, esta parte de mi vida la conocen muy pocos, la he mantenido cerrada por seguridad, digámoslo así.

He bajado la guardia en el marco de la apertura democrática, porque veo que hay buenas posibilidades, pero aún no la bajo en el sentido de que, por ejemplo, la dirección donde vivo no me gusta darla y me muevo, me estoy moviendo, porque, pues, sé que hay personas que contribuyeron con la muerte de mi compañero que me podrían acallar matándome, pero, pues, yo ya no les tengo miedo. Ya siento que mis hijos están bien, y yo ya estoy como en retirada y sola, entonces, me estoy jugando la última carta de la vida que es poder tener una vejez.

Al Estado, me ha tocado arrancarle una ayuda del adulto mayor. Yo recibo, desde que tengo 54 años, una ayudita que, en este momento, me representa 80 000 pesos mensuales; a veces, es mejor lo poco con justicia que lo mucho sin ella. Ustedes supieran todo lo que yo hago con esos 80 000 pesos. Ustedes supieran cómo yo, con las uñas, he logrado sacar adelante mi vida, y no es una queja ni me estoy poniendo de víctima; no, en ningún momento. A mí me gusta trabajar y sé que el Estado, en este momento, tiene para nosotros, los adultos mayores, trabajos para poder ser remunerados.

Yo sería muy feliz aceptando un trabajo así, o que me dijeran: «Vea, compañera, allá en esa loma hay una casita, vayan a vivir allá y no tienen que pagar nada», como una reparación por lo que le pasó a Luciano. A mí sí que me gustaría, aunque eso está un poco embolatado, pero sé que algún día llegará.

## «En la militante hay honestidad, sigo siendo la que soy»

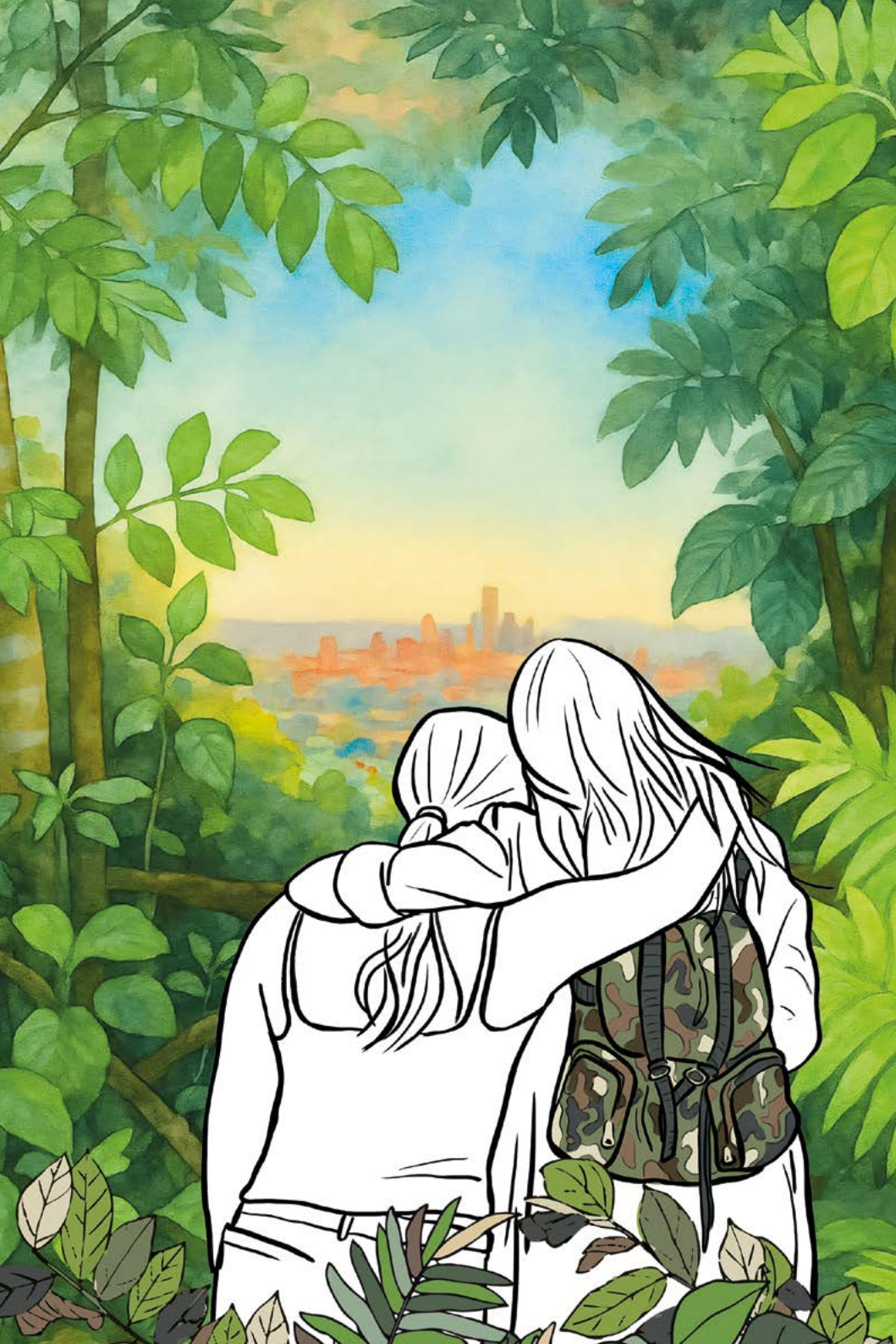
Ahora, en retrospectiva, analizo que el trabajo del PCC-ML y del EPL era en beneficio de las clases menos favorecidas, y esa ha sido y sigue siendo mi vida. Si yo tengo la oportunidad de servir a alguien, lo hago con mucho gusto y con mucha alegría, sin esperar nada a cambio. Creo que hay que seguir en el trabajo con las bases, continuar en esa brega, porque es lo que arrastra a las masas: cuando uno se mete allá, cuando uno trabaja de la mano con el pueblo, cuando uno muestra ese amor por la comunidad, y eso es como una llama que crece y se riega rapidito. A mí me gusta eso, yo no veo mucha diferencia entre los ideales de antes y los de ahora.

A mí, me sirvió mucho el haber trabajado con el partido, me identifiqué; que me haya decepcionado muchas veces no tiene que ver con nada, porque las necesidades siguen y todos necesitamos ser apoyados los unos por los otros. Ese es el sentido de la vida; yo no le encuentro sentido a una cosa diferente que lo amen a uno porque uno ama también, y porque uno sirve y deja esa satisfacción tan grande del gozo de servir.

Como mujer, pienso que en la militante hay más honestidad, porque nosotras sabemos lo que es la vida, somos dadoras de la vida. Yo le creo mucho a la mujer militante: una mujer militante difícilmente cambia de parecer, porque así yo me haya marginado, yo nunca he dejado de ser la que soy. Creo en la

pasión de espíritu; cuando uno toma una bandera uno va para adelante. A mí me gustaría que la militancia fuera toda más femenina, porque nosotras somos muy entregadas, aunque el hombre es muy inteligente; o sea, no podemos prescindir de ellos, pero el trabajo de base lo hacemos nosotras.

Por eso es que creo que este ejercicio que estamos haciendo de contar nuestras historias es muy valioso, porque esto es revivir la historia, que no se puede opacar ni quedar oculta. Esto tiene que salir a la luz, esto es parte de nuestras vivencias y eso es respetable: esto es muy lindo.



# Ángela, la Mona:

**«¿Qué tan preparadas estamos  
para estar en la paz?»**



**N**ací en Duitama, Boyacá. Provengo de un padre boyaco, godo, machista, y de una madre nicaragüense, un ser caribe con una historia de vida y visión del mundo distinta. Ambos se conocieron estudiando en México, se casaron y decidieron vivir en Colombia; él era técnico en maquinaria agrícola, trabajó siempre con el SENA, y ella era maestra. Ellos ya no están.

Cuando tenía siete años, una disputa, y la diferencia de culturas y vida, hizo que mi madre decidiera regresar a Nicaragua, donde se encontraba mi hermano estudiando Medicina. Le dijo a mi padre: «Me voy con mis dos hijas, y me voy a separar». Cogimos nuestras maletas y llegamos a Nicaragua en 1977; a los días, asesinaron a Chamorro<sup>26</sup>, y ahí empezó todo el tema de la revolución nicaragüense. En mi familia había dos facciones: una somocista, donde había un militar y una

---

<sup>26</sup> Pedro Joaquín Chamorro, periodista y político nicaragüense, opositor de la familia Somoza, fue asesinado a tiros el 10 de enero de 1978 en la ciudad de Managua, hecho que aceleró la insurrección del pueblo nicaragüense y el apoyo al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), el cual logró el triunfo de la Revolución el 19 de julio de 1979.

tía que era maestra en la Guardia Nacional; y otra sandinista, que había estudiado en la Universidad Autónoma de México en los años sesenta. Entonces, ellos tenían una visión distinta de todo; en Navidad se reunían a pesar de sus diferencias y yo los escuchaba intentando comprender cuál era el meollo de sus fuertes discusiones.

La familia de mi mamá era de Estelí, un pueblo preponderante durante la revolución nicaragüense. Recuerdo que, un día, estaba en la calle con mis primitos y empezaron a caer volantes; yo vi que eran de color rojo y negro, me pareció superlinda esa combinación y me pregunté: «¿Algo tan lindo cómo va a quedarse botado en la calle?», y empecé a meterlos por debajo de las puertas. Cuando mi mamá se dio cuenta, me regañó fuertemente: era propaganda sandinista. En ese momento, en la esquina de la casa, a un chico que era sandinista se le estalló una granada muy cerca de donde estábamos; era un muchacho cercano a la familia. Esas vivencias me marcaron mucho de niña.

Mi mamá tenía planes de quedarse en Nicaragua, pero, ante la guerra, por mi hermana de quince años y por mí, la menor, dijo: «No, yo me devuelvo para Colombia; aquí no hay condiciones para quedarse». Durante ese periodo, mi padre se volvió radioaficionado para comunicarse con nosotros desde Colombia, pues a través de teléfonos era muy difícil, y así la volvió a conquistar, así que retornamos a Colombia y volvimos a vivir juntos.

Yo, desde ese momento, estuve pendiente de lo que pasaba en Nicaragua, tanto que empecé a recortar y a coleccionar

todas las noticias que salían de Nicaragua, colección que ya, cuando era militante, abandoné en algún lugar ante un posible allanamiento. Ahí se perdió todo eso, pero desde niña tuve esa inquietud.

Posteriormente, vino la familia de mi mamá: mi tía, mi abuela y una prima llegaron como refugiadas de Nicaragua, y contaban historias de la guerra. Por ejemplo, recordaban a mi tío que era militar y que, mientras estaba en el campo en una confrontación, se encontró con un amigo de él, sandinista, y yo creo que, como ellos tenían esa ética en la familia, le dijo: «Hermano, váyase, yo vengo con el Ejército», pero eso llegó a oídos del Ejército y, como retaliación, lo enviaron al campo de combate con unos reclutas que ni siquiera sabían manejar armas; prácticamente, lo enviaron a morir. Un hijo de él que era piloto, cuando se enteró de lo que estaba pasando, no dudó en tomar un helicóptero para sacar a su padre del peligro.

Entonces, yo empecé a escuchar todas esas historias y, también, las historias de una hermana de mi abuela, cuyos hijos eran todos sandinistas. A mí, me llegaban todos esos relatos y yo los recreaba en mi mente...

## De mantequilla a capuchas...

Mi hermana mayor, en el bachillerato, se consiguió un novio perteneciente al M-19. Él le empezó a compartir documentos de política, y recuerdo que era un chico que se movía con algunos

negocios en Duitama, pues, desde temprana edad, tuvo que hacerse cargo de su familia económicamente. Mi mamá, en ese entonces, cosía, y recuerdo que, una vez, el muchacho le pidió que fabricara unas bolsas para empacar una mantequilla de vaca que estaba produciendo; luego, supe que las bolsas eran en realidad capuchas. Después, él estuvo preso en El Barne<sup>27</sup>, por el robo de las armas del Cantón Norte del Ejército por parte de esta guerrilla<sup>28</sup>.

Todas esas cosas, yo las fui viviendo y me fui involucrando en el tema político; en ese momento, entendía un poco más de qué se trataba: había unas personas que querían cambiar el mundo y el país, y otras que no, y, bueno, empecé a leer muchas historias desde muy pequeña porque sufría de bronquitis y no me dejaban salir a jugar. Leía sobre temas políticos y empecé a asistir a reuniones en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC) en Duitama, que quedaba a cuadra y media de mi casa. Iba a escuchar lo que decía la gente y un día, en 1985, cuando tenía catorce años, conocí a unos chicos de la Juventud Revolucionaria de Colombia (JRC).

Recuerdo que era el Día del Estudiante y había una reunión con muchas fuerzas: había gente del M-19, del MOIR, del ELN, de la JRC... En la UPTC, como universidad pública de carreras

---

27 Cárcel de máxima seguridad ubicada en el municipio de Cóbbita, Boyacá.

28 El 31 de diciembre de 1978, el M-19 realizó un asalto armado en el que miembros de esta guerrilla hurtaron más de 5000 armas del depósito general de las Fuerzas Militares del llamado Cantón Norte en Bogotá.

técnicas, confluía mucha actividad, porque venía gente de muchas partes del país a estudiar: de Barranca, de la costa, de Antioquia; había diversidad de gente, así como diversidad política. Ese día, unos chicos empezaron a repartir una propaganda y me hice amiga de ellos; empezaron a hablar del tema político y yo, de una, me involucré.

En ese momento, estaba buscando en qué lío meterme, estaba buscando dónde hacer tribu política y no de otro tipo, y los encontré a ellos y empecé a conocer todo el trabajo que tenían. En Duitama, estaban relacionados con el sindicato de la Sociedad de Fabricación de Automotores (Sofasa) que, para ese momento, estaba influenciado por el PCC-ML, ya que su presidente era militante.

## **A nosotras nos reclutó la realidad del país**

Entre las idas al sindicato y las reuniones de la Juventud, empecé en los núcleos a estudiar temas como el marxismo, el comunismo, en fin, a leer mucho. También, en los núcleos se hacía música, teatro, pintas, entre otras actividades, pues el trabajo de la Juventud era vincular más personas y la estrategia era a través de actividades culturales que permitieran ampliar el espectro de conocidos y expandir el discurso.

Luego, seis meses después, ingresé al partido y participé de los Círculos de Estudio y Trabajo Revolucionario<sup>29</sup>; no sé si era porque yo era muy activa o porque, simplemente, el ritmo político era ese. Nosotros, estando en la Juventud y en el partido, realmente pensábamos que la revolución se hacía al día siguiente, y aún más en mi caso particular, ya que había visto toda esa película de Nicaragua, yo venía con eso, de que tocaba hacer todo rápido, de que no era de pensarlo tanto.

Hay una reflexión bien interesante que hacer y lo hicimos con las mujeres excombatientes, porque muchas llegamos siendo muy niñas y, en este momento, muchas dicen: «¡No al reclutamiento de menores!» y, cuando nosotras llegamos allá, llegamos con la fuerza que le da a uno la juventud y convencidas de no ser víctimas de ningún reclutamiento. A nosotras nos reclutó la realidad del país y lo que estábamos viviendo; eso fue lo que nos hizo ingresar o a mí, particularmente, al EPL.

Digamos que el EPL era una guerrilla muy rural que estaba intentando ampliar su trabajo urbano en ese momento. Yo creo que, por no ser de origen campesino y por mi activismo, entré como urbana. Toda mi experiencia me hizo ingresar al EPL con toda la conciencia, así como también algo en la sangre de querer cambiar las cosas, cambiar el país, la pobreza.

---

29 El Círculo de Estudio y Trabajo Revolucionario obedecía a la estructura de partido, fortaleciendo el trabajo juvenil y estudiantil. El trabajo propiamente de la Juventud se orientaba hacia núcleos más amplios, abiertos. En este sentido, se hablaba de núcleos y de círculos, siendo este último de formación política de militancia.

En mi casa también tuve ese ejemplo: mi madre siempre fue una mujer muy humanitaria. Recuerdo que, una vez, ayudó a una familia en la que mamá e hijos tenían sífilis. Los recogió, los llevó al hospital y estuvo pendiente; para mí, era muy duro ver una familia entera enferma, botada en una casa caída y sin ayuda.

Todo eso me hizo tomar la decisión, a mis quince años, de ingresar a la JRC en Boyacá; simultáneamente, mi madre se separa de mi padre y yo también de él. Me involucro en la actividad política; en ese momento, estaba el proyecto de hacer un frente en Tasco, porque era una zona que era muy activa y obrera de la industria minera —había mucha variedad de obreros y, para nosotros, era muy importante el trabajo obrero, por ser ellos considerados la vanguardia de la revolución—.

Yo llego en ese contexto y empezó también a llegar Lino, más conocido entre nosotros como el Viejo: guerrillero antiguo, de los años sesenta, con una mentalidad más campesina y un ritmo más pausado, también con una estructura política más ligada al maoísmo, por lo que los jóvenes empezamos a tener ciertos choques con él, pues veíamos frenado nuestro ímpetu.

El Viejo era muy tajante y muy militar; con el tiempo, pude tejer, a través de su compañera y sus hijos, una relación distinta con él. Cuando ellos se iban a reuniones, a veces, cuidaba a sus cuatro hijos y eso, para mí, era un gran reto como adolescente. Aprendí a dejarles señales en caso de que hubiera peligro: «Mire, esta ventana no la abra, pero si la abre es porque pasó algo. Entonces, si venimos y vemos la ventana abierta, sabemos que

no podemos entrar». Con el tiempo, comenzó a verme como a una hija, y tejí una relación con su compañera más afectiva y menos política, lo que afianzó lazos que, de otra manera, no hubieran sido posibles<sup>30</sup>.

En contraste con su rigidez, había otra figura que logró articular mucho con la Juventud: un sacerdote proveniente del norte de Boyacá. Yo, hasta ese momento, había escuchado de curas en el ELN, pero no en el EPL, y lo más curioso era que provenía de uno de los pueblos más godos de Boyacá: Boavita, cuna de los chulavitas, e irónicamente era un cura del PCC-ML, cómplice de la Juventud. Nos transportaba en su carro, nos invitaba a almorzar, estaba siempre presto para lo que necesitáramos. «Allá está el cura rebuznando en esa iglesia», decía el Viejo, quien nunca se tragó esa mezcla entre religión y revolución.

## El paro de 1988

Para ese momento, año 1987, yo culminaba mi bachillerato en un colegio privado a las afueras de Duitama. Esa época fue de mucho movimiento y paros y, como quería estar en todo, mis compañeros llamaban a la rectora: «Si sacan los buses del colegio, hoy vamos a quemarlos» y ese día no había clase.

Al culminar la secundaria, los planes familiares eran que la niña debía estudiar en Bogotá, pero yo deseaba mantenerme

---

30 Sobre el comandante Lino del EPL se hacen mayores referencias en la entrevista anterior de Cecilia, quien fue su esposa.

en Boyacá, donde desarrollaba mi trabajo político. Muchos, en esa época, e incluso el Viejo, decían: «Aquí lo primero es la revolución. Eso del estudio es una cosa secundaria», y los chicos de la Juventud postergamos la academia porque la revolución se iba a dar mañana: mañana íbamos a llegar a Bogotá con los camiones llenos de guerrilleros a la plaza de Bolívar y no había tiempo que perder, así que ingresé a la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC) en Duitama, pero si fui dos veces no fui tres a clases, ya que estaba en otros asuntos.

Empecé a ser muy visible en mi trabajo político en Duitama; incluso, compañeros de otras fuerzas nos advertían que podía ser blanco de ataques para desmoralizar a los demás compañeros, y ahí empezó el tema del cuidado. Para ese momento, habían desaparecido a un compañero del sindicato de Sofasa en Duitama y supimos quién de la Policía lo había hecho. También, a un compañero de la Juventud muy cercano que iba para Paz del Río en bus, llegando a un pueblo llamado Belén, personas de civil lo bajaron del transporte y lo torturaron; no sé cómo logró escapar. En ese contexto de la preparación del paro del 88, mi madre, que me secundaba muchas cosas, se enojó y me dijo: «¡Hija, tienes que estudiar!, ¡ya no más!», a lo que respondí: «Sí, mamá, yo me voy a estudiar a Tunja», y me fui, estratégicamente.

En ese momento, estaba configurándose la Coordinadora Nacional Guerrillera Simón Bolívar (CNGSB)<sup>31</sup> y, para el paro

---

31 En 1987, se configuró la Coordinadora Nacional Guerrillera Simón Bolívar, que agrupó a las organizaciones insurgentes colombianas del momento: las guerrillas

cívico nacional de octubre de 1988, ya teníamos trabajo adelantado con unos compañeros del ELN y del M-19. Con los primeros habíamos ubicado unas torres eléctricas para detonar y con los segundos nos articulamos para labores económicas.

Días antes de este paro, le hicimos inteligencia a un banco en Tunja. El EPL estaría en la contención, pero, desafortunadamente, al realizar el operativo, no encontramos un carro para transportar a los compañeros que entraron al banco, entonces, ellos decidieron tomar un taxi con el dinero y se dirigieron a las afueras de Tunja, cerca de la casa de uno de ellos; obvio, los cogieron a las pocas horas. Entonces, nos quedamos quietos porque esta acción fallida nos impidió continuar los planes con los compañeros del ELN.

## «Mamá, me voy para la guerrilla, me voy para el Putumayo»

En ese momento, mi compañero sentimental, otro compañero y yo estábamos «quemados», como les decíamos a quiénes eran más visibles y corrían mayor riesgo de seguridad. Por este motivo, Eduardo se trasladó a Tunja, Alejandro —mi compañero— y yo terminamos en el Putumayo, donde se

---

nacionales FARC-EP, ELN, EPL, M-19 y las milicias regionales PRT, MAQL y MIR PL. Esta coalición significó la construcción de unidad política y estratégica de la insurgencia y elevó la capacidad militar mediante coordinadoras regionales y acciones conjuntas realizadas entre los frentes de las distintas guerrillas ubicados en distintas regiones del país.

encontraba Felipe, mando importante del frente de esta región, procedente también de Boyacá. Por cosas de la vida, yo conocía a Felipe desde mi infancia: él vivía al lado de la escuela donde trabajaba mi mamá, me llevaban a su casa cuando ella trabajaba, había estudiado kínder con su hermana y él me acompañaba a atravesar los potreros de mi casa en Duitama para llegar al kínder cuando no me recogían, pues fui sobreprotegida, así que nos conocíamos de toda la vida.

En una visita de Felipe, y debido a los problemas de seguridad, el Viejo me dijo que me fuera para Putumayo, así que, a mis 16 años, recuerdo que era un diciembre, le dije a mi mamá: «Mamá, me voy para la guerrilla». Ella sabía que yo estaba involucrada, por las constantes reuniones que hacía en la casa y las advertencias a mis compañeros y a mí de que nos cuidáramos. Le dije que tenía problemas de seguridad; lloró. Yo me mantuve firme, bloqueé sentimientos; sin embargo, no dejaba de ser algo loco decir que tenía problemas de seguridad e irme directamente para un frente de guerra. Eso fue muy fuerte, pero, bueno, me fui para el Frente Aldemar Londoño del EPL en Putumayo.

Viajamos con Alejandro, que por esos días también estaba en Boyacá, ambos sin un peso, y llegamos justo en época de Carnavales a Pasto, donde nos esperaba Felipe. Lo único que tenía eran unas joyas que mamá me había regalado, pero, como todo el mundo estaba en su fiesta, fue difícil empeñarlas. Nos quedamos tres días y tomamos rumbo hacia Mocoa;

entramos por Orito. Simultáneamente, mi madre fue advertida de que en mi vivienda en Tunja había dejado una dinamita y un revólver, los cuales debió sacar en una caja y transportarlos por la plaza de Bolívar para entregárselos a unos compañeros.

## **¡Ese abrazo no se compara con nada!**

Tenía mucha expectativa y alegría de llegar al Putumayo. Recuerdo que, para ingresar al campamento, atravesamos un río en canoa y llegamos a una casa donde nos esperaban unos compañeros. Como iba con Felipe, todos nos recibieron muy efusivamente. El abrazo, ¡ese abrazo no se compara con nada! O sea, el abrazo, cada vez que llegas a un frente, es una cosa que no se puede describir; es una sensación de que tú les estás dando tu vida a esas personas y esas personas te están entregando su vida. Es algo que trasciende el cuerpo. ¡Toda la expectativa que llevaba se colmó en ese abrazo! Esa fue mi primera impresión. Llegar, en medio de la guerra, del barro y de la selva, a un sitio seguro por el amor, porque lo que estás haciendo te trasciende; por eso, puedes ofrendar tu vida ahí, porque está más allá de ti y eso en ninguna otra parte lo he vuelto a encontrar en la vida, ni siquiera en mi familia.

Quince días antes de mi llegada, tres compañeros habían llegado de Bogotá, de la Universidad Nacional, con quienes —además porque yo también venía de la ciudad— nos hicimos muy parceros. Una era una mujer muy bella, supe que su

hermana había estado ahí hacía poco y había muerto. Tenía ojos azules, piel blanca, cabello negro y ondulado. El otro compañero, la primera vez que se quitó las botas y las medias, no le cabía un hongo más en sus pies. Fuimos muy cercanos mientras estuvieron allí.

Debo decir que no fue fácil adaptarme a la vida en el frente. Mis características me impedían pasar desapercibida, en tanto ser rubia y blanca me convertía en alguien fácil de ubicar. Era más sensible a las picaduras de los zancudos y no logré conseguir botas de mi tamaño, por lo que tuve que utilizar tallas más grandes a la talla 33, lo cual me hacía permanecer con los pies ampollados. Como me desenvolvía bien en la ciudad, empecé a ser como una especie de estafeta en el frente: permanecía entre Orito, Mocoa y Puerto Asís, recogiendo encargos, periódicos y medicamentos.

## La guerra me golpeó a través de ella...

Los compañeros de Bogotá, hacía algunos días, se habían ido del frente y nos habíamos abrazado, como en todas las despedidas, muy emotivamente. En esos ires y venires, un día, me encontraba en Mocoa viendo las noticias en vivo, cuando veo imágenes de los compañeros con quienes recientemente había compartido en el frente, muertos; la compañera fue exhibida semidesnuda, colgada de un helicóptero en Tenjo (El Tiempo, 1989).

Sentí mucha rabia y dolor; me dolió cómo expusieron su cuerpo. Ahí sentí la guerra, porque yo no había vivido, hasta ese momento, experiencias fuertes como haber estado en un combate. Yo había sentido la guerra a través de los compañeros que habían muerto; además, me afectó ver cómo, particularmente, la guerra se ensañaba contra las mujeres. Lo que pasó en Tenjo fue fuerte, inesperado y abrumador; me hizo cuestionar mi estancia ahí. Me preguntaba: «¿Sí tiene sentido?». La guerra me había golpeado a través de ella.

Yo sabía que ellos harían un asalto en el Banco Agrario en el municipio de Tenjo. Para ese momento, el EPL venía con la moral alta porque se había tenido un operativo exitoso en el cual se había recuperado en un club de la FAC un número considerable de fusiles. Sin embargo, el operativo en Tenjo, desde la distancia y el tiempo, puedo decir que fue una locura y que ni ella ni los demás compañeros estaban preparados.

Otro momento en el que cuestioné mi permanencia fue cuando un compañero decidió evadirse del frente; él debía realizar una acción en Puerto Asís y no había regresado. Desde el punto de vista humano, su decisión pudo deberse a múltiples razones y no necesariamente al hecho de ser un traidor; sin embargo, así fue leído. Me enviaron a recogerlo porque ambos nos teníamos confianza y yo le aseguré, desde la convicción, que no le pasaría nada; no obstante, al llegar, se le hizo un juicio, hubo deliberación, distintas posiciones, busqué terciar a su favor por la disposición que expresó de retornar a filas,

pero finalmente se le aplicó la pena más gravosa. Yo no estuve de acuerdo; además, yo le aseguré que eso no iba a pasar. Para mí fue muy fuerte.

Finalmente, a esto se sumó la desconfianza que producía el nacimiento de grupos paramilitares en la zona. Para esa época, teníamos identificado a un tipo que pertenecía al Ejército en Orito y que estaba formando un grupo paramilitar, y le veníamos haciendo inteligencia. En un momento, ese grupo formó un retén y asesinaron a dos de nuestros compañeros; sin embargo, para ese momento, nosotros estábamos en un proceso de diálogo con otras organizaciones, como las FARC-EP, quienes tenían mayor presencia en la zona.

Les hablamos del tema y de la necesidad de tomar acciones contundentes contra el personaje que promovía ese grupo, a lo que respondieron que no se podía tocar al señor, pues habían establecido negocios con él en torno a la pasta base de coca. Entonces, tener fuerza para ajusticiar a un compañero y no para tomar acción contra alguien que estaba haciendo un daño terrible, me marcó.

Posteriormente, para 1990, escuché sobre un posible proceso de paz con el EPL a través de la radio. No estuve de acuerdo por varios factores, entre ellos porque sentía que no se justificaba un proceso de paz en un contexto donde se estaba ascendiendo en el proceso social y se estaba creciendo como organización. Hablé con Pueblito, el comandante en Putumayo, y con Felipe, les dije que deseaba volver a Boyacá, pues la

dinámica en Putumayo no la estaba resistiendo y, al parecer, entendieron. Debí hablar en Bogotá y también entendieron que no estaba en condiciones de seguir compartiendo el nuevo espacio que se estaba configurando.

Dentro del Frente Aldemar Londoño, hubo división entre quienes deseaban quedarse en la guerrilla y quienes querían estar en el proceso de paz; luego de fuertes discusiones, decidieron respetar la decisión que las personas tomaran. Mi compañero y yo regresamos a Bogotá. En ese momento, el proceso de paz estaba andando y nos acercamos a compañeros que hacían trabajo en la Universidad Nacional y en otros colectivos, donde discutimos sobre el tema de la desmovilización; producto de las reflexiones realizadas, decidimos, con otros compañeros, no entrar en el proceso.

Luego de la desmovilización, fue convocado un congreso del partido PCC-ML no desmovilizado; me eligieron, con otros compañeros, como representante, para asistir al congreso del partido. Sin embargo, entre las personas convocadas, había gente del Putumayo que manifestó que mi compañero y yo habíamos salido sin autorización del frente, situación que nos colocaba en peligro inminente de ser juzgados como desertores o incluso traidores. Por este motivo, decidimos ausentarnos del espacio, cortar contacto con los demás compañeros y dedicarnos a estudiar. Para ese momento, ya existían roces entre personas que se habían desmovilizado y quienes no, y la situación era peligrosa.

Al reflexionar hoy sobre el proceso de desmovilización, a nivel personal, se convirtió en una orfandad: te botan al mundo, naces otra vez, pero conociendo muchas cosas y muy solo. Lo digo porque uno genera una hermandad, unos lazos afectivos muy fuertes que seguí requiriendo y no volví a encontrar. Pude generar lazos de amistad con mucha gente, pero la fuerza que tenía el saber que caminabas en colectivo por un objetivo, después de eso ya no es lo mismo.

Yo no encontré una dinámica política con los compañeros del EPL desmovilizados. Entonces, debí transformar el quehacer político en un tema de movimiento social, pero es distinto; puede ser desgastante el no tener una línea, un horizonte común. La sensación de orfandad no le ha podido superar.

Con el tiempo, me separo de mi compañero y encuentro un nuevo amor con un compañero que había sido del M-19. Vuelvo y me involucro en temas políticos en el marco de la Alianza Democrática, después en el Frente Social y Político, después en el Polo Democrático y, luego, en toda la dinámica política actual del Pacto Histórico y sus aliados.

## **La Séptima Papeleta... uno nunca deja de hacer política**

En la universidad hice parte del movimiento Séptima Papeleta: estuve con otros compañeros en los congresos previos, donde se eligieron delegados para la constituyente; uno nunca deja

de hacer política. Posteriormente, seguimos en el proceso pedagógico de la Constitución, en la defensa de los derechos humanos, en «pedagogizar» sobre la tutela en las comunidades, pero ya sin organización sino como iniciativa civil.

Después, estuvimos en Chiquinquirá, armamos una ONG y empezamos a trabajar temas culturales como danza típica, carranga; empezamos a mirar ese intercambio de saberes intergeneracional con abuelos y abuelas en el occidente de Boyacá. Luego, se tuvieron algunas dificultades con la ONG, por lo que decidí radicarme en Bogotá y otras personas mantienen vigente ese trabajo cultural. Llama la atención que Boyacá no tenga un municipio PDET, cuando allí la violencia ha sido cruda, y no todo el departamento obedece a las dinámicas del cordón industrial de Boyacá.

Considero que la tarea es seguir haciendo política, porque para eso nacimos y para eso nos vamos a morir también. Con respecto al tema organizativo posterior al proceso de paz, creo que nosotros hubiéramos podido estar más organizados y representativos en el panorama político actual, pero nos marcó mucho, por ejemplo, el tema de lo sucedido en Urabá, entre otras cosas<sup>32</sup>.

---

32 Después del acuerdo de paz entre el gobierno del expresidente César Gaviria y el EPL en 1991, las personas excombatientes promovieron el partido Esperanza Paz y Libertad que, a la vez, hizo parte de la Alianza Democrática, proyecto político unitario de izquierda con participación de sectores de excombatientes provenientes de los acuerdos de paz que se dieron al inicio de esa década. Sin embargo, Esperanza Paz y Libertad sufrió, principalmente en la región de Urabá, una violenta persecución por parte de una disidencia armada conformada por una minoría de excombatientes que no compartieron el acuerdo de paz con el EPL y por parte de las FARC-EP, que ocupó los

Pensaría que, en este proceso con el EPL y en otros procesos de paz, hay que trabajar mucho en el ser humano. Después del proceso, vimos, tal vez, lo que nos unía, nos hacía mejores seres humanos y, después, empezamos a mostrar todas nuestras lacras, heridas y cicatrices, y eso nos hizo volvernos un poquito feos.

Se debe trabajar mucho y hay que preparar a la gente para ese paso que hay que dar; o sea, eso no es ir y dejar allá el arma y «chao, me voy». No, eso no puede ser así y eso lo da la política, eso lo da el quehacer político; o sea, nunca se puede dejar el quehacer político, porque, cuando tú tienes quehacer político, trasciendes tu propia naturaleza y lo pones al servicio de algo más grande.

## ¿Qué tan preparadas estábamos para estar en la paz?

En la Red de Mujeres Excombatientes<sup>33</sup> hemos hablado mucho. Las mujeres que hicieron parte de grupos paramilitares también

---

territorios de anterior control de la guerrilla EPL desmovilizada. El Estado no brindó las debidas garantías de protección, de forma que se recrudeció un violento conflicto, durante el cual este grupo disidente y un grupo de autodefensas surgido desde los agredidos, llamado Comandos Populares, ambos, tras estar enfrentados, resultaron finalmente en buen grado sometidos al paramilitarismo (ACCU) a mediados de los 90, el cual se hizo hegemónico en esta región. Si bien esta situación involucró fracciones minoritarias de excombatientes del EPL, y se trataba de estructuras armadas ajenas al acuerdo de paz y sus protagonistas, significó un alto costo político contra la credibilidad e impacto de este positivo proceso de paz (Villarraga, 2021).

33 Las mujeres excombatientes de los procesos de paz de los 90, de las insurgencias M-19, EPL, PRT, MQL y CRS, durante los últimos años de esa década, conformaron la Red de Mujeres Excombatientes, para desarrollar ejercicios de integración

son desmovilizadas; las mujeres, por ejemplo, que pertenecieron a las FARC-EP y al ELN y que delataron para poder entrar en esos procesos individuales, también son desmovilizadas, ¿vamos a aceptarlas o no? Y esa es una discusión que no se ha resuelto porque es un tema fuerte y, a la vez, muy humano.

Frente a esto, la pregunta que tendría es: ¿qué tan preparadas estamos para estar en la paz? Entrar a un grupo en armas implica un grado de rebeldía, de alguna manera, sobre todo en una mujer, ¿somos capaces de rescatar eso de las compañeras paramilitares?, ¿somos capaces de sacar esa semilla, sembrarla, cuidarla y darle frutos? Esas son esas discusiones no resueltas que nos siguen interpelando.

Por otro lado, se suele victimizar a las mujeres que estuvimos en los grupos armados, como una manera de ensuciar una tarea que, para nosotras, era una tarea importante, una tarea, como les dije, más allá de nuestra propia vida. Un ejército implica una disciplina y esa disciplina, digamos que, a través de la historia, ha sido una disciplina marcada por los hombres, lo que no necesariamente es bueno ni malo.

Desde mi participación en el EPL, puedo decir que siempre fui respetada; claro, en un ejército hay más hombres que mujeres, no se puede ser tan democrático como algunos quisieran,

---

y difusión de experiencias y consideraciones, bajo el rescate de los procesos de paz y el enfoque de género. Tras el acuerdo de paz con las FARC-EP, tuvieron una delegación en la comisión de negociación y actividades de intercambio con las mujeres excombatientes de este proceso de paz reciente.

porque debe haber una línea de mando y esto lo hace patriarcal y machista, así sea ejercida por una mujer. Es una línea que se necesita adoptar para avanzar y proteger la vida de los demás. Hubo prácticas machistas y sigue habiendo prácticas machistas y patriarcales dentro de esos procesos sociales, pero eso no hace que me reconozca como víctima.

Haber pasado por el PCC-ML y el EPL me cambió la forma de ver, de apropiarme y de pararme en el mundo. Soy una persona capaz de contextualizar una situación y de tener mi propia lectura de la historia del país, y esos elementos me los dio la militancia, el haber tenido la oportunidad de estar en una guerrilla, el haber tenido la oportunidad de intercambiar con personas de muchas partes de Colombia, el haber tenido la oportunidad de hablar con campesinos y obreros. A pesar de las contradicciones, no me arrepiento; a mí, nadie me reclutó forzosamente.

Reivindico que el EPL fue la primera organización en ubicar en el panorama político la importancia de que se convocara una asamblea nacional constituyente, lo que produjo cambios requeridos desde la Constitución de 1886. Sin embargo, más allá de esto, resalto la experiencia de cada ser humano que intentaba transformar su vida y la de su círculo; eso le dejó el EPL al país, cosas de las que pocos hablan y que vale la pena contar.



# Referencias



- Behar, O. (1985). *Las guerras de la paz* (1.<sup>a</sup> edición). Planeta.
- Calvo, F. (2013). *Hablarán de mí*. Acracia, Proyecto de Investigación Editorial.
- Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV). (2022). *No matarás. Relato histórico del conflicto armado interno en Colombia*. CEV. [https://www.comisiondelaverdad.co/sites/default/files/descargables/2022-08/CEV\\_NARRATIVA%20HISTORICA\\_DIGITAL\\_2022.pdf](https://www.comisiondelaverdad.co/sites/default/files/descargables/2022-08/CEV_NARRATIVA%20HISTORICA_DIGITAL_2022.pdf)
- El Tiempo. (1968, agosto 27). Liquidado el Grupo Subversivo del Sinú. *El Tiempo*, 10.
- El Tiempo. (1969a, abril 9). Muerto Jefe Comunista de Guerrillas en el Sinú. *El Tiempo*, 24.
- El Tiempo. (1969b, octubre 2). Eliminada la cuadrilla de «El Gordo» en el Sinú. *El Tiempo*.
- El Tiempo. (1989, marzo 10). Asalto bancario del EPL en Tenjo: 9 sediciosos muertos. *El Tiempo*.

Liga Internacional por los Derechos y la Liberación de los Pueblos, Sección colombiana. (1990). *El camino de la niebla: Vol. III. Masacres en Colombia y su impunidad*. Liga Internacional por los Derechos y la Liberación de los Pueblos, Sección colombiana.

NCOS, SAGO, Terre des Hommes, Commission of the Churches on International Affairs, International Confederation of Free Trade Unions y Commissie Recntvaardigheid en Vrede. (1995). *Tras los pasos perdidos de la guerra sucia: paramilitarismo y operaciones encubiertas en Colombia*. Ediciones NCOS.

Rivas, F. (1980). *Libro negro de la represión 1958-1980* (2.<sup>a</sup> edición). Fundación para la Investigación y la Cultura.

Rodelo García, M. (2021). Aproximación crítica al conflicto armado en Colombia: Normatividad Interna- el reto del post conflicto. *Amauta*, 19(38), 104–121. <https://doi.org/10.15648/am.38.2021.3104>

Villarraga, Á. (2021). *Del olvido a la esperanza. Urabá: contextos y memorias de la masacre de La Chinita*. Fundación Cultura Democrática.

Villarraga, Á. y Plazas, N. (1994). *Para reconstruir los sueños: una historia del EPL*. Fondo Editorial para la Paz, Fundación Progresar y Fundación Cultura Democrática.



Este libro se terminó de imprimir  
en noviembre de 2025  
en la Imprenta Nacional de Colombia.  
El papel seleccionado fue propalcote de 90 g.  
Se empleó la familia tipográfica Kepler Std.



Centro Nacional  
de Memoria Histórica



Centro Nacional  
de Memoria Histórica

*A nosotras nos reclutó la realidad del país. Trayectorias de vida de mujeres exintegrantes del EPL* es el resultado de una iniciativa de memoria histórica de la Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica del CNMH.

Esta publicación recoge las voces de siete mujeres que, desde diferentes rincones de Colombia, decidieron tomar las armas movidas por la injusticia, la pobreza y los sueños de transformación social. Hoy, con la serenidad que da el tiempo, reconstruyen sus memorias desde la palabra, el afecto y la reflexión sobre lo vivido.

*A nosotras nos reclutó la realidad del país* no es solo un relato de guerra: es un viaje por las emociones, las pérdidas, los ideales y la fuerza de mujeres que, tras haber hecho parte del Ejército Popular de Liberación (EPL), apostaron por la vida civil y por la paz.

Sus historias, contadas sin adornos, revelan la crudeza del conflicto armado, pero también la capacidad infinita de resistir, de cuidar y de rehacerse. En cada testimonio habita una pregunta urgente sobre el pasado y el presente: ¿qué tan preparados estamos, como sociedad, para la paz?

Este libro es una invitación a escuchar sin prejuicios, a comprender las múltiples caras de la guerra y a reconocer en la voz de estas mujeres una memoria viva, lúcida y necesaria para la construcción de un país distinto.

ISBN impreso: 978-628-7792-27-2

ISBN digital: 978-628-7792-28-9

